Luis Orrego Luco

(2.a Edición)

ESCENAS DE LA VIDA EN CHILE

Un Idilio Nuevo

NOVELA

PARTE SEGUNDA

TALLERES DE LA EMPRESA ZIG-ZAG
SANTIAGO DE CHILE, TEATINOS; 666
1913

CAPITULO XII

MUNDO ALEGRE

EN tanto que Pepe Rivas, tieso, con rodillas juntas, según regla inglesa, los codos pegados al cuerpo, manejaba con mano firme el tronco de yeguas Cleveland y árabe que tiraban el "faeton-duc", se iba desarrollando a nuestros ojos el panorama de la ciudad, vista entre los árboles y la balaustrada del Santa Lucía Un grupo de naranjos apenas si nos permitía vislumbrar, entre recortes de sus hojas y encajes de sus ramas, el hacinamiento de techos grises en que predomina el zinc de las construcciones modernas, un océano de chimeneas, de torres y campanarios diseminados, la raya de verde profundo de la Alameda cortando la ciudad en dos fracciones, una de las cuales se pierde, a lo lejos, entre la felpa descolorida de los alfalfales y los flecos de neblina que se deshacen en los campos, en tanto que la otra no halla riberas a su inacabable mar de techos y edificios, apuñuscados, amontinados sin interrupción, en larguísima sábana. Los rayos del sol moribundo convierten en ascua de oro la cúpula del Palacio Morisco de Díaz Gana, a la par que los reflejos de algunos cristales ciegan la vista. No deja de resaltar esto, una vez comparado con la quietud apacible del Convento de las Mon-

jas Claras, de huertecillo sombrío. A poco andar, vemos las torrecillas góticas del Carmen Alto, sus agujas y láminas de estuco, los cipreses amargamente tristes de su reducido cementerio, que llegan a nuestra vista, a la par que vibra en nuestros oídos un toque de campana, entre rumores ensordecidos de coches y carretones. Por allá está la calle de la Maestranza, con el edificio tradicional de su cuartel, no lejos del Colegio de las Monjas Francesas, donde se educaban las niñas elegantes.

Aquella debe ser mi casa de pensionista, dirigida autoritariamente por mi "sea" Adriana González, entre burlas de Pepe Flores y carraspeos de don Cesareón. Ahora sí que divisan las casitas blancas de Peñalolén en las lomas de la Cordillera. A nuestros piés ha variado el espectáculo; de comercial y moderno que era, se ha vuelto en jardín continuado, de casas tan apacibles como viejas, soñolientas y empolvadas como trastos de la Colonia. Esto ya es otro cantar. Diríase que la ciudad de Santiago es una como abigarrada mezcla de épocas distintas, en que se hallarán barajados tiempos y cosas de la Conquista, de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, con las de la revolución de la Independencia, y con el modernismo rococó y desentonado de transición a lo nuevo.

Seguía el faetón, al trote acompasado de su tronco de Cleveland, dando la vuelta del camino circular del Cerro, entre palmeras y eucaliptus. Un jardinero, con bomba de larga tripa de goma, dejaba caer lluvia cristalina de gotas menuditas de brillantes sobre las flores de una terraza. Percibíase el estruendo del motor hidráulico, en su edificio, al pie del cerro, en tanto que se apagaba, poco a poco, el sordo rumor de carruajes y el vocear de los chicos pregonando diarios de la tarde. Diluíase el color azulado de los Andes en reflejos de topacio, con tintas de leve rosa, desmayadas en las vela-

duras nacaradas de la nieve; leves recortes blancos a manera de vetas de plata, resaltaban entre la masa de piedra.

Con la lluvia menuda de la bomba sobre el césped, se experimentaban sensaciones de frescura que se extendían al paisaje. Luego, al comenzar la segunda vuelta, uno se topaba, ahí cerquita, con la mole, en forma de pan de azúcar, del San Cristóbal, que mostraba sus laderas verdosas, desgarradas en las entrañas por la mancha gris de la cantera de piedra. Ahora tenemos la Recoleta Domínica, los barrios de ultra-Mapocho, el río, seco y reducido en verano, desbordado, anchuroso y tremendo en el invierno, con ataja-mares, anchos murallones de ladrillo en que trató de encerrarlo don Ambrosio O'Higgins en el siglo pasado, la línea de tela de araña gris del Puente de la Purísima; más allá el de Palo, luego el de Cal-i-canto. Luces de faroles, recién encendidas, mueren, con extraño desentono, entre palideces azuladas del crepúsculo y carnaciones doradas del poniente. Resulta, por el contraste de las grandiosidades crepusculares y el tenue fulgor del alumbrado público en pleno día, sensación de tristeza, de miseria, que aprieta el corazón, y trae a la memoria los trapos viejos, los zapatos de deshecho, las escorias, hediondeces y porquerías amontonadas en la caja del río entre basurales.

Seguía, entre tanto, su camino el faetón. Pepe Rivas, sin descuidar los caballos, contaba una escena que le había ocurrido la víspera, al presentarse a la casa de pensionistas de doña Olimpia Superlati, en compañía de Pepe Cortés, a invitar a Linda Nicolassi, "ballerina característica" del Municipal, a la comida de esta noche.

—Figúrate, decía Rivas, que nos ha pasado el chasco más divertido con la vieja, una tal Superlati. Mientras

el sirviente iba a la pieza de la Nicolassi, le dimos conversación en el saloncillo. Daniel Echagüe le dijo, con cara seria, que, según tenía entendido, ella hospedaba en su casa a la "high life" santiaguina.

—No tengo precisamente a esa señora, nos respondió doña Olimpia, ni la conozco siquiera de nombre. Figúrate la cara que pondríamos... Era de tendernos de la risa... ¿No lo crees? Te doy mi palabra de honor de que es tan efectivo como la tontera del doctor Morondo.

—Mira... aquí viene Gregorio Sandiford con la Miolini.

En efecto, junto a nosotros, con gran ruido de bocados de metal, pasó una elegante victoria de barniz azul verdoso, del nuevo modelo de elegante curva, un tanto parada; arrastrábala un tronco de caballos dorado tostados, de crín y de cola blancas, de fina sangre chilena. La capota alzada del carruaje sólo permitía distinguir el par de pantalones negros, calcetines de seda bordados y zapatos de charol y un "over-coat" arrojado negligentemente sobre las rodillas. Junto a los pantalones—un traje blanco de "crépe-de chine", manteleta negra, con cuello de pluma y delgada mano enguantada de blanco sostenía la manteleta sobre la falda. La elegancia del vestido, caído a grandes pliegues, era del mejor gusto. Sentíase, al punto, algo picante, nota originalísima de supremo "chic"; experimentábase la sensación de lo prohibido, de corrupción elegante, del vicio y del derroche de buen tono, con puntita de cinismo y ribetes de lujo, como parodiando, la buena sociedad, para forjarse ilusión de que se vive en ella, aunque de modo libre.

Entregamos las riendas al lacayo, y nos bajamos a recibir a los recién llegados. Vióse mano enguantada que se agarraba de los hierros nickelados del pescante,

luego un cuerpo que hacía esfuerzo, de elegante y pausada lentitud...

—¡Qué poco mirado y qué cínico es este diablo de Goyo! exclamó Pepe Rivas.

En ese punto asomó la cabeza el personaje aludido. Pepe se había equivocado: era Ito García, vestido de frac, de corbata blanca, y con un Jazmín del Cabo, cuya albura resaltaba junto a barba negra y fisonomía de Cristo, macilenta, hundida en las mejillas y demacrada por la tísis.

—Te equivocaste, gran Pepe, le dijo a Rivas. Yo no soy Goyo, el infeliz marido putativo de esta noble dama, sino su acompañante, su "cavaliere-sirvente", o, si prefieres, su marido falsificado, que ahora todo se falsifica. Buenas razones tenía aquel viñatero al decirle a su hijo como último consejo en el trance, ya supremo, de la muerte: "No te olvides que de todo se hace vino... " hasta de uva".

Celebramos el caso y el dicho de Ito, en tanto que Pepe, sombrero en mano, ofrecía la otra a la Miolini, para bajar del carruaje. Ella, alargó brevemente la punta de los dedos y, con ligero salto, se puso en tierra, luciendo traje, todo blanco, así como los guantes y el sombrero de fieltro con plumas, levantado por delante, al estilo "merveilleuse", del siglo XVIII. Blancas eran también las plumas del abanico de varillas de dorado carey.

Ito la dió el brazo, y ambos subieron, sin precipitarse, sin falso temor, las escalas del "Restaurant", y cruzaron por un grupo de señoras extranjeras con pausado y elegante movimiento.

—¡Buena cosa con el diablo cínico! dijo Pepe, ocultamente poseído de admiración. ¡Vaya si se necesita coraje para hacer eso en Santiago! Miren si no está pintado en eso el carácter de Ito García, tan amigo de

aparecer que se anda luciendo del brazo con la querida de otro...

Mientras fumábamos, apoyados en la balaustrada, contemplando el magnífico espectáculo del crepúsculo en la cordillera, se detuvo un carruaje americano, tirado por caballos colorados; descorriéronse vivamente las cortinillas y vimos el pie "cambré" y las piernas bastante gorditas de Sara Daferson; hízonos un saludo con la cabeza, y trepó, sola, por la escalera excusada. Minutos después, y mirando a todos lados, con infinitas precauciones, dejóse ver la cabeza blanca y los grandes bigotes caídos de Pepe Cortés, que se acercó a nosotros con aquel andar inclinado a la derecha y el pasito corto, peculiares en él. Traía las manos en los bolsillos del "mac-farlan", el cigarrillo en los labios, la cara risueña y toda su persona llena de gran posesión de sí mismo, de espectación del vividor ante plato especial, buena copa, y buen tabaco. Sentíase como padre de todas las generaciones de calaveras que habían venido en pos de la suya; algo así como iniciador y gran maestre de tunanterías. Los jóvenes, a su turno, le trataban con afectuoso compañerismo; le consagraban de director perpétuo y organizador privado y público. ¿Tratábase de banquete a los héroes de la Esmeralda, al príncipe Leopoldo de Braganza, de baile a don Carlos, el pretendiente español? ahí andaba Pepe Cortés, de vara alta, mandándolo todo y disponiéndolo a su guisa. Gritaba, se enojaba, se movía, discutía la música con M. Varloteau, el "menú" con M. Maignan; él corría con arreglos de flores de banderas, y farolillos chinescos en las kermeses de tono, y con tarjetas de baile, con invitaciones, y con detalles más ínfimos.

Era hombre necesario en toda fiesta elegante; un baile, sin él, no resultaba. Daba, por decirlo así, sello de "chic" y cosa extraña, a pesar de llevar sus cincuenta

y ocho años a cuestas, sello de la juventud. Los jóvenes verdaderamente lanzados, los gomosos "dernier-crí", los "vlan", los calaveras de gran fortuna y de buena familia, eran todos amigos suyos, le buscaban, le rodeaban y le solicitaban. Era Pepe, solterón bien conservado, pulcro, aficionado a fiestas, sin dinero para darlas por cuenta propia y habilísimo para disponer una por cuenta ajena. No se le conocía enemigos, así como tampoco se le conocían bienes de fortuna. Tampoco era dado al juego. Cómo vivía, gastando en algunas ocasiones su dinerillo, todos lo ignoraban, pues era cosa que rayaba en misterio, así como eran nebulosas sus empresas, de salitre y de minas, sus privilegios exclusivos, sus patentes industriales y otras cosas del mismo jaez. Sabíase, sí, que era profundamente honrado y escrupuloso en materias de dinero, en las cuales desplegaba siempre singular dignidad, si bien, de tarde en tarde, solía verse acosado por la zaña de algún acreedor imprudente, que tratara de embargarle. ¿Pero qué podían cogerle? No faltó, en cierto caso, quien interpusiera, con éxito favorable, "tercería de dominio", para salvarle los muebles de escritorio. En ese punto, era invulnerable para los "ingleses", quienes aún ignoran si tenía el talón de Aquiles. Era Pepe Cortés de buena familia, bien emparentado, y bien relacionado; rozábase con lo mejor y más afamado por su alcurnia y aristocrático abolengo, con los de fortuna, de posición política o de talento. De carácter franco a la vez que imperturbable buen humor, en sociedad todos le trataban bien, y había recibido privilegio tácito para organizar fiestas patrióticas. Más tiempo que en negocios propios, ocupaba en los públicos, tanto en la Municipalidad, de la cual era regidor perpétuo, como en asuntos de hospitales, en los cuales entendía. En cambio, si se trataba, como ahora, de fiesta, entre muchachos alegres y vividores malean-

tes, o comidas de damas... más o menos excéntricas, era siempre el primero, de igual manera que en comidas de gran mundo.

Presentábase de frac y corbata blanca, flor en el ojal, cigarro y alegre sonrisa de despreocupación en los labios, como saliendo del baño siempre, tan fresco era su cútis, y tan lozano de apariencia. No sin verdad le había llamado mi tío Antonio "ese huésped eterno del Abril florido", al verlo, de bigote blanco, bailando cuadrillas con una pollita de quince.

Pepe Cortés se acercó a nosotros, con pasito menudo, gimnástico, algo saltado, la cabeza un tanto inclinada hacia adelante, alargándonos a cada uno, una mano.

—¡Hola! qué tal! Ustedes no calculan todo lo que me han hecho sufrir estas mujeres. Desde la historia de la manzana de Eva, hasta el día, continúan siendo verdaderos quirquinchos, con púas.

—¿Cómo así?

—Figúrense que, a pesar de todos los esfuerzos de Daniel Echagüe y los míos propios, casi se nos agua la fiesta. Las bailarinas, tanto la Nicolassi como la Miolini, se negaban a comer en compañía de las damas chilenas, a quienes consideran como de inferior categoría, y temen descender. "Mío caro... io non conosco... non habiamo veduto mai" cueste donne del Demi-monde". Era imposible convencerlas; no aflojaban ni un pelo. Las otras, a cuyos oídos algo pudo llegar, estaban como furias. No faltaba sino que estas bachichas "ordinarias" nos mirasen en menos, decía la Sara Daferson. A mí, que soy Daferson y Echegaray; todos saben que estoy emparentada con ese que hace unas comedias en que muere mucha gente. ¿Y quién no conoce la ferretería que tiene mi papá en la calle de las Rosas? Sólo por amor estoy así... desamparada. Lo que es la Susana Letelier echaba chispas, sapos y culebras, jurando

que no pararía hasta "remecer el moño a las dos payasas italianas". Después de infinitos y pesados trajines, logramos poner en paz a los príncipes cristianos. Se han mandado hacer trajes nuevos; la Sara viene nada menos que con capa de "Valparaíso".

Rivas se reía como loco, en tanto que Pepe, echado atrás el sombrero, se limpiaba la frente, como si todavía pasara las congojas de aquellas rivalidades del "demimonde" femenino. Luego se puso a ponderarnos los preparativos de la fiesta que sería, a su entender, de todo gusto.

Trepamos la escalera de hierro de caracol que conduce a los comedorcillos reservados. Un arco de farolillos iluminaba la entrada, ligando entre sí dos plantas de bambú en maceteros enormes de madera. La mesa del comedor tenía, al centro, paño de seda roja cubierta de flores blancas, muchas rosas, ramitas azules de nome-olvides, lilas, capullos de Mariscal Niel y de copa de Hebe, entre finísimas hojas de helecho, dibujadas como encajes de orfebrería bizantina. En los rincones habían palmeras filamentosas, en cajones de madera. De trecho en trecho, frutero con paltas, chirimoyas, plátanos y piñas, cortaba la línea de flores. Era, con todo, lo más notable una mesita pequeña arrimada al rincón; alzábase allí una verdadera batería de botellas de "Chateau La Tour" "Pontet-Canet" y tiestos de metal con botellas de champagne, en hielo.

Por la ventana, abierta de par en par, recibíase la sensación de lo apacible de la noche callada, con relumbrar de estrellas; rumores de hojas y de árboles mecidos por el viento; los Andes en el fondo, la masa descomunal, engrandecida por las sombras de la noche, del Cerro de San Cristóbal. Al inclinarse, al borde, uno veía la ciudad en el fondo de inmenso tonel, con luces del alumbrado público esparcidas desigualmente, ilu-

minando, a medias, los recovecos y vueltas de la calle de Villavicencio. Sombras obscuras de pinos, más allá. Manchas de jardines y de huertos, entre rebullir de árboles, viejas casas de estilo colonial, negras siluetas de torres y de campanarios y la hoya vacía del río, con leves reflejos de hilos de estaño.

Junto a la ventana, rodeada de amigos, con negra capa de encajes y de plumas colgada a medias, estaba sentada Sara Daferson; cerca de ella, la Susana, de piernas cruzadas, para lucir el pie, media de seda y su poco de pantorrilla. Las dos bailarinas italianas, rodeadas de otro círculo de jóvenes, se habían adueñado del sofá. Todos los hombres estaban de "smoking" o de frac. Gastábase buen humor, amabilidad y alegría, de esas que se guardan tan solo para ocasiones señaladas.

Todas las mujeres, una por una, habían abrazado cariñosamente a Sara Daferson, preguntándole con cariño "por su esposo". No ignoraban, por cierto, que su amante, Javier Miralles, acababa de abandonarla; esa era la noticia de última hora. La liquidación había tenido lugar en la noche anterior, y ya era vivamente comentada, tanto por las amigas de ella como por los amigos de él. Las mujeres de vida ligera, relacionadas entre sí, forman mundo especial y aparte. Las que tienen relaciones con jóvenes ricos y con hombres de posición, se ponen exigentes, "crian humos", y llegan a considerarse y estimarse como una especie singularísima de aristocracia, que comenta sus noticias de interés particular, matrimonios y divorcios momentáneos, con la misma gravedad con que la gente honrada trata de los suyos. Ahora se presentaba una oportunidad especialísima de clavar el alfiler a la rival, de hacerla pagar elegancias, éxitos con jóvenes de moda, ganancias con hombres de fortuna, amantes ricos, trajes, ojos negros velados por largas pestañas. De aquí el interés con que

todas le preguntaban por Javier, fingiendo ignorar la ruptura, que era pública, a pesar del cuidado con que mantenía Sara, la reserva del caso. Por extraña ironía, la famosa capa de Valparaíso, regalo de Miralles, había llegado el mismo día de la ruptura.

—¡Qué linda capa! ¡debe ser europea! exclamó una de las italianas, con voz y mirada de conocedora.

—Es regalo de Javier... ¡tan buen muchacho! exclamó la Daferson con rostro imperturbable. No quería dar su brazo a torcer, ni manifestar en lo menor el sentimiento que le causaba tan repentino abandono, junto con su "suerte" perdida. La menor señal de quebranto o debilidad y sentimiento en ella, habrían sido motivo de júbilo para las otras. Gracias a tan firme convicción, se esforzaba en mostrarse indiferente o en reirse a gritos, con risa nerviosa, al menor conato de chiste de parte de alguno de los jóvenes.

Esteban Moreno, de pie, junto a ella, discutía con Daniel Vidal sobre caballos. Acababa de llegar de Europa, donde se había educado. Era alto de cuerpo, encanijado, la tez morena, rostro acartonado de esos que no varían y que representan eternamente edad indefinida, así los veinte como los cuarenta años. Usaba, siguiendo moda novísima, un monóculo sobre el ojo izquierdo. Con la mano agarraba, por la mitad, un "stick" con puño de plata en que figuraban, cinceladas, hojas de parra y uvas.

—"Bijoux", decía con acento cerrado, muy francés, es un gran caballo, hijo de "Daisy" y de "Fanfarrón"; ha ganado la copa en dos minutos y segundos, manteniendo hasta hoy el "record". No lo comparo con "Champion" ni con "By Gambetta".

—Sin embargo, "Coralia" lo ganó, hace un año, por dos cuerpos, repuso Vidal, muchacho que tenía fa-

ma de buen mozo, y que hablaba por las narices, con la cabeza echada atrás.

—Eso no significa nada... Napoleón encontró Waterloo, y además...

—¡Napoleón! Ustedes están hablando de mi perro... gritó, desde el rincón opuesto, la Susana Letelier, que, en su enorme ignorancia, no concebía otra especie de Napoleón. Buena la mentira gorda... ¿quién les ha contado eso?—Si a mi Napoleón no se la gana ningún perro, por grande que sea, y mucho menos ese Waterloo.

Todos acogieron la indignación de Susana con grandes risas, en particular Pepe Rivas, que, a caballo en una silla, casi lloraba sacudiéndose.

La Letelier, que con ser ignorante era aguda, comprendió la cosa; enojóse en extremo y embistió con Rivas.

—No es para tanto, sino se trata de cuentas de tesorería, le dijo, encarándose con él. Aludía a cierto chanchullo o substracción efectuado en la oficina en que este era empleado.

—No te rías tanto de mí, que no soy el juez...

El mozo, entrando con una gran bandeja de aperitivos, "Vermouth batidos", "Whisky sawers", "Biblias", los puso en orden. Cada cual escogió la bebida predilecta; alzáronse las copas espumantes, y todos, con saludos y exclamaciones de "santé", las vaciaron totalmente; luego, encendida la pupila, el ánimo satisfecho, cada cual se dirigió al sitio señalado en la mesa por una cartulina con su nombre. Deshiciéronse las servilletas, en tanto que unos se sentaban con rumor de sillas, otros se ponían en el ojal el ramilletito clásico o pasaban a las damas preciosos "bouquets", para que se los prendiesen en el pecho. Los "menus" llamaron la atención; por feliz novedad, tenían en la parte supe-

rior un dandy de frac rojo y calzón corto, modelo que tan común se hizo más tarde.

—¡Hem! ¡hem!... hizo, con el carraspeo que le era peculiar, Eleodoro Rivera. Parece que este es el retrato del anfitrión..., agregó con la sonrisilla con que decía sus bromas, en tono de bajo profundo.

Todos daban rienda suelta a una necesidad inexplicable de reir, que venía sin saberse de dónde, ni por qué, sea del placer de verse juntos, sea de las alegres expectativas de diversión a que todos se aprontaban, sea del alcohol recién probado; los nervios se soltaban, iluminábanse las fisonomías, y estábamos dispuestos a celebrar los dichos más vulgares. Junto con esto, surgía en todos, estimación profunda, súbito cariño de los unos por los otros, marcada tendencia a la fraternidad.

—¡Malito el vino del Rhin!... de las ostras no digo nada... Sólo agregaré que Daniel Echagüe es hombre previsor... exclamó Rivera, con cara flaca de Quijote y risilla sardónica—¡Hem! ¡hem! (nuevo carraspeo). ¿No es verdad, señora? (dirigiéndose a la Nicolassi).

—Yo non capisco.

—Nosotros tenemos las armas así... melladas... unos fusiles de chispa... que no dan fuego... ¿No es cierto, Pepe?...

—¡Protesto! exclamó este con alegre indignación, pasándose la mano por su bigote cano.

—¡Protesto! agregó Ito, a nombre de Pepe, que se encuentra aquí por la voluntad del pueblo, y que sólo abandonará este recinto ante la fuerza de las bayonetas...

La bailarina italiana, la Nicolassi, linda muñeca muy elegante, de cuerpo espigado y bucles negros en forma de "bandeaux", sobre frente de virgen, no sabía si reirse o alarmarse, si aquello era broma o era serio. Una risa general, expansiva, comunicativa, la decidió. Las flores

despedían penetrantes emanaciones, mezcladas a olores de fruta y a tufillo agradable de marisco, y de pescado fresco, de pescado a la "Marengo" en salsa blanca, untuosa, con sabor de leche, picante. Los mozos llenaban rápidamente las copas; cada cual conversaba con su vecino. Yo tenía a mi derecha a Sara Daferson y a mi izquierda a Ito García; un poco más allá, la Miolini, de ojos verdes, nariz arremangada y boca sonriente, de gatito regalón, entre Gregorio Sandiford, su "amant de coeur", y Javier Guzmán, el pagano, íntimo amigo del otro. Más allá, Carlos Oyanguren, con frente calva, y cara roja de camarón, comía en silencio, celebrando con risilla alegre y nerviosa los chistes de los demás. Era buen muchacho, caballeroso, de gran familia, y estimado generalmente. La Susana Letelier, bien presentada, con estrella de brillantes en el pelo, sentada entre Aníbal Vidal y Lucho Cabrera, hablaba con la boca llena, costumbre que no había podido perder de su origen ordinario, pues, a pesar de su traza aristocrática y su cierto chic, era, ateniéndose al rumor general, hija de una ama de llaves.

Daniel Echagüe presidía, entre la Nicolassi y Zacarías Alcalde. Allí, en torno de la mesa, estaba la "créme": carrereros, como Echagüe, Esteban Moreno, jugadores, como Ito García y como Sandiford, el alegre doctor Morondo y Pepe Cortés, inevitables en toda fiesta; Daniel Vidal, buen mozo y eternamente aburrido; Pepe Rivas, gastrónomo y vividor consumado, así como Elías Zañartu, alto, delgado, de voz ronca, amigo de andar en calaveradas o a trompones en los restaurants de media noche. Ni siquiera faltaba el célebre Juanito Herrera, que acababa de casarse con una muchacha de medio pelo, por medio de ceremonia simulada, en que hacía de cura Elías Zegarra y de testigos, dos huasos del fundo "Quilapán". El asunto fué tan ruidoso que

Juanito hubo de partir a Buenos Aires, a mata caballo, y luego a París, de donde volvía empeorado si cabe.

Unas tórtolas con callampas, al "canapé" sobre pan con "paté de foie gras", y un "vol-au-vent aux asperges", desfilaron sucesivamente. El calor de la atmósfera subía y circulaba el "Chateaux La Tour". Hablábamos a un tiempo y reíamos. Juanito, a toda costa, quería brindar con las damas, para lo cual daba voces, y llamaba su atención golpeando la copa de champagne con el tenedor. Esteban Moreno, el monóculo clavado en el ojo, y con toda su gravedad británica, maullaba y ladraba, imitando perros y gatos a la perfección, lo que constituía lo mejor de sus conocimientos adquiridos en largos viajes, y con ingentes sumas de dinero. Eso sí, que lo hacía muy bien. Susana Letelier le admiraba con todas sus fuerzas y parecía encantada con "lo payaso del gringo".

En cambio, Sara Daferson, colocada a mi lado, manifestaba tal melancolía, a pesar de sus esfuerzos, que no le era dable disfrazar la honda pena que la dominaba. El vino, en vez de calmarla, traía recuerdos a la superficie. Hace un año, Javier estaba sentado a mi lado, en ese mismo asiento, me dijo:

—Entonces, usted ha perdido, la dije.

—Por el contrario. ¿Cómo ha de compararse usted, que es joven, elegante, buen mozo, con Javier, que ha tocado en la cincuentena. Luego, con aire de misterio, agregó:—Figúrese que se teñía el pelo... usa dientes postizos...

—En cambio, usted le quería.

—¿Yo? ¿quererlo? ni por pienso. Mire usted; era bueno conmigo, muy caballero, muy gente, regalador, tenía cuanto necesitaba... no me disgustaba... Voy a ser franca con usted porque usted sí que me gusta de veras. Lo que yo sentía por él era así... vanidad, sa-

tisfacción de que todas supiesen que era querida de hombre a la moda, rico, gastador y bien presentado. Por otra parte, no me disgustaba; pero no será cosa de morir por él; otros me gustan más... sólo que la costumbre... ya casi le miraba como cosa mía; esperaba sus visitas, me hacen falta su conversación, sus cuentos, los chismes. El todo lo sabía, matrimonios, escándalos, muertes, y eso me gustaba. Era como una gaceta. ¿No le gusta a usted el diario? Pues a mí también. Luego, esto de no verlo todos los días es como si me quitaran mis babuchas y mi bata, que son tan cómodas.

Yo la miraba en silencio, con simpatía que sentía correspondida en su mirada, en ese no sé qué del unísono. Parecía que éramos viejos amigos, y todo lo suyo me interesaba como cosa propia.

—¿Y por qué... se liquidó... eso? la pregunté.

—Porque Javier se piensa casar.

—¡Casarse! ¿con quién?

—Usted debe saberlo, ya que es de la familia... ¿Qué no es pariente de Julita Fernández Alvarez?...

No me dí cuenta cabal de lo que me decían, tan extraño me pareció. No lo encontraba posible, ni verosímil, ni cabía en lo humano, ni era explicable después de las caricaturas de Javier hechas por mi prima delante de toda la gente.. No era eso lo que me conmovía más, sino escuchar su nombre en labios de aquella mujer, el sentirlo profanado, el verlo asociado a ese mundo, oir resonar su nombre en esos labios, llamada familiarmente "Julita", entre bailarinas y damas... excéntricas. Fué impresión candente y rápida, de bofetada; sensación amarga y fugitiva, convertida luego en sentimiento entre repugnancia y cólera. En seguida vino a mi pensamiento esa "idea" de que Julia "se casaba", y principié a comprender, aunque de manera vaga, el hondo, el desesperante surco de este suceso en mi vida. Sentí frío.

Interrumpióse nuestra conversación con un estrépito ruidoso de cristalería. Un grupo de ocho o diez de los invitados, encabezados por Aníbal Echagüe y por la Miolini, comenzaron, con tenedores y cuchillos, a tocar un redoble militar sobre las copas ya medio vacías del champagne "frapé": era un repiqueteo agudo, cristalino, que hería los tímpanos, como toque de clarines, con rumores alegres. Las cabezas estaban, al decir de Paquito Muñoz: "juste á point..." en el punto debido. La Miolini, con sonrisilla de niño travieso, dirigía el pandero, Aníbal Echagüe, marido de aquella encantadora muchacha abandonada, y Esteban Moreno, con monóculo reluciente sobre el ojo y fisonomía impasible de "sportman" británico, metían más ruido que una casa de locos. Las carcajadas de Carlos Oyanguren servían de acompañamiento, en tanto que Elías Zañartu, Javier Guzmán, la Nicolassi, la Susana con ojos de gato alzado, Aníbal Cortés, los dos Vidal. Ratoncito Fernández y el "vividor" Frías, daban golpes con el mango del cuchillo sobre el mantel.

—¡Arriba con los supersticiosos de la "Mascotta!" ¡Arriba!

Luego entonó la Miolini con su picante voz de soprano:

"Son los superticiosos
"muy buena gente."

El resto de la concurrencia llevaba el coro, gritando lo más que podía. Cada cual manifestaba el contento a su manera. Aníbal Cortés, que no pecaba de rico, dió en la rara manía de arrojar toda su plata, un puñado de monedas, por la ventana, diciendo que "él despreciaba la fortuna; que su abuelo había sido senador de la República el año 12 y que sólo valía ser caballero."

La Susana encontró muy divertido ponerse a lanzar las tacitas de café, a los jardines, una tras otra.

El alcohol producía en mí, efecto diverso: ahondaba mi pena,—el dolor profundo de algo que no comprendía bien sino que presentía. Hacíame sumirme en abismo tenebroso, con vago sobresalto, con campanilleo, en los oídos y latir apresurado y violento del corazón, como cuando acomete un gran peligro. Y, ¡cosa extraña! todos esos ínfimos detalles me producían efecto contraproducente; resultábanme de un cómico horrible; dábanme las náuseas del vivir, a la par que hastío empapado en cansancio profundo, como si me destilaran la hiel gota por gota, sin acabar nunca de agobiarme. Diríase que germinaba dentro de mí la idea de la muerte. No me extrañaba, ni me parecía absurda.

Las pupilas brillaban en las caras congestionadas de los invitados; hacíanse más libres las conversaciones, habiéndose relajado un tanto el remedo de buen tono del comenzar de la fiesta. Daniel Echagüe, sentado en el sofá, entre la Nicolassi y la Susana, fumaba, alternativamente, los cigarrillos "Vanity Fair", que tenían una y otra en los labios. Sentí que Sara deslizaba su mano candente y la colocaba sobre la mía. Una mirada húmeda, tierna, sumisa, de sus ojos, parecía entregarla, con ingenuidad infantil de los niños, sin exigir nada en cambio:

—Seré tu esclava... déjate querer. Yo te enseñaré muchas cosas... entre otras, a olvidar, y a despreciar el dinero. No te pediré nunca nada. Esteban Moreno, que es muy rico, me ha ofrecido este mundo y el otro. Yo te preferiré a todos, si me aceptas y me mandas.

La miré, larga y pausadamente, fijos los ojos en los ojos. Ella también conocía mi novela, mi cariño de cuatro años. Tal vez lo había conversado con Javier Miralles el futuro marido! Luego, como relámpago, vi-

no una duda: si todo no pasara de invención de Sara. Estuve perplejo un segundo, y luego, en sus ojos, leí que me decía la verdad. Volví a mirarla y sentí mareo, extraña ebriedad de todo mi sér, que se superponía al hondo sentimiento de "mi Julia", de esa Julia que sentía atada a mí como se cree sentir un brazo que nos han cortado y que fué nuestro. Miraba a Sara y creía notar en el fondo de su pupila una congoja, y percibía, de antemano, extraño placer en el choque de su congoja con la mía. amarga y embriagadora mezcla de apetito, de olvido, de deseo, de "recuerdos" y desilusiones, de agonías y de esperanzas.

Ito me puso la mano sobre el hombro:

—¡Eres un niño grande!

Luego, sentóse al piano que había en un rincón, y entonó los primeros compaces de la marcha de Boulanger "En revenant de la Revue", puesta de moda por Paulus en aquellos días, y traída por el último correo. El efecto fué mágico: todos comenzaron a marcar el compás con los bastones, con los piés, con las manos, metiendo alboroto de todos los demonios, hasta que Pepe Rivas, de pie sobre una silla, impuso silencio al auditorio con estas palabras:

—Respetable público, (pausa) por una indisposición momentánea de la prima-donna, se suspende la función anunciada. (Risas, aplausos y gallos).

Quedan ustedes invitados a continuarla en la casa de la señorita o señora,—que de todo tiene,—doña Sara Daferson. Les advierto que es "casa propia", adquirida por escritura pública de ayer. (Ligero movimiento de sorpresa, luego grandes aplausos).

La Susana Letelier se mordió los labios de envidia, gritando, luego, con maligna y envenenada intención:

—¡Viva Javier Miralles!

Todos nos pusimos los abrigos. La Sara se inclinó

sobre mí, colgándose suavemente de mi brazo. Luego, al llegar junto a los faroles del americano, que proyectaban sobre nosotros su chorro de luz, me dijo con la mano sobre la portezuela del coche, en tono suplicante:

—No me abandones...

CAPITULO XIII

AMARGO IDILIO

SERIA gran baile. Hacía quince días a que en Santiago ya no se hablaba de otra cosa. Comentaban unos las invitaciones: "Que por qué no iría fulano", "Va perengano ¡cosa más rara!"; otros los vinos y el champagne: "Dicen que han comprado setenta cajones". "Habrá Chateau Iquem y Pichon Longueville"; otros los pavos; "Han muerto más de cincuenta, de una sola vez"; otros comentaban las flores, encargadas por carros a Viña del Mar, orquídeas conseguidas en la Quinta Normal y en los Conservatorios de Pancho Valdés, las más raras y las más exquisitas flores y copihues del Sur. Una legión de tapiceros arreglaba los salones, el "hall" con techo de cristal, y las piecesillas y conservatorios comunicados con el "fumoir", que debían, a su turno, servir para baile. Dirigía los arreglos, Zacarías Alcalde, tan entendido en disponer muebles y flores, como en fabricarse nudos de corbata y en murmurar del prójimo. Daban sus amigos en decir que aspiraba a desbancar a Pepe Cortés, en la dirección suprema de las fiestas públicas y particulares.

Corrían los criados de una a otra parte; cargadores transladaban palmeras y bambúes en cajones; tapice-

ros, en mangas de camisa, sacaban cuadros de su sitio, estátuas, colgaban cortinajes, todo entre martilleos, rumores, traqueteo continuado, ir y venir, imprecaciones y juramentos. Acercábase la noche del baile, del anunciado baile de fantasía y las cosas andaban a medio hacer. Daniel Echagüe, bajo, gordo, algo rubio, de pera militar y bigotito levantado hacia arriba, envuelto en bata de casa y con un fez rojo en la cabeza, dirigía las maniobras, todo apesadumbrado. En realidad, no hacía nada. Reducíase todo su trabajo a romper sobres y leer cartas de amigos en que le pedían invitaciones para terceros. Sus tenientes lo hacían todo, a pesar de lo cual, Echagüe, de fisonomía atribulada, se enjugaba el sudor de la frente con el pañuelo de batista, repitiendo una y otra vez: "En lo que me he metido, santo cielo, en lo " que me he metido. Ya que estoy en el potro, no hay " más que domarlo, y a bailar se ha dicho." Con tan filosóficas ideas, volvía a su jira por los salones. Con todo, lo que más le incomodaba era verse reducido a dos o tres piezas del segundo piso, ya que todas las habitaciones del primero, y la mayor parte del último, habían sido consagradas a la fiesta. El "hall" en desorden, era lo más difícil de acomodar; luego venían invernaderos, en los cuales era necesario remover gran número de plantas, para colocar sofacitos minúsculos de dos personas y sillas de bambú. Aquello estaba por principiar. Ni eran esas las contrariedades menores; aún no se había recibido el telegrama en que se anunciase la llegada del carro de flores de Viña del Mar, ni los helados de la Sazeau, de Valparaíso, junto con los cuales vendrían confites. Lo que más recelo le inspiraba era el resultado de las lecciones de "Minuet".

Era eso lo más original, lo más bullado, lo más nuevo de toda la fiesta; el "clou, el clavo de la noche", como decía Esteban Moreno en lenguaje afrancesado. Ocho

parejas, vestidas a la moda del siglo XVIII, hombres de marqués, con peluca empolvada, calzón corto y media de seda, espadín, chupa y tricornio; mujeres a la Pompadour, también de peluca empolvada, lunar en el rostro, vestidas, en lo posible, como las pinturitas de Watteau, debían bailar el pausado "minuet". Si lo hacían mal, como temía Daniel, el fiasco sería espantoso, tras de tanto anuncio y tamaña expectativa. Bien conocía lo rehacios que son los santiaguinos para aceptar innovaciones sociales, particularmente en materia de bailes; sólo se consolaba con la esperanza de que, por ser cosa de más de un siglo, habría de pasarla. Con tal motivo, recibí tarjeta suya, escrita con lápiz; a toda prisa fuí a verle, presencié la baraunda y traté de calmar sus nervios agitados.

Más que él, necesitaba yo de calma. Hube de mandar a la Tesorería recado de enfermo; no podía contar ni llevar a cabo trabajo alguno, con la imaginación excitada y calenturienta. Al día siguiente de la comida del Cerro, traté de ver a Julia, sin poderlo conseguir. Era menester esperar hasta el baile del Sábado para resolver mi asunto de manera definitiva, teniendo con ella explicaciones. Mientras tanto, yo no dormía; bailábanme las más extrañas imaginaciones en la cabeza; soñaba despierto. Unas veces me parecía que todo se arreglaba, que Julia me probaba, sonriendo, que no había motivo de alarma, ni era de inquietarse por murmuraciones sociales de esas que arroja la ola. ¿Acaso muchos otros, de pobres y menguados que eran, no habían logrado conquistarse una situación espléndida? Presidentes y Ministros, millonarios y potentados habían, sin más principio que su esfuerzo y su energía individual, ni otro origen que cuna modesta y pobre. Yo, con mi presencia, que no era vulgar, mi espíritu discreto, mis antecedentes de familia, mis relaciones, mi parentela, bien podría

labrarme porvenir honroso y entonces... vislumbraba una de esas encantadoras sonrisas de Julia, sonrisa franca, seductora, de las que conquistan en absoluto, que captan simpatías por el contraste con la habitual indiferencia y altivez del porte. Y, a la postre, ¿por qué no había de ser así? No todo en la vida es llorar y crugir de dientes, como en el infierno del Dante.

En otros momentos, invadíame la sombra amarga, la dejadez de la voluntad, un desmadejamiento del cuerpo unido al postrarse del espíritu. No cabían esperanzas en mis sueños; las ilusiones plegaban sus alas entre las melancolías crepusculares de la esperanza, de la "desesperanza", cantada por Leopardi en su desoladora poesía. Estrellábame de cabeza contra la realidad, como en contra de una roca. Las necesidades de la vida social, las exigencias de la vanidad y del lujo, el deseo de mantenerse al nivel de los de más fortuna que nosotros, las pasiones enconadas por la lucha, los espumarajos de la envidia, el despeñarse de los unos sacrificados a los apetitos de los otros, la desconfianza en el éxito, una como plena conciencia de mi ineptitud para la lucha de intereses, así como la ineficacia de mis esfuerzos y lo limitado de mi horizonte, el hastío del vivir, todo acudía conjurado en contra mía, en las alternativas de ensueño triste en que yo palpaba la realidad, esa cruel realidad que me traía enfermo del espíritu y aniquilado del cuerpo.

Así pasé varios días.

Volví, como antes, a la pieza de Pascual, tan olvidado como los demás estudiantes, en mis horas de fortuna. Cerró, poniéndole un sobre de señal, el libro de Farmacia que estudiaba, y con gesto poco afable y el continente seco, habituales en él, me ofreció asiento.

—Dígnese tomar asiento, señor marqués, si que V. S. me hace tal honor, y dado caso que los marqueses.

como los demás mortales posean semejante vulgarísima costumbre. Siéntese, el señor marqués, en esta silla pobre de su humilde criado.

Aún cuando yo tenía muy conocido el carácter zumbón y las bromas de los estudiantes, no dejó de caerme semejante broma de mala manera. Le puse a raya, con tono triste, refiriéndole, punto por punto, cuanto me pasaba, las últimas noticias de Julia, esos rumores de casamiento, el estado de mi ánimo, las alternativas de amargura y de esperanza. Pascual me miró en la niña de los ojos, echó de ver que yo andaba alicaído; cargó su pipa de tabaco y la encendió, cerrando los ojos al echar humo.

—Aquí está el remedio para todos los males, la piedra filosofal, el elixir de larga vida, la universal panacea, el secreto de la tranquilidad y de dicha: fuma y estudia, en un rincón, sin ocuparte de los demás, que en su vida, ellos se ocuparán de tí como más te conviniere. Ya ves lo feliz que vivo, con la pipa en los labios y las zapatillas en los piés. Cuando llegaste a Santiago, hace cuatro años, te comuniqué mi secreto, que echaste al canasto de los papeles sucios. Ahora vienes, como los grandes pecadores, a confesarte en la hora de la agonía: aunque tarde, bien hecho. Vamos al grano. ¿No te dije yo que tuvieras cuidado con los andurriales en que te metías? Si no tuviste cuenta con mis consejos, ahora lo pagas. Eso del cariño, o pasión, como tú te figuras, aunque no haya tal "pasión", por tu prima Julia, fué una majadería que te entró por la vanidad; oiste decir que era la niña más elegante y más bonita, picaste muy alto y perdiste el seso. Tal vez te gustó de veras. Sea de esto lo que fuere, acaso no sea el amor otra cosa que un "exclusivismo", o manifestación y revestimiento que toma la vanidad. Como todas las vanidades, cuesta muchísimo dinero, sobre todo cuando aspira a forma de

matrimonio. Se paga caro, como todos los artículos de lujo, y no se puede adquirir al fiado. Esa es, amigo mío, la enseñanza que yo te dí gratis, a tu llegada a Santiago, para que, al cabo de cuatro años de oírmela, vieses su comprobación práctica en tu propia persona, con un costalazo que yo deploro, pero que al fin y al cabo era de presumir. No vivas más de ilusiones, mi pobre amigo; prepárate a ver el desarrollo lógico de la sociedad y de la vida, como tiene que ser por la fuerza de las cosas. Julia habrá de casarse, si no con Javier Miralles, con cualquier ricacho, hacendado, o "sportman", como se dice ahora por los que tienen dinero sin oficio ni beneficio. Se casará con cualquiera en esa condición, menos contigo, porque eso no puede ser. Cada hombre vive predestinado, y su talento debe consistir en comprender su predestinación. La tuya era para casarte con una vieja millonaria. Vamos a cuentas: posees buena figura, pelo y bigote rubio, cuerpo esbelto, bien apellidado; eres, en la actualidad, santiaguino elegante, de supremo chic, "créme de la créme", como dice tu amigo Moreno, el del monóculo. Todo eso puede tasarse a ojo de buen cubero, sea en vieja con ochocientos mil pesos, en siútica o cursi bonita, hija de algún despachero italiano, con cuatrocientos mil pesos de dote, sea en señorita de fealdad subida, con ochenta mil, sea en provinciana dotada "según calidad y edad", como dicen en las ferias. Lanza tu prospecto, en vez de andar enamorado idealmente de la prima. No seas incauto.

"Amigo mío, si hubiéramos vivido hace cuarenta años, yo no te daría estos consejos. El trabajo, la energía en lucha con la naturaleza, el combate rudo del minero, la constancia del campesino, el entusiasmo del productor, todo eso, tan noble y tan levantado, tan viril y tan digno del hombre, te hubiera convenido. Sino tenías afición a ese género de trabajos, ahí estaban las nobles labores in-

telectuales, una honrada pobreza, el estudio, el trabajo, la prensa, el diarismo, el libro, la política la enseñanza. Habrías tratado de alcanzar el nombre de un Victorino Lastarria, de Vicuña Mackenna, de los Arteaga Alemparte, de Amunátegui, de Barros Arana, de Blest Gana y de Sotomayor Valdés; habrías querido coger al vuelo las flechas de oro de la palabra de Isidoro Errázuriz, de Maximo Lira, de Enrique Mac-Iver, habrías resucitado la sátira de Blanco Cuartin y de Z. Rodríguez. Si no les hubieras alcanzado, como es de presumir por lo menos habrías sido espíritu culto, hombre que marcha con el siglo y que sirve a los demás. El generoso espíritu que animaba entonces a esta pobre tierra, la hacía levantar sobre sus escudos, llevar al solio de la sociedad y de la política, a los hombres de inteligencia, a los que viven del espíritu, del estudio o para el estudio; incensaba a los que manejan pluma. La muchedumbre entusiasmada aclamaba a los tribunos en el "meeting", en plena ebullición democrática, desconocida en estos tiempos. Cuando no había ley que hiciera incompatibles la vida del Congreso y los empleos públicos, Barros Arana y Walker, Rodríguez, Amunátegui y otros, iban a la Cámara, con rentas y empleo público, a manifestar su independencia combatiendo al gobierno. En cambio, ahora que ha pasado ese período, ya de nada valen el estudio ni el saber. La multitud, ensordecida y corrompida por unos cuantos, no piensa más que en la venta del sufragio, desdeña el "meeting", se burlaría hoy de la campaña legendaria de Vicuña Mackenna, arrastrando pueblos tras de sí. La sociedad permanece indiferente y sorda a lo que antes la conmovía; desprecia lo que antes admiraba en materia de cultura y de espíritu. Nadie escribe porque no hay quien lea. Y como, desde la gloriosa campaña del Perú, tenemos salitre, bonos, certificados, acciones comerciales, construcciones de ferrocarriles y de escuelas, todos han vuel-

to sus ojos al Dios-Dinero y han desdeñado lo demás: virtudes, talento, honradez, laboriosidad, deberes, esas cosas que no dan coche, ni palco en el teatro, ni siquiera la mirada cariñosa del desconocido, en la masa anónima, que fraterniza con lo que significa esfuerzo generoso y sentimiento levantado. Nuestro elemento femenino ha degenerado también; ya no son nuestras mujeres las de la patria vieja, aquellas que se desvivían, exponiendo las tranquilidades del hogar, familia, los propios hijos, a trueque de alcanzar días gloriosos y libertades para el querido terruño. Las hubo entonces, y las ha habido después, que desdeñaban las riquezas y la fortuna por conseguir nombre ilustre, poniendo espada primero y pluma en seguida, en mano de sus hijos y de sus esposos. A O'Higgins, a Carrera y a Freire, siguieron Lastarria, los Amunátegui, los Arteaga y tantos otros, en procesión, aclamados y buscados. Sus mujeres y sus hijas no pedían mucho; satisfacíanse, en gloriosa pobreza, con los aplausos de una sociedad que sabía comprenderlos. Las mujeres del día no se contentan con eso; a vientecillos de gloria, prefieren los goces más substanciales del buen vivir, del traje elegante, del sombrero de ochocientos pesos, con plumas para ellas más hermosas que la de Miguel de Cervantes Saavedra. Junto con estrecharse los horizontes, se han empequeñecido los caracteres. Ahora que el saber de nada vale, para ser mozo "chic", es preciso tener mucho dinero y en breve lapso de tiempo; de aquí el mucho jugar, las aventuras de bolsa, escándalos, substracciones, estafas a la orden del día, ya que nadie pregunta de dónde viene el dinero, en el eclipse total de lo levantado y de lo noble. Las mujeres, pobrecillas, como las mariposas, van a quemar sus alas en el candente dinero, sin saber cómo, tan sólo porque palpan y advierten que es lo único apreciado por el vil Galeoto de toda la masa social, porque eso brilla y

lo demás se tiene en poco. En fin, yo sigo en disertaciones que nada tienen que ver con tu caso. Vamos a cuentas. ¿Acaso tu prima tiene compromisos contigo?

—Nada; que no hay ninguno. Ni yo he tenido la simpleza de pedirle juramentos, ni declaraciones, ni cosa parecida. ¿Con qué objeto? Ella bien conocía mi cariño... sus miradas, sus frases, su actitud conmigo, eran cosas que no me permitían duda.

—Inocente... agregó Pascual... Inocente mil veces... ¿cómo has podido caer en semejante renuncio? Miradas, florecitas y recados, son cosas que se lleva el viento, que a los ojos de una mujer nunca la comprometen sino cuando ella quiere ser comprometida y obligada. Si le conviene, negará lo que todo Santiago haya visto, con la mayor tranquilidad del mundo.

—Tú no la conoces, repliqué, con cierta aspereza cortante que no admitía discusión. Era que en el fondo de mi espíritu, ya sobresaltado, comenzaba yo a formar la certidumbre de cuanto me iba sugiriendo mi amigo, y, por falso orgullo, por temor de menoscabo en mi honrilla vidriosa, me negaba a reconocerlo en boca de Pascual, aceptándolo de lleno en mi fuero interno. ¡Con qué violencia me palpitó el corazón! ¡Cómo se sublebaba mi alma toda ante la posibilidad creciente de hechos monstruosos que habían de separarme para siempre de esos queridos sueños: Un hogar... Julia eternamente joven y mía para siempre... su cuerpo entre mis brazos y, juntos, confiados, luchando por la vida...

Es lo más curioso que, en mi sueño de porvenir, colocaba siempre a la misma Julia elegante y refinada, sin entrar en averiguaciones sobre cómo habría de darle encajes, coches, batista y demás lujo, sin los cuales en mi imaginación no la concebía, porque ya no sería Julia; tan lleno anda uno de contradicciones.

Miraba, con ojos estúpidos, las columnas de humo di-

bujando fantásticos jeroglíficos por la pieza del estudiante, subir, bajar y revolverse, en tanto que en el fondo, trayéndome la realidad, se destacaban oleografías de colores irritantes, que me daban en los nervios, con toda la vulgaridad insoportable de su factura de medio pelo. Además, la cerveza despedía, de botella algo añeja, vaho pegajoso, provocativo, como sello de vulgaridad o mancha de lodo en un traje de seda. Sentíame verdaderamente mal; irritado moralmente por las apreciaciones de mi amigo, y físicamente repelido por aquellos olores.

En esto llegó un sirviente con dos cajas, la del sombrero tricornio adornado con blancas plumas, y la de los zapatos de tacón rojo, complemento indispensable de mi traje de "minuet".

Ya se hacía tarde cuando a toda prisa me dirigía al centro comercial. Cerrábanse las tiendas, en tanto que dependientas y modistillas, con cartones y paquetes al brazo, bajaban por la Alameda.

Los altos edificios, las estatuas, aparecían como fantasmas entre vahos de neblina de una tarde que parecía de invierno, con ser de primavera. Los faroles, a trechos, se perfilaban entre nimbos de luz, como cabezas fantásticas de santos. Coches destartalados arrastraban su herrumbre con desgano, a la posada, a mudar caballos para la noche, deteniéndose al llegar a la calle obstruída por larga fila de tranvías detenidos por desrielamiento.

Uno que otro carruaje americano, de lujo, con grandes caballos, pasaba a todo trote por la calle del Estado. Los paseantes atardados apuraban el paso por las aceras relucientes, como espejos opacos, con jirones de condensada neblina. Al llegar a la peluquería de Arenilla, del famoso Arenilla, me detuve. Medio Santiago, casi toda la juventud, se había reunido allí, como en día de tumulto popular. Unos se hacían afeitar para la fiesta de la noche, otros iban en busca de postizos para el traje

de carácter, otros aguardaban, se daban cita, hasta los había que en esos momentos recibirían invitación.

—¿De qué vas tú? preguntaban a Miguelito Pérez.

—De Orfeo.

—¡Ja... ¡ja!... reponía otro:

"Al infierno el tracio Orfeo
"su mujer bajó a buscar...
"que no pudo a peor lugar,
"llevarle tan mal deseo:

"Cantó... y al mayor tormento
"puso suspensión y espanto...
"más que lo dulce del canto
"la novedad del intento...".

—¿Conque de Orfeo?... já... já... y vas en busca de tu mujer a ese infierno de fantasía?

—Te ries porque no te han invitado...

—Yo voy de "Nelusko... rugge la tempesta..." gritaba el doctor Morán.

—Aníbal Cortés va de "Incroyable..."

—¡Hombre, si no le sienta...

—Menos que al chico Barril, que va de Sansón...

—Carlitos de Sansón?... ¿lleva cabellera larga o corta? ¿Antes o después de Dalila?

—Cuando mataba a los filisteos, agregó el chico, recién llegado en ese punto, poniéndole una mano sobre el hombro...

—¡Hombre, no seas bárbaro!... me has deshecho... precisamente cuando tengo que llevar la coraza de mi traje de Alabardero.

Llamados, saludos, voces y preguntas se cruzaban de grupo a grupo, sobre el único tema del día, el baile de fantasía de Daniel Echagüe.

Brillaban, reproducidas en grandes espejos, las luces de gas de la tienda. Erase un entrar y salir continuado de gente de la peluquería, con estrépito de frascos de tocador rebotando en el mármol de los lavatorios, rumor del eje a vapor que movía los escobillones, ruido de agua, de pasos, de charla, de gritos. El uno llamaba a un amigo, el otro sacaba dinero, este se apoderaba del sillón antes que otro le arrebatara su turno, el de más acá se nacía teñir el pelo de rubio para ir de "Paje", el de más allá se afeitaba el bigote para ir de "Torero" o de "Estudiante" o de "Fraile Capuchino". Pedíase a gritos, Quinina, o "Champoux", en tanto que apresuradamente se ponían, los de allá, el ropón blanco y los algodones del caso. Crugían el "parquet" bajo las pisadas, en tanto que el mozo barría los cabellos con escoba,—esos mismos cabellos que tal vez recibieron un beso allá en su día.

Comí tarde, en cuanto me hubieron afeitado, en el Club, y fuíme a vestir de marqués del siglo XVIII, al estilo Watteaux. Un peluquero me esperaba para arreglarme la peluca blanca, y dar una mano al tocado, así como a los lazos de cinta de mi traje verde nilo con pechera de encajes. Francamente, no había quedado tan mal.

La Avenida del Ejército Libertador parecía "boulevard" de París, entre las 9 y 11 de la noche del 7 de Octubre de 188... Los altos y coposos árboles, de follaje tupido con el entrar de la primavera, alargaban sus siluetas negras junto a los altos edificios; entrelazaban ramas nudosas como tentáculos de molusco, dejando palpitar, entre los claros de sus hojas, un enjambre de estrellas, en el cielo azul, con claridades extrañas de turqueza. De ordinario, la paz se dilata con la noche, por

aquellos barrios que parecen dormidos hasta de día: apenas si un par de carruajes del servicio público, de linternas rojas encendidas, dormitan, junto con los caballos y los aurigas, en el apostadero de la Alameda. Uno que otro aislado transeunte hace resonar su paso, como nota extraña, en aquella silenciosa y obscura soledad. En la noche del 9 de Octubre, la calle parecía transformada como por obra de encantamiento. Incesante ir y venir de carruajes turbaba con estrépito la antes apacible soledad. Algunos coches de posta pasaban a todo correr, en la prisa angustiada de los preparativos últimos de la fiesta. Las pupilas luminosas despuntaban por la Alameda, casi todas del lado de oriente; y doblaban, de súbito, con rápido giro, por la calle del Ejército en dirección al palacio de Echagüe. Luego, comenzaron a desfilar, alternados con los coches de posta, carruajes elegantes, de brillantísimos faroles, arrastrados por caballos de grande alzada, protegidos por capa de invierno, para la trasnochada próxima. Y continuaba incesante, el trotar de caballos de sangre, ese trotar metódico, "de mucha acción", como dice Pepe Moreno, tan distinto del trotar de chuzos, como el frac elegante de la blusa desharrapada.

Como dos cuadras antes de llegar a la casa de la fiesta, comenzaba la doble fila de coches a uno y a otro lado de la calle. Un oficial de policía, de gran parada, a caballo, impartía órdenes a los agentes para que todo marchase con regularidad; corrían estos, resonaban las vainas de los sables, juraban los cocheros, pretendiendo penetrar todos a un tiempo, en tanto que una compacta multitud de mujeres de manto y hasta de personas decentes trataba de ver, por entre vidrios de portezuelas, los trajes de fantasía. Algunos mozos, de "Marqueses", "Pierrots", "Estudiantes" y "Toreros", saltando del coche que les conducía, penetraron en grupo al parque, sa-

ludados por aplausos, silbidos y pitos de todo género, de la muchedumbre. La mayor parte de los carruajes atravesaban lentamente la puerta principal de la gran verja del Parque, conducían su gente a la escalinata con techo de vidrio y luego salían por la puerta cochera. El palacio de Echagüe, un chalet o palacete de estilo italiano, rodeado de jardines, con gran verja de hierro que le separaba de la calle, parecía joya. Focos eléctricos, grandes reflectores instalados a todo costo en diversos puntos, le daban el aspecto de altar de noche de navidad, con árboles enanos, araucarias, palmeras con haces de luces, como si les hubieran colgado estrellas. En torno de la casa, y a lo lejos, se dilataba la sombra. Los focos, entre las ramas, proyectaban chispazos, en tanto que por la gran puerta del edificio se derramaba un chorro de luz deslumbrante, con vivacidad estrepitosa. Diríase que la música hacía bailar la luz, en tanto que la orquesta destacaba notas volantes de "pizzicatto" y las llevaba en ondas sonoras, hasta el grupo de curiosos que trataba de vislumbrar, de lejos el estrépito de la fiesta. Cuando penetré al parque, sentí como si hubiera quedado flotando, en el espacio, perfumes de mujeres, esencias penetrantes arrojadas al pasar. Aníbal Cortés, vestido de "Folletto", con cascabeles en su gorro de loco, en los hombros, en las mangas, por todas partes, daba saltos y cabriolas delante de nosotros; aún se ignoraba el modo cómo había podido procurarse traje. Lo cierto es que la víspera andaba muy triste, y que ahora pertenecía a la fiesta. José Rivas, dándome con el codo, me hacía notar por lo bajo el contento de Aníbal Cortés.

—Tal vez sea ésta la noche decisiva para su "bragueta-zo", me dijo; o se casa ahora o nunca. Pasará el "Rubricón", como dice la Manuelita Malvasía.

Nuestro grupo era numeroso. Pepe Cortés marchaba envuelto en bufanda que apenas si permitía vislumbrar

la punta de su nariz y el extremo de sus bigotes blancos. Carlos Oyangurén, vestido de "Coronel Douglass" de Doña Juanita, con bonete rojo y parche en el ojo izquierdo, causaba risa. Juan Baldesada venía con los Vidal—vestía de don "César de Bazán", con sombrero de grandes plumas, jubón acuchillado de celeste y negro, calzón corto, espada en cuya cazoleta llevaba los guantes y el pañuelo de batista, al estilo de la época. Uno de los Vidal iba de "Incroyable", con elegantísimo traje de largos faldones y tricornio Directorio; la peluca rubia caía en largos bucles sobre la casaca de color "humo de Londres". Su cuerpo, alto y delgado, tenía ondulaciones y elegancias de serpiente con aquellos largos faldones bajo el prolongado cuello. Paco Vidal iba de "Buckingham", ceñido al cuello el clásico y famoso collar de perlas que debía desatar en medio del baile.

Al llegar al vestíbulo nos encontramos con Anselmo el famoso Anselmo de todos los bailes, a la cabeza del guarda-ropa, dando números y recibiendo abrigos. No dejaba de causarme risa esto de ver los accesos de ingenua vanidad de algunos pollos a quienes reconocía y saludaba el viejo Cervero de los salones: vislúmbrase por encima de la ropa, que recibían como diploma, el saludo del buen acomodador.

Delante de nosotros pasó, vestida de "paloma mensajera", una de las muchachas más lindas de Santiago de grandes ojos negros, perfil suave de virgen de Fra Angélico, delgado cuello, cútis transparente y cuerpo aristocrático: seguíala su padre, escritor eminente y gran patriota, de cabellera cana, de ojos azules que denotaban origen británico, y de grandes bigotes blancos. Todos saludaban, de pasada, al grande escritor y a la belleza de la hija. El "hall" parecía jardín mágico, encendidas las lamparillas de colores entre hojas de palmeras, como grandes frutos luminosos de luz eléctrica. Dos armadu-

ras de acero, a la puerta de entrada, despedían sus reflejos grises como de heraldos de la Edad Media.

Había ya comenzado el que debía ser inolvidable baile de Aníbal Echagüe. El dueño de casa, sencillamente vestido de frac violeta y de calzón corto, recibía a los invitados en la puerta, junto con su señora, interesantísima dama, de grandes ojos negros, de tez blanco mate, perfil oriental y delicado. La señora de Echagüe vestía de bandera tricolor, y llevaba estrella de brillantes en la frente. La orquesta preludiaba un suave y romántico vals de Waldteufel, en tanto que un grupo de seis jóvenes, casi niños, vestidos de "estudiantes", con la clásica cuchara en el sombrero y sendas panderetas en las manos, pasaban, con alegre vocerío. El "hall", que hacía de salón central, estaba lleno: los trajes más curiosos, las combinaciones más extrañas, desfilaban bajo la inmensa araña de veintidós luces que refractaban sus chispas entre los colgajos de vidrio, con hiriente estrépito luminoso. Una "Maga", con varita en mano, iba del brazo de un duque "de Borgoña"; una "Vivandera", de pintoresco traje rojo azul, coqueteaba con tres o cuatro.—Era conocida por su gracia y por el arte de buen tono con que sabía cantar las "chansonettes" francesas.

Un "Chino", de magnífico traje bordado, se hacía pasear, en palanquín, por todos los salones. Más allá, un "Torero" hacía la corte a una linda "Japonesa", de tez de porcelana y de ojos oblícuos. "Arlequines" todos de blanco y "Colombinas" de rosa cruzábanse en el camino con "hadas", con "pastoras", "alsacianas", "andaluzas", "damas del imperio", "ironía", "espíritu de contradicción", "modas del siglo XX", "Carmen", "Desdémonas", "Carlos de Valois", "Artagnan", "Cuasimodos", "botellas de champagne". Un "Napoleón", admirable de pare-

cido con el personaje histórico, se paseaba gravemente con las manos a la espalda. No faltaba tampoco un Luis Onceno, ni el "Lorenzo XVII de la Mascotta".

Uno que otro personaje de edad, pasaba con sencillo traje de frac, como don Antonio Larenas, de nariz aguileña, frente calva, largos bigotes y aristocrático aspecto, algo tieso, que recordaba al duque de Morny—nadie creyera que aquel elegante hubiera de verse tan envuelto por el sangriento oleaje revolucionario del 1891.

Los brillantes destellos de luz se atenuaban entre cortinajes espesos y obscuros, que servían de realce y de marco a la brillante iluminación de los salones contiguos.

Veíase, en los sofáes de los rincones, chisporrotear de joyas y de brillantes en los cabellos negros o canos de las señoras, entre carnes desnudas de escotes, sobre trajes de seda que entonaban la escala entera de los colores. Las pupilas brillantes, el pausado y nervioso ir y venir de abanicos de plumas, la albura de los encajes, el "bruhaha" de las conversaciones a manera de rumor discreto, los perfumes de mujer, entre los cuales predominaban el "violette de Parme" y el "Ilang", que estaban de moda: todo se subía a la cabeza con el mareo de colores, de trajes, de épocas, y embriagaba, produciendo en los nervios un estado de excitación especialísima.

La primera faz del baile fué como de sorpresa y de expectativa. Algunos estaban inconocibles, como Ernesto González, que se había afeitado el bigote para presentarse de "Torero", y Pepe Saldías, de "Estudiante". La música llegaba un tanto apagada del primer salón. Habíase formado círculo en torno de Carlos Reyes, vestido de "Edgardo", el de Lucía, que valsaba con Irene Oyangúren, admirablemente vestida de "Noche", con traje de raso negro bordado de estrellas de oro, y lar-

go velo, también con estrellas prendido con una de brillantes.

Lucho Carrera, el bigotito rubio muy retorcido y la cara sonriente, vestido de "Paje", iba de salón en salón, acompañado por Julita Orbegoso, de "Napolitana", huyendo de la cólera de doña Sofía Otero de Orbegoso, la mejicana aquella que había dado en el invierno anterior la estrepitosa campanada del divorcio.

La señora Orbegoso, felizmente para ellos, se paseaba por otro de los salones, vestida de negro, elegante como de costumbre, con sus ojos verdes y tristes y su melancólica poesía de "Mater Dolorosa".

Algunos de los trajes resultaban cómicos. Amador Pérez, con cara de "miss", que de todo se ruboriza, y pasito corto y meneado, a saltitos, que andaba siempre en las tiendas escogiendo corbatas o lana para los tejidos de su mamá, y haciendo la corte a las niñas sin declararse nunca, andaba... de "Fierabrás". El "pato" Larraín Arteaga, el hombre más cobarde del mundo, andaba de "Coracero", con bruñida coraza y enorme sable.

—Vas con el sable de Pepe Cortés... le gritaba Ito García.

Junto a nosotros, pasó la señora Angela Ariztía de Garcés, cogida del brazo de un diplomático extranjero, el Ministro belga, un señor Conde de Galitzin, que acababa de ganar un ruidoso pleito, mediante el cual se había convertido en duque de Suidersee. El diplomático, puesto el monóculo en el ojo derecho, examinaba la concurrencia, con agudos comentarios en voz baja, que celebraba su compañera con risita algo taimada de mujer que trata de pasarla de niña.

—Ese Ministro belga apenas habla unas cuantas palabras de francés, me dijo Ito. Ha sido educado en Inglaterra y apenas si ha pasado quince días en Bruselas.

desde que entró a la carrera de diplomático. En cuanto a la señora de Garcés ¡cosa rara! es la vez primera que la veo sin su vestido de listas negras y blancas!...

Un Ministro de la Corte, de bigote muy teñido de negro, con traza de galancete y pretenciones de tenorio, daba el brazo a la señora de Boneo. Era un escritor ilustre que, en sus postrimerías, había dado en la simpleza de echar su cuarto a espadas, dando más importancia a sus éxitos amorosos que a sus artículos. La señora Serens de Boneo, de aspecto aristocrático, fisonomía delicada, algo enfermiza, de "lirio mustio", había contraído matrimonio con un señor Boneo, bastante rico, de vieja cepa colonial; de entonces acá, se complacía en representar el papel de víctima, con poesía y sentimiento, a pesar de que comía y engordaba—con todas las amarguras de su existencia.

De ahí a poco, nos topamos con un viejo y glorioso general, de cabellera cana, ojos claros y bigote caído, notable en la campaña del Perú, algo olvidado ahora, a no ser por su tartajeo.

—El general acaba de llegar de Europa, me dijo Ito, a donde ha ido de "incógnito", por modestia, según él afirma.

El general, con el pecho cubierto de medallas, de casaca bordada y recamada de oro, daba el brazo a mi tía Mercedes, vestida de María Estuardo, con traje de terciopelo negro, elegantísima en su aparente sencillez, realzada por una "riviére" de brillantes.

Zacarías Alcalde, vestido de "clown", con el clásico bonete y las mejillas enharinadas de los payasos, se acerca al general para discutirle sobre el arte de ganar batallas, entre grandes risas de dos niñas que lo habían enviado y le seguían de cerca.

La baraunda aumentaba por momentos, a medida que llegaba más y más gente. Apenas si se podía dar un pa-

so en aquel revuelto río, apagados casi los acordes de la orquesta por el hervor continuado de conversaciones el ruido de los pasos en el parquet del "hall", los saludos; embriagada la vista con el contraste de colores vivos, el relumbrar de las joyas, los destellos de luz eléctrica y aquel incesante desfilar de muchedumbre. Mezclábanse en la atmósfera esencias sutiles de mujeres, perfumes de moda, aquel "odore di femina" inenarrable y el vaho que de las multitudes se desprende, olor excitante, diluído en oleadas de fuego. No se bailaba, ni era eso posible, ya que la innumerable concurrencia lo invadía todo. La orquesta preludiaba las cuadrillas de "Boccaccio", bailadas en el saloncillo más pequeño, tan sólo por ocho parejas, entre las cuales se perfilaban las notas vivas de unos fracs rojos.

Yo veía sin querer; el exceso de luz y de ruido me hería en lo íntimo de mis nervios, vibrantes de ansiedad y de expectativa, en tanto que mis ojos buscaban a Julia y que mi pensamiento se iba concentrando en ella. Necesitaba, antes que todo, verla, era indispensable que yo la hablara, y Julia no aparecía en parte alguna. Diríase, que, en ciertas ocasiones, cuando buscamos a una persona, ella pone empeño en evitarnos, se complace en huir de nosotros. Lo que al principio nos parecía fácil, se vuelve luego difícil, se torna imposible, en tanto que un desierto se extiende entre nosotros y lo buscado. Tiéndense los nervios, crece la impaciencia, el deseo se trueca en obsesión y la expectativa en angustia, en exacerbación de lo desconocido, en tormento que no nos explicamos.

—¿Has visto a Julia?

—Acabo de verla en el "hall", junto a la estatua de Minerva, me respondió Carlos Oyanguren.

En ese momento me encontré con Manuelita Cortés, que, alargándome su tarjeta de baile, atada al broche

del guante que ceñía su muñeca, delicada como una cañita, me dijo con gracioso mohín:

—Es usted un impertinente, "Champañita",... digo mal, señor don Antonio Fernández... Ni me ha saludado, ni se ha acercado a mí en toda la noche, ni me ha pedido baile... Usted se ha portado muy mal, pero muy mal... En cambio, yo voy a darle este baile y el que sigue, y todos los que quiera... Siempre que usted me haga una declaración. Estoy viuda: he peleado con Arturo. Dígame: ¿por qué no se le ha ocurrido nunca cortejarme?

Luego, con el mismo tono festivo, juntando las manos, me dijo en tono de súplica al oído:

—Líbreme, por Dios, de este hombre con que voy, mire que me pesa más que todas mis virtudes....

El "carnet" de baile de Manuelita estaba completamente lleno. Le ofrecí el brazo, hizo una cortesía a su acompañante, y nos lanzamos al torbellino. Y pensaba en Julia, en tanto que Manuelita me contaba sus historias, y las de sus amigas, y las de todo el vecindario, hablando por cuatro, lanzando epígramas desde su cabeza grande que coronaba un cuerpo chiquito y mono.

—Rafael Cerda Cabieses acaba de preguntarme por qué no he venido "de Angel". Yo le respondí, agregaba Manuelita, que ese traje estaba reservado exclusivamente para él. Figúrese a Rafael Cerda de "Angelito", con alas, ¡já!... ¡já!... eso sí que sería propio.

Entre dimes y diretes, llegamos al saloncillo oriental. Yo que llevaba mi pensamiento clavado en Julia, me distraje un momento con la charla de Manuelita; por primera vez abandoné mi casi constante obseción de los últimos días. En ese momento preciso nos encontramos con mi prima. Fué sorpresa, palpitación de corazón, suspiro de desahogo, arrullo de ansiedad, todo en uno. Las

niñas se besaron en las mejillas, cambiaron dos palabras al oído y Julia me dió su mano izquierda. Sentía rápido palpitar mi pulso, la frente helada y ese vacio peculiar del estómago de los que se aprontan a pelear.

Nuestras miradas se cruzaron. Noté en las pupilas de Julia algo extraño, sombrío, casi anormal; diríase que abrigaba resolución enérgica, o bien que me tenía odio, un odio hondo, sangriento. En los últimos tiempos, la notaba intranquila; diríase que me miraba mal, que huía de mí como de un enemigo, que mi presencia le desagradaba. Había entre nosotros la tregua de un duelo a muerte, suspendido de súbito. Ahora su mano, de ordinario floja, casi lacia, estrechaba con firmeza; su pupila tenía destello sostenido. Yo, que la conocía, había notado ya, en su flojedad e indiferencia aparentes, estallidos de energía formidable, llegados sin venir a cuenta, por el motivo más fútil, en tanto que en ocasiones en que hubiera debido esperarse en cualquier otra mujer, conservaba el dominio absoluto de su tranquilidad y de sus nervios.

—Antonio, me dijo Julia al despedirse, con aquella su adorable voz plateada, vengo dentro de cinco minutos a este salón; lo espero.

Y siguió su camino, del brazo de Javier Miralles. Le miré de piés a cabeza. Vestía de "Caballero de la Orden de Calatrava", de terciopelo negro, cruz roja en el pecho, sombrero de fieltro de anchas alas con magnífica pluma sostenida por un solitario enorme, y llevaba espada de puño bruñido—obra exquisita de orfebrería. El amplio cuello de encajes sobre los hombros, destacábase en el marco de los bucles rubios de la peluca. Diríase, al verlo, que había resucitado un personaje de retrato de Van-Dick, era tal la elegancia de su porte, y la suprema distinción con que llevaba su traje de gentil-hombre de Cámara. Javier se había quitado veinte años.

—Está rejuvenecido, alegre, es otro con veinte años menos, me dijo Manuelita.

Luego se sonrió, me miró de soslayo, volvió a mirarme y a sonreirse. Comprendí que tenía en la punta de la lengua la historia, que ya corría por todos los salones, del matrimonio de Julia con Javier Miralles. Manuelita ardía en deseos de abordar el punto, de interrogarme, de "ver mis impresiones", para luego transmitirlas a sus amigas, de verme sentir, de sentirme agonizar, combinando el placer del Rey Luis de Baviera, que se hacía representar óperas para él sólo en su teatro, con el placer de las multitudes ante el espectáculo del toro en sus estertores últimos, y del torero cogido y bañado en sangre. Hay en ciertas almas, que son buenas, sin embargo, exquisita voluptuosidad en palpar una agonía para luego consolarla con frase desleída, con arrullo caritativo, encantadas de sentirse capaces de compasión, gozando con el sonido suave, metálico y penetrante del consuelo que prodigan.

Manuelita volvió a mirarme, se puso seria esta vez; no pudo ya contenerse, y me dijo:

—Me parece que se casan...

—Lo mismo creo yo... agregué sencillamente.

Mi compañera abrió los ojos, me miró curiosamente.

—Y lo dice usted con una tranquilidad que... vaya... me quita las ilusiones. Lo creía a usted de más constancia en sus cariños, y más capaz de pasiones.

—Pues no se equivoca usted...

—Y lo creía más sincero... agregó la niña.

Yo sentía angustia indefinible que me subía a la garganta; extraño deseo de llorar a gritos, de reñir, de matar a cualquiera, de soltar mis nervios. No le tenía miedo a nada en ese instante. El mundo entero me daba náuseas, y sentía dentro de mí desprecio profundo por la sociedad toda, por esa sociedad que ahora encarnaba

Manuelita con su curiosidad indiscreta y malsana. Leía en el fondo de su alma, leía como en libro abierto, la realidad de mis temores, el matrimonio de Julia; sentía lo que la niña iba pensando; lo que la sociedad pensaba de ella o de nosotros; veíame como en el escenario, víctima de la curiosidad de todo un público, comentando con impertinencia o con desdén; percibía la ansiedad social por saber si sufría y cómo sufría. Entonces yo, que momentos antes disimulaba; yo, que estaba resuelto a jugar fríamente con el mundo la partida del disimulo y del engaño, experimenté cólera súbita, como latigazo. Oleadas de indignación y de soberbia, me subían al rostro. El orgullo se adueñaba de mí; creíame superior a todos, más fuerte que todos, por encima de la opinión, por encima del qué dirán. No era ya la vanidad herida que disimula y niega, por que teme, sino el orgullo que confiesa y que desprecia. Nunca sabrá Manuelita cuánta hiel, ni cuánto desdén había en la aparente humildad con que dije:

—Sí, yo no miento. Sí, quiero a Julia con todas las fuerzas de mi sér; casi como a Dios. De ningún modo pretendo disimular. Es tan superior mi cariño a eso que por ahí anda con nombre de sentimiento, que no abrigo ningún temor en confesarlo.

Mirábame Manuelita con ojos espantados, de tal manera salía mi lenguaje fuera de las reglas de convención social que se hallaba acostumbrada a ver, y a tener como sagrados cánones. No le cabía en la cabeza que se pudiera confesar, de frente, un cariño desgraciado; percibía de modo confuso, sin darse cuenta cabal de ello, que había dentro de mí un rebelde, un exasperado, un vencido, algo que andaba fuera de la sociedad, como peñasco resuelto a estrellarse contra ella, de lo cual sentía frío involuntario, el miedo que inspira un criminal. Su brazo tiritaba, débilmente apoyado sobre el mío.

—¡Por Dios! no vaya a dar un escándalo esta noche, me dijo. En el estado de excitación en que está, le creo capaz de todo. Vea. Lo mejor sería que se fuera.

—De ningún modo, repuse. Necesito hablar con Julia, desahogar un tanto lo mucho que tengo que decirle. Hablaremos, y me iré cuando la fiesta concluya. También quiero divertirme, agregué con ironía. No me conoce usted si me cree capaz de escándalo. En la sociedad de buen tono, las cosas se estilan de otro modo los dramas no tienen gritos, las tragedias no ven sangre, el supremo dolor se oculta discretamente. No crea usted que lo ignoro. Pero a mí no se me despide con un gesto, como a lacayo.

La orquesta preludiaba algo muy conocido, la "polka "Bebé", cuando el doctor Morondo, vestido de africano, se acercó a mi compañera a cobrar su baile, con una cortesía. Traía sonrisa en los labios, la cabeza echada atrás, la barba puntiaguda hacia adelante, bien peinada, esparcido por todo su sér, un aire de buena salud, de excesiva satisfacción de sí mismo y de los demás, de vientre corriente y de dicha apacible, no turbada por sentimiento alguno. Saboreaba, de antemano, su placer de advenedizo, al verse por todos los salones en compañía de una de las niñas elegantes, de buen apellido, de fortuna y de "chic".

Trabajo me costó, por cierto, llegar hasta el saloncillo turco, donde se encontraba Julia, en compañía de Javier Miralles. Acerquéme a ella respetuosamente, y le hice un saludo grave, como no lo usaba sino raras veces. Estremecimiento involuntario agitaba, como escalofrío, mi cuerpo entero, a pesar del calor que allí reinaba. Llevaba la resolución de hablar a Julia en tono golpeado, de echarla en cara la falsía de su conducta, lo que me hacía sufrir, mi porvenir roto, mi alma pisoteada. Iba rebuscando en mí, aquello que me pareciera más fuerte y más

amargo, dentro del respeto debido a una señora. Saludé a Javier que me dió la mano con cierta indiferencia desdeñosa, y me puse de pie, resueltamente, junto a mi prima. Miralles no se movió. Entonces la niña, con voz cristalina, apacible, algo lenta, se dirigió a él, pidiéndole, con leve impertinencia, que nos dejara.

—Váyase a fumar su cigarro, Javier, y déjenos sólos, no más...

Miralles quedó sorprendido, abrió los ojos un tanto, haciendo como que no comprendía.

—Si no tengo ganas de fumar, repuso.

En su mirada se veía la vacilación.

Julia clavó en él sus pupilas claras, con destellos acerados, y suave sonrisa:

—Vuelva dentro de cinco minutos, agregó con tono apacible, pero que no admitía réplica. Entonces el viejo tenorio se puso de pie, pausada y dolorosamente, enrojecido de golpe, el semblante levemente descompuesto, y salió con labios apretados, sin mirarme. No me es dable decir cuánto gozaba yo con su agonía, ni cuánto me complacía su humillación. Tras de tantas amarguras, se me ensanchaba el alma, con verlo sufrir a él, que me arrebataba, de repente, mis esperanzas, mi cariño, cuanto me importaba en la vida. Gocé con su rostro descompuesto, gocé con sus movimientos, con los celos y la cólera que dejaba translucir; en aquel punto, yo hubiera besado el pié de Julia, con voluptuosidad, después del latigazo.

—Vamos al saloncito de arriba, me dijo.

Subimos la escalera que llevaba del "hall" al segundo piso. Muchas parejas, en pleno "flirt", se hallaban sentadas en los peldaños, junto a la baranda de caoba tapizada de flores. Julita Orbegoso tenía sentado a sus piés, en el tramo inferior, a Raul Castellanos; Irene Vidal, con su hermosísimo traje de matices verdes, de "Alga

Marina", sentada junto con Elena Oyanguren, embromaba con Eleodoro Zañartu y con José Rivas. Se reía, se charlaba, se metía ruido, en la escalera que parecía una cascada de flores, de encajes y de niñas. Apenas si pudimos pasar, Julia adelante y yo atrás, por entre tanto grupo. Todos la saludaban cariñosamente, los hombres se ponían de pie. Ella contestaba, sin mirar, con leve sonrisa. En el segundo piso estaba el tocador de señoras, para refrescarse con polvos y arreglar los trajes. Una francesa recibía a las damas. Junto al tocador, a cada lado, había un "boudoir", una de esas piecesillas de intimidad y de confianza. Ahí nos fuimos. Ella tomó asiento en un sofacito, y yo a su lado. Los escalofríos me redoblaban, sacudiéndome como corriente eléctrica. Sentíame resuelto a todo, como si hubiera centuplicado mis fuerzas morales.

—He querido hablar contigo, expuso Julia, porque hay que trazarse una línea de conducta.

Hubo una pausa. Pensaba interrogarla sobre su matrimonio, esperaba evasivas o negativas, como en otras ocasiones. En cambio, esta vez derramaría toda la hiel de mi alma, toda mi indignación, mis reproches todos. Iba a hablar, y sentí que mi garganta estaba seca.

—Es necesario que sepas lo que no he dicho a nadie todavía, y que espero sabrás mantener en reserva: voy a casarme con Javier Miralles...

Quise hablar, y no pude; los reproches y las quejas se ahogaron en mi garganta. Me detuve mudo, sorprendido, por eso que "ya sabía". Y yo que estaba dispuesto a encararme con ella, a reprocharle su coquetería, su engaño, su traición, insultándola, menospreciándola, doblé la cabeza en silencio, como el animal que ha recibido el golpe de muerte. Era tan grande el trastorno de mi vida, el destrozo de mis ilusiones y de mis esperanzas de tal manera pisoteaba mis ensueños, que había

caído en estúpido sopor de sorpresa, ante ese hecho tan natural, tan previsto, que todos conocían, que era la conversación de la sociedad entera, y que yo no ignoraba.

—Comprendo cómo será para tí una noticia dolorosa, excesivamente dolorosa, y que me quieres con verdad, agregó mi prima, en tono tan natural y tan sencillo, que me llegó al corazón. Eres un niño, a pesar del mundo de que presumes, y aún no sabes, como yo, que la vida no se hace al gusto de cada cual, sino que la recibimos hecha. El sentimiento puede inclinarnos a una parte, en tanto que la razón nos conduce a otra. Conoces la posición de mis padres, de mi familia, de mi nombre; has visto el centro en que nos hallamos colocados. Eres un niño: emplearás todavía la mitad de tus años antes de formarte posición, si te la formas. Entre tanto, habrá dado muchas vueltas el mundo, tal vez haya pasado tu capricho.. quizá yo haya perdido la frescura de juventud, que es tan pasajera. Javier Miralles me quiere, no es joven, pero es tipo de "gentleman"; caballero por donde lo tomen, simpático, agradable, sabrá mantenerme bien dentro del mundo en mi puesto social, y no habrá de negarme eso... ese no-sé-qué a que estoy acostumbrada. Creo, pues, llegado el momento de que se acabe de una vez por todas ese amorcillo, que es pasajero, y del cual te consolarás... Hay tantas otras mujeres...

¡Tantas otras mujeres!

Al llegar a este punto mi prima, no pude contenerme. Sentí que se nublaba mi vista, que se me llenaban de lágrimas los ojos, que un sollozo de insondable angustia me embargaba el pecho. El temblor nervioso, aumentando por grados, me sacudía convulsivamente. No pude más, y rompí a llorar como niño, sin consuelo, sin el pudor de mis lágrimas, a riesgo de ser sorprendido por medio Santiago en semejante escena. Las conside-

raciones humanas desaparecían para mí, en el naufragio de mi sér entero, Los sollozos me sacudían; las lágrimas manchaban el gros, "verde nilo" de mi chaleco de marqués Luis XV; y me sacudía todo, apoyado en un sillón, con estertores de agonía y sollozos lacerantes.

Ella, sin una palabra más me puso la mano en el hombro y me dió un beso en la frente:

—No seas tonto...

Lo que sentí, no acierto a recordarlo. Sólo sé que una reacción violenta, algo como fiebre de inesperada felicidad, de inagotable dicha, se apoderó de mí. Mis brazos se deslizaron en torno de su talle, de su cuerpo inmaculado de diosa; mis labios se apoyaron en sus cabellos, y la besé en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, una y otra vez. Ella resistió suavemente, trató de alejarme de sí. No, no... no... no quiero... Aún conservo la palpitación sagrada de sentirla, toda ella, mía; toda ella junto a mí, en medio de los castos besos en que recibía su alma.

Púsose de pie, y, pálida, con la palidez nacarada y transparente de la perla, tiritando las ventanillas de su nariz, toda trémula y toda conmovida, me alargó la mano.

—Olvidemos lo pasado. Ahora podrás consolarte pensando en que te he querido y en que... aún te quiero... Sea cual fuere mi porvenir, te dejo mi corazón. Sigamos cada cual nuestro camino. Trata de ser hombre de provecho, y no olvides que yo seré siempre una mujer honrada, digna de mi nombre, de mis antecedentes, y de mis sentimientos cristianos. Nada quedará de común entre nosotros, sino el recuerdo de un ensueño, de una chiquillería. No me vuelvas a seguir; te lo pido.

Sin decir más, penetró en la pieza del tocador. Quedé sólo, estremecido con la dicha inefable de ese instante, con el amargo sobresalto de sentirla mía y de perderla.

para siempre, para toda la eternidad. Sí, era una mujer honrada, buena y seria. Ni yo pretendería turbar la paz de su nuevo hogar, ni ella habría de consentirlo.

—Hay tantas otras mujeres...

Y sentía que no había, que no podía existir otra fuera de ella; que era la única; que ante las demás viviría indiferente. Alejábanse de mí para siempre las visiones de hogar, de familia, de gritos de niños, reemplazadas por la noche negra, los trabajos estériles, la amargura egoísta de la vida de solterón. Lo más horrible, en la nueva reacción de mi espíritu, era comprender, haber tenido la revelación de esa otra Julia desconocida, tan tierna, tan hondamente compasiva, cariñosa, con alma de oro dentro de maneras frías de "lady", esa otra Julia amorosa que me había sido señalada en el momento de perderla para siempre.

Pepe Cortés, vestido de "Alcalde de Doña Juanita", llegó haciendo sonar una pandereta de "bastonero"' de Cotillón.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿dónde están los "minuet"? Falta una pareja para principiar. ¿Cómo es eso? Todos esperan, ¿y usted, amigo mío, se queda tan tranquilo?

—Ya viene Julia, que está en el tocador.

—Iré a buscarla.

Y, sin más, con sólo un golpe, de aviso previo, Pepe, a quien su edad autorizaba para esas cosas, metió el brazo con la pandereta por la puerta entreabierta, con un ruido de mil demonios y golpes de cascabeles y pandero, comenzó a dar voces a Julia, que salió apresuradamente y se cogió de su brazo.

El salón Luis XV, estaba completamente lleno: los sofáes, de legítimo estilo y auténticos, y la doble hilera de sillas, ocupados por señoras. Los jóvenes, de pie junto a las mesitas doradas y a las "etagéres" de grandes espejos, agrupados entre cortinajes de puertas y maci-

sos de helechos, formaban grupos pintorescos de todas las épocas y de todos los colores, rojos, verdes, celestes, verde mar, verde botella, amarillo, amaranto, "frailes", "toreros", personajes históricos o de ópera de capricho, de invención fantástica.

Las parejas de "minuet" hallábanse en la colocación señalada de antemano, salvo dos, que llegaron, como siempre sucede en esos casos, un tanto atrasadas. Así como tocó la orquesta su preludio, se deslizaron las parejas, las manos levantadas y cogidas de las puntas de los dedos. Luego, al compás de la música de antaño, que dejaba caer notas de cristal trizado, de corte envejecido, temblorosas, como si vinieran de muy lejos, se movieron las parejas inclinándose las pelucas blancas de los hombres en pausadas cortesías, en tanto que las señoras, la cabeza graciosamente inclinada, bajaban y subían el busto en elegante saludo de corte. Tiritaban las notas frágiles bajo el arco del violín, en tanto que resonaba sobre el "parquet", la cadencia de los pasos que llevaban el compás de la música. Yo me deslizaba maquinalmente, como una sombra, cogiendo las puntas de los dedos de su fina mano de reina, en tanto que Julia, con el cuerpo recto, erguido su largo cuello de nieve tan delgado y tan redondo, echada atrás la cabeza, me miraba y sonreía. Diríase la gracia encantadora de la Pompadour, las fragilidades de los Sevres, las maravillosas pinceladas de Fortuny, las seducciones perversas de las sirenas del mar, concentradas en aquel delicioso y amargo sonreir. La peluca blanca y rizada como corderillo de Pascua, los grandes lazos de cinta rosa, el lunar negro pegado a la mejilla, los encajes y los pliegues del siglo XVIII, le daban aire de añejo retrato de Watteau, resucitado por arte mágico, en toda la frescura de sus veinte Abriles. Ella sonreía y hacíamos la elegante y pausada reverencia—yo con la muerte en el alma; con el recuerdo

de aquel momento único de felicidad suprema; con el sabor a vinagre de toilette de sus mejillas, pegado de mis labios; con el beso de su ternura en los repliegues de mi recuerdo; con la desesperación infinita de separarme de ella para siempre, cuando sabía que me amaba. Ella saludaba con la gracia de la gran señora que vive en el mundo y para el mundo, que sabe disimular cuando es preciso hacerlo, y que sonríe cuando lo exigen las reglas del baile. ¡Dolorosos momentos de agonía! Precisamente en ese instante en que por última vez bailabamos, la encontraba más llena de encantos, más hermosa, más gran dama que nunca. La palidez transparente de su rostro, bajo la peluca blanca, tenia el íris de la perla, en tanto que sus ojos se dilataban, como asustado con luces de pureza nítida, con mirar de virgen, de fulgores aterciopelados y ténues, que la sonrisa de sus labios puntuaba de picarescos. Al cruzar nuestras miradas, creía percibir el residuo melancólico de una lágrima.

—¡Hay tantas otras mujeres!

Pero entre todas, era la reina esa, que llevaba incrustada en lo más hondo de mi vida.

Del violín sacaba el arco sus sonidos de cristal trizado y viejo, aires de antaño, gastados, resucitados de otro mundo y de otro siglo, con gusto a polvo, en tanto que nuestros pasos resonaban a compás sobre el "parquet" y yo vislumbraba ocultos sollozos en la música, melancolías escritas para mí tan sólo, adioses que agonizaban entre las frágiles notas. Nadie hubiera podido columbrar la trágica amargura de la escena pasada momentos antes, al vernos en el grupo de marqueses y marquesas de pelucas empolvadas, venidas del siglo XVIII, ellos de tricornio y de espadín, ellas de Watteau y de anteojillo "impertinente", de largo mango, como los de antaño.

Concluyóse el baile en medio de grandes aplausos, que parecían ovación, de tal manera que nos fué necesario repetirlo. Casi no veía. Apenas si notaba, en el hueco de la puerta, frente a mí, un grupo de amigos, y de alegres vividores: Ito García, Aníbal Cortés, Elías Zañartu, Carlos Oyanguren, los Vidal y Gregorio Sandiford. En el medio de ellos se destacaba la cruz roja del hábito de Calatrava de Javier Miralles.

No bien concluyó el "minuet", se acercó a nosotros Adolfo Maneso, para decirnos que don Alvaro Fernández nos llamaba. Acercámonos a mi tío, sentado junto a un círculo de señoras. Estaba de gran parada, con la banda de la Orden de Cristo, de Portugal, y una condecoración de Isabel la Católica al pecho. Sus bigotes y sus patillas inglesas... le daban traza de Lord. Besó a Julia en la frente; me alargó la mano sonriendo.

—Debo darle gracias, amigo mío, por el momento de placer que nos ha causado su baile, así como por el realce que han sabido ustedes dar a las niñas, como cumple a todo buen caballero. Créame, que ha sido el momento más brillante de esta tan espléndida noche, así por su lujo como por lo escogido de la concurrencia. Usted hacía con mi hija una pareja encantadora, presentándola de bonita, a ella, que es apenas regular, si a tanto me atrevo. De cierto que los nuevos marqueses y marquesas del Minuet no le van en zaga a los grandes señores de otros tiempos.

—¿No es verdad, amiga mía? agregó, dirigiéndose a su vecina, doña Berta Salaciera, cubierta de brillantes, con el rostro tieso de pintura y en actitud de Dios Indio, por no descomponerse.

—Así es, así es, gruñió entre dientes la vieja señora, que trataba de echarla de joven con traje blanco, joyas y pintura, por lo cual Ito García la había bautizado con el nombre de "Nuestra Señora de Andacollo".

La buena dama tuvo a bien cogerse de mi brazo, con el pretexto de ceder a Julia un asiento junto a su padre, y con el propósito de dar un paseo. A poco nos juntamos con Manuelita Malvasia, que hacía confidencias a don Cesareón de la Carrera, sobre sus relaciones con las damas de la Corte de España, y su intimidad con una princesa belga.

Alberto García, el buen "Ito", me tocó el hombro, diciéndome a media voz:

—Has estado admirable. Prometes... prometes mucho. Serás un gran actor social, aprendes a disimular y subirás... prometes. Has perdido tu partida como un caballero debe perder su banca.

Hube de quedarme hasta la cena, en compañía de Ito y demás amigos. En vano bebía y bebía champagne. Mi cabeza conservaba toda su dolorosa lucidez, sin que lograran desarrugar mi ceño los incidentes cómicos de esos con que a cada paso nos topamos en la vida, ni los personajes grotescos de que está plagada la sociedad. El alba clareaba, iluminando con luz cenicienta rostros amarillentos de los invitados que salían del baile. Dos cocheros, de pie sobre el pescante, reñían con su vocabulario grueso; grupos de barrenderos levantaban, en medio de la calle, nubes de polvo con sus escobas, en tanto que la luz pálida del alba iluminaba los edificios con fulgores de crepúsculo. Casi todos los coches habían partido. Varios muchachos de fisonomías amarillentas y trasnochadas, mal cubiertos los trajes de seda con mac-farlanes y abrigos modernos que desentonaban singularmente, se arrojaron, bostezando, en victorias de alquiler:

—Vamos a la Plaza; a tomar chocolate donde la Juanita.

CAPITULO XIV

LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO

TRISTES, bien tristes, fueron esos días en que me sentía desplomado y sin alientos para bregar en lucha diaria, perdido para siempre el divino encanto de mis ilusiones de niño, de mis ensueños de amor tan lentamente arraigados, como pisoteados y rotos de prisa. Por una de esas coincidencias que impresionan el espíritu, el cielo de primaveral se tornó invernizo, de celeste gris, cubriéndose, poco a poco, de nubarrones ahumados. A medida que el cielo se encapotaba, me daba yo, complacientemente, a mis dolorosas cavilaciones que iban a parar a un mismo punto. Estaba todo roto para mí, próximo, quizá, el matrimonio de Julia, perdida hasta la última esperanza, y, con todo, la sentía dentro de mi corazón como dicen que se siente el brazo que el cirujano ha cortado y separado del cuerpo.

El temporal anunciado por el barómetro se descargó sobre la tierra.

Luego vino la lluvia en oleadas cristalinas de gotas menuditas; con ella las notas negras de los paraguas, el chorro que caía de un alero, los charcos de agua en el asfalto roto de las aceras, el lodo en las calles, el eter-

no rumor de los ejes vencidos en los carromatos destartalados del servicio público.

No tuve más horizontes, en los varios días de lluvia, que el Cerro San Cristóbal, recubierto de musgo verdoso, tapado a medias por el blanco cendal de la lluvia, y unos eucaliptus retorcidos y diformes que arrojaban sus ramas y sus largas hojas sobre el techo de casas de la Alameda. El rumor de lluvia azotando los cristales, su monotonía persistente, los chirridos lejanos de tranvías, levantaban en mi alma la misma dolorosa nota de algo que se va, que está lejos, que se pierde, como rumores de coche ya próximos, ya lejanos, ya perdidos en la distancia y en el silencio. Todo, así en lo físico a la vez que en lo moral, convergía a Julia.

Visiones de desatentado sensualismo se apoderaban de mi cerebro, me torturaban con sus crueles insistencias, con imágenes amorosas que me dejaban sin fuerzas, unidas a la sensación de martilleo horrible sobre el cráneo.

A poco, se me presentaba Julia, incitante, sensual, tentadora, ofreciéndome todas las voluptuosidades a la par que cuantos refinamientos es dable concebir en los sentidos. Extendía yo mi frente y... nada: la sensación fría del vidrio y el repiqueteo redoblado de la lluvia. Otras veces, la sentía entre mis brazos, como en el momento fugaz del casto beso, en la noche del baile; diríase que Julia bajaba de una estrella, que tenía las ievedades de un perfume, tan tenue, que no era posible tocarlo para que no se perdiese. No acertaba a comprender bien si era sombra, si rayo de luna, si una sílfide que en cuanto me acercaba se desvanecía. Luego, agolpada la sangre a la cabeza, inyectados los ojos, el corazón palpitante y la frente ardiendo, sentía yo que cogía entre mis brazos el cuerpo de Julia, y la cubría de besos y ella se entregaba... se entregaba... y yo cerraba los ojos

para no despertar en la vida. Luego caía la noche, prendíanse los faroles del alumbrado público; el empleado municipal, con su gancho, encendía uno al frente de mi ventana, en tanto que yo cerraba los ojos para no ver esas luces brutales y crudas de la realidad ambiente que me apartaba de mis imaginaciones. Tocaban la campanilla que llamaba a comer en casa de mi "sea" Adriana: no me movía, por prolongar un minuto más los ensueños de una dicha muerta.

Es lo singular que en esa intensa crisis de agonía no me desamparaba la imagen de Julia, unida a mí de manera indisoluble, como cosa propia, con cadena de besos y de sensualismo; que la veía, de cerca, muy de cerca, hiriéndome, sobre todo, la pureza de su perfil, uno de esos que pintaba Carlos Dolce con cadejos de cabellos dorado rojizo, sueltos como seda desflecada y rayos de luz que herían su largo y delgado pie. Esa mujer, que me quería, a quien las leyes del corazón, de la simpatía, de la edad, del ensueño, me daban como cosa propia y "predestinada" para mí, sería de otro; manos extrañas desharían los lazos de cinta de su muñeca y de su garganta; ajenos brazos habrían de ceñir su talle largo y ondulado; el aliento de su boca sería de labios ajenos—al llegar a este punto, sentía el sabor suavísimo y perfumado del vinagre de "toilette" cogido sobre sus mejillas frescas.

Todo sería para otro, en tanto que a mí me quedaría, tan sólo, como una maldición, la conciencia de que ella me amaba, de que nuestros labios habían estado juntos, cerrados sus ojos en el espasmo involuntario de su sér. Se me figuraba agonía continuada esto de suponerla en brazos de otro, con legítimo derecho de señor, y separada para siempre de los míos. ¿De qué me servía la íntima confesión de que me amaba sino para hacerme aún más doloroso el bien perdido? ¿De qué eso de "con-

tigo se queda mi corazón?" Es muy grande, es muy bello, lo que se refiere al espíritu, pero no basta en las horas de oleadas vertiginosas de la vida humana.

La mujer que entrega su corazón, y nada más, como en "El Lirio del Valle", la admirable novela de Balzac, o es mujer incompleta, o ama a un hombre incompleto: vive de engaño.

¿Será posible esa vida de las situaciones equívocas? No lo sé; mas, a pesar de todo, yo no dudo de la honradez de Julia, de que ella mantendrá sin sombra lo que habrá de llamar el mundo su honradez conyugal. Tiene todas las energías de la línea recta; su carácter es de los que no flaquean.

La siento viva, tal como es, dentro de mi fantasía, y, junto con pensar que será de otro, la llamo "corrompida", "perversa", "interesada", "calculadora", a la par que, por intuición refleja, noto que tiene razón, que obra dentro de las leyes del sentido común y de la vida, como debe obrar quien vive en el mundo y para el mundo. Luego, como niño, me arrojo sobre el lecho y comienzo a sollozar, empapando de lágrimas la almohada, entre movimientos convulsivos, sin dejar, por eso, de reparar en el gusto salobre de las lágrimas, que me han rodado de la mejilla a la boca.

De este modo, transcurrieron varios días, pasados para mí en el más absoluto apartamiento. Sólo salía para ir a mi trabajo de oficina, a contar millones de billetes que pasaban por mi mano diariamente. A pesar de que con la costumbre había llegado a ejecutar mecánicamente mis tareas, esto me servía de distracción y de alivio. No obstante, en lo mejor pensaba en Julia; acosábame entonces el deseo de huir, de ir muy lejos, donde no pudiera verla ni oir hablar de ella, donde no existiera. Aún en mis trabajos no faltaba quién me fastidiara, ni amigo indiscreto, de esos que, por vivir lejos del mundo,

reciben las noticias fiambres y trasnochadas, que viniese a preguntarme por Julia, y si era verdad que yo me casaba con ella. Abundaban, por cierto, los de esta mala ralea de curiosos impertinentes, dados a urguetear vidas ajenas, en la ingenua creencia de que nos hacen señalado favor.

De mi oficina pasaba a la casa de huéspedes, tan abandonada por mí durante los últimos años. Ya no paseaba, ni cumplía con visitas de etiqueta, ni asistía a matrimonios o a bailes, ni pasaba por el Club a tomar "whisky-sawer" o aperitivo de la tarde, tampoco asistí a las últomas funciones de la temporada teatral, ni montaba en mi "dog-cart" a la hora del parque. Sea que mi vanidad herida con el matrimonio de Julia y con las "calabazas", sufriera por la idea de que al verme estaría yo en boca de la gente; sea que de súbito me pareciese todo en la vida social falso y repugnante; sea que me sintiera como descorazonado y sin alientos, yo que antes me creía con fuerzas para sostener en los hombros medio mundo; sea que algunas mujeres o amigas me hicieran recordar, con su presencia, horas felices, ya pasadas, es lo cierto que me sentía poseído de negra misantropía y como de un desmayo inexplicable de la voluntad.

Con los malos tiempos volvieron algunos de los amigos de antaño. Pepe Flores, mudado a otra casa en la calle de Villavicencio, y Carlos Rayles, desde la penúltima casa de la calle del Sauce, acudían a verme, joviales y llenos de broma, sin tocar para nada el punto de mis desengaños, que era lo más cuerdo, y lo más delicado y digno, por cierto, de cariño. Agradecía sus visitas, como buen recuerdo y como prueba de amistad, pero les veía partir con júbilo. Esto de imponerme actitud de forzada indiferencia y de oirles reir, me desesperaba. El bueno de Pascual Soiís sabía acompañarme durante horas enteras, fumando pipa en silencio, arro-

jando bocanadas de humo, mirándome de reojo, sin proferir palabra.

Sólo una vez en que vió rodar una lágrima por mis mejillas, me dijo conmovido:

—No pienses más en ella; eso se acabó, ya no puede ser. ¿Con qué objeto piensas, das y cavas en lo mismo? Trata de distraerte, ocúpate en otra cosa, "sigue a otra mujer". Y si no puedes, si se encuentra de tal manera arraigada en tu vida que no quepa el vivir sin ella, ¡diablos! lo mejor sería pegarse un balazo. Te hablo como a hombre. Vamos.

—¿Sabes que no sería malo eso de ir por una temporada a "Las Tablas"? Hace ya mucho tiempo a que no vas a la hacienda de tu padre.

—Hace más de un año.

Púseme a pensar entonces en la casa paterna, supremo refugio de todas mis tristezas, casi olvidada durante los cuatro años de vida santiaguina; recordé cartas de mi madre con renglones tan torcidos como cariñosos, en que me daba noticias de sus trabajos, de sus preocupaciones, de la familia, de la viña y de los animales, de la muerte del potrillo overo y de la enfermedad del Maitén, el perro viejo de casa—todo con borrones y consejos. Los borrones de alguna lágrima furtiva... Sólo de tarde en tarde contestaba yo sus epístolas afectuosas, dándole cuenta de mi vida, desahogando mis penas, refiriéndole mis esperanzas. No sin orgullo me escribía también mi hermana que había leído mi nombre en listas de baile o de fiestas, impreso en el diario. Ya se sabía en el pueblo que en cuatro años había penetrado en el gran mundo santiaguino y figurado en la "creme"; era tan popular como mi tío don Alvaro en los tiempos de Ministro. En vanidades tan naturales como pequeñas se complacía el cariño de los míos, que miraban mi vida a modo de triunfo continuado, que había de ser co-

ronado por el éxito definitivo. "Veo que te diviertes, " que vas a todos los bailes y que figuras", solía escribir mi madre. "A mí me gusta que los jóvenes vivan " en buena sociedad, frecuentando el trato de señoras, " de otra manera se pierden. Con nombre como el tuyo, " con tu figura, pues eres buen mozo, picaronazo, y con " la posición que debes forzosamente conquistarte, no " habrá niña que te mire mal."

"Don Justo Pérez, recién llegado de Santiago, afir- " ma que te casas con tu prima Julia. ¿Será cierto? " ¿Por qué no me habías escrito nada de esto? Dime " cuando piensas venir a casa. El Sultán, el perro que " te regalaron, está muy grande, parece buey. Tenemos " de vecinos a la familia de don Hipólito Barañao, que " compró el fundo del "Rauquén". Por el estilo continuaban los renglones; tan cariñosos como desiguales.

Acaso no sería mala idea esta de irme a la hacienda de mi padre a pasar temporada de alejamiento. La vida del campo, el cariño de los míos, nuevos aires y horizontes nuevos, comunidad con la naturaleza, que hace mejor al hombre, las lejanías, trato con gente sencilla, el apartamiento de "ella", tal vez pudieran traer a mi corazón esa calma tan necesitada por mí, apagando mis inquietudes, apaciguando los quebrantos de mi sistema nervioso. No tardé mucho en resolverme, solicitando, para el caso, una licencia de dos meses, por enfermo, en mi oficina. Por desgracia, no pude hacer uso de ella, por hallarse otro empleado con licencia, hasta fines de Febrero.

El día en que subí al tren, en compañía de Pascual Solís, que regresaba conmigo a su casa, no pude menos de recordar aquella tarde, años atrás, en que por primera vez vine a Santiago, con el pecho palpitante de ilusiones, lleno de fe en la vida, seguro de brillante porvenir,

confiado en Pepita, a quien miraba como cosa propia. Todo me parecía poco, acostumbrado a ser el primero en aquella mi pobre aldea. Recién salido del nido paterno, aún no apreciaba el valor de los intereses en la vida, por no tener apego a cosas materiales que, a mi entender, no se debían de tomar en cuenta, a no ser por los codiciosos y apocados de ánimo, entre los cuales no me contaba. Con todo, no dejé de recordar aquel primer mareo, ese como anhelo de lujo despertado en mí por muchachas elegantes; recordé, asimismo, la admiración que me causaron sus trajes de corte de sastre, a la manera de los hombres, hechos por "Fred", sus sombreros de París, aquella su garbosa manera de andar con el cuerpo derecho y la cabeza erguida, dejando tras de sí un leve imperceptible aroma de "heliotropo blanco", la finura de su pie, visto al subir al carruaje americano, a ese carruaje arrastrado por tronco de media sangre inglesa. Con tal sensación, a manera de punto de partida, había comenzado la nueva existencia que ahora, transcurridos varios años, me devolvía a mi tierra con el ánimo enfermo, gastado y exacerbados los nervios, arruinado mi físico a fuerza de trasnochadas, de fiestas, de calaveradas y de juego, con vicios ignorados y con virtudes perdidas, prendida en el alma la mala semilla de codicias, de ambiciones, de lujo, de indiferencia a toda ley moral, de falta de escrúpulos que fermenta en la atmósfera de las grandes agrupaciones humanas.

Perdidos ya los altos y nobles ideales de antaño, al ver cómo se posterga la honradez, el saber y el mérito personal ante las artes dañadas del politiquerismo de baja estofa, del éxito del dinero mal habido que se torna en mercader de conciencias y compra diputaciones, Ministerio, los más altos puestos del Estado y desarrolla gérmenes putrefactos en almas inocentes, no hay nada que esperar.

La austeridad de los Bulnes, de los Montt, de los Matta y de los Pinto, queda reemplazada por la alegría equívoca de estadistas vividores que resuelven los altos negocios del Estado en regocijada cena. Yo también me había contagiado en esa atmósfera moral pestilente, en que todos miran al éxito y al dinero como supremos dioses del nuevo culto; la mosca de alas brillantes y reflejos de oro, cruzando por salones artesonados y por garitos de juego, por habitaciones equívocas, por sentinas y por salas de Gobierno, me había, también, picado el alma, llevándome el sedimento fangoso cogido en las charcas del camino y en las salas de hospital. Lo único sano, lo único noble que aún me quedaba, era un amor quebrantado y maltrecho, el impulso ingenuo, irreflexivo, de mi corazón hacia otro corazón. Y si bien se mira, ese mismo cariño se encontraba empañado por las miasmas de la atmósfera. ¿Por qué, junto con ver que nos queríamos, no habíamos volado el uno a los brazos del otro, desdeñando las miserias y las contingencias del futuro, para empeñar la lucha por la vida, brava y generosamente? ¿Acaso nos faltaban bríos? ¿No era ella inteligente y buena? ¿No tenía yo ánimo para el trabajo? Nos sometíamos, con todo, a las exigencias crueles, de la nueva sociedad, nos rendíamos a las leyes del lujo, a las consideraciones y a las necesidades nuevas, y acabábamos, como únicas cosas respetables en el mundo, las que en el dinero se basan, sin admitir ninguna otra, puesto que de admitirlas, tanto ella como yo, hubiéramos tendido las alas a horizontes más puros. Grande y legítima es, sin duda, la influencia del capital, pero no debe ser la única, no debe ser la razón suprema.

En tanto que yo reflexionaba de este modo, volaba el tren, arrojando su penacho de humo que veíamos en las curvas como gasa plomiza. Pascual leía diarios con desgano, hundida hasta las cejas la gorra de viaje. Los

campos, las alquerías, las alamedas, los potreros de trébol o de alfalfa, desfilaban rápidamente a mi vista como alfombras de felpa verde, surcadas por millares de lentejuelas de cristal en fragmentos, en aquellas partes en donde estaban regando. Los animales finos, Durham y Holandeses, de elegantes formas, mostraban sus finas siluetas, en tanto que un piño de caballos huía a galope. Un grupo de carretas, cinco o seis, cargadas de grano, desfilaban en larga procesión por el camino. Luego bosques de plantación artificial, grupos de huasos, echado atrás el "guarapón" de pita, la manta flotando, detenían sus caballos para dar paso al tren. La densa neblina de la mañana envolvía como cendal, en perspectivas diáfanas y misteriosas, la cerca de un potrero lejano, al pie de la alameda. Humos azules se elevaban lentamente de una choza de carrizo, junto a largo cordel sobre el cual se destacaban, con manchas blancas, ropas tendidas a secar.

Los ríos, al paso, más parecían acequias que ríos, con hilos de agua diseminados entre pedregales blanquecinos, que reverberaban con rayos del sol. Luego, a derecha, a izquierda, por delante, por detrás, uno sentía limitado el horizonte por montañas y por cerros. Los caseríos y las aldeas de aspecto envejecido y mustio, enlodados los caminos hasta convertirse en barriales con la última lluvia, desfilaban ante nosotros, con la iglesia y el jardín delante del presbiterio. Algo rancio y desmadejado en las construcciones sin estilo, traía a la memoria el polvo de los recuerdos coloniales.

En las estaciones nos acosaba el gremio de los vendedores de fruta, hombres, mujeres y niños provistos de cestos con uvas, duraznos, aceitunas, tortas de manjar blanco o de biscochuelo, espárragos y "caldúas" de San Francisco. Aquella muchedumbre gritaba tanto, que más no podía ser. En los andenes se movían pesadamente

los "huasos", con mantas de vivos colores, zapatos de taco alto, haciendo resonar las espuelas de ancha rodaja. Por las ventanillas de los vagones de tercera clase asomaban sus rostros tostados y barbudos esos rotos que componen la masa flotante de los trabajadores de Chile y que se llevan a viajes para uno y otro punto, en la agricultura o en las minas, ora cavando en el norte, ora segando en el sur. A medida que el tren se tragaba las leguas, veíamos desfilar a Rengo, con sus viñedos, a San Fernando de estación obscura y triste, a Chimbarongo, Curicó, Lontué cubierto igualmente de viñas, Talca, Linares. Desarrollábase paisaje tras paisaje animales, prados, bosques y ríos, hasta la monotonía, hasta la saciedad. Habíame acostumbrado a los vaivenes del carro y al desfile de paisajes, de tal manera, que ya no acertaba a darme cuenta de lo que veía. En tanto que mis ojos diluían la mirada en la masa confusa, blanquecina y perdida del paisaje, trabajaba la imaginación, trayéndome, por asociaciones de ideas que ignoro, el recuerdo de la sonata patética de Beethoven, tocada por Julia en casa de las Oyanguren. Aún recuerdo el movimiento rápido con que se sacó los guantes, tirándolos al revés y dándomelos luego para que se los guardase. Desprendióse de ellos suave perfume de heno, que vino a mezclarse en mi cabeza con el arrullo quejumbroso de la vieja música. Aquella noche me hizo sufrir hasta lo infinito; en cuanto hubo concluído la sonata, se fué del brazo de Eleodoro Rivera, a un rincón, donde pasó con él toda la noche, sin hablarme. ¡Qué horrible tormento de celos me causaba aquel tonto buen mozo! Y luego, mirando hacia atrás, juzgaba que esos momentos amargos eran dulces todavía, en tanto que ahora, perdida ya toda esperanza, desencantado el corazón, decaído el ánimo, necesitaba pensar en otra cosa... y no podía con mis recuerdos.—"Eso ya no puede ser. "Never,

never more...", "nunca más..." como cantaba el cuervo en el lúgubre y misterioso poema de Edgardo Poe. Ya no debía recordarla, ni pensar en ella. Con todo, no podía apartar de mis oídos el tono de cristal trizado, ni los acordes quejumbrosos de la sonata patética, ni la embriaguez dulcísima del heno, ni las morbideces de su busto, ni las líneas redondeadas de su brazo, ni la presión súbita de su pie sobre el pedal, que sentía yo repercutir en lo íntimo. Sacudíame, gracias a un esfuerzo, de mi torpor; recuperaba el dominio de mí mismo, contemplaba, con esfuerzo, galpones que estaban construyendo junto a la línea férrea, o bien el piño de animales arreado por vaquero y luego, sin saber cómo, la sentía junto a mí, estremecida, doblegada, en la hora del beso, en el momento inolvidable y fugaz de la realización de mis ensueños, en que debí morir, antes del "minuet" tan estirado y tan frío, del adiós.

Sentía profunda angustia; lágrimas asomaban a mis ojos.

Con todo, mis miradas cayeron sobre los guantes de gamusa, frescos aún, estrenados en el viaje: observé que formaban bonita mano, larga, elegante, aristocrática...; sentí complacencia...: miré distraído unas moscas andando por el vidrio, y volví a caer en mi estupor doloroso.

Tras de largo desfile de campos en barbecho, prados de trébol con animales en engorda, casuchas de paja, ranchos, llegamos, no sin dar gracias al cielo de hallarnos al término del viaje. En la estación me esperaba mi hermana Soledad, que acababa de llegar en el "break" de la hacienda, en compañía de Pepita y de un joven no mal parecido que, según más tarde me dijeron, era novio de ésta. No sin extrañeza noté que mi antigua amiga me recibía, si bien con cariño, sin ningún extremo de sobresalto. Por cierto que pronto reparé en las relacio-

nes de Pepita con el joven que las acompañaba, y yo, con hallarme enamorado de otra, experimenté algo de extraño para con esta, sentimiento raro que no acierto a explicarme; tal vez no podía perdonarle que se hubiera resignado a mi desdén, que su cariño hubiera muerto con mi olvido. En cambio, no pasó desapercibida para mí la emoción de Pascual, ni la timidez, con que saludó a mi hermana. ¿Acaso estuvo enamorado de ella o fué obra de cortedad propia? Punto es èste que nunca he puesto en claro. Varios de los jóvenes del pueblo se acercaron a recibirme, entre otros los Encina, los Munizaga Ortíz y los Riquero. Venían con sus trajes de fiesta, de chaquet, con chalecos muy abiertos, en forma de corazón y zapatos puntiagudos. Me vino a la memoria la elegancia sencilla de mis compañeros de club y de sociedad, con lo cual experimenté sensación de nostalgia de la vida santiaguina.

Apenas nos subimos al "break", comenzamos a dar saltos y barquinazos por el camino, a pesar de que íbamos al paso, por no atropellar los grupos de muchachuelos desharrapados, que hormigueaban, con piés descalzos, cubierta la cabeza con malos sombreros de paja rotos, que permitían salir los espesos matorrales de negro cabello. Algún chancho, arrancaba gruñendo por entre los montones de basura apilada en los rincones de la calleja, de murallas mal blanqueadas, en tanto que un perro le ladraba al coche. Sentíase hedor de miseria en aquellos tugurios habitados por gente pobre, entre rotos durmiendo la "mona", completamente ebrios, la barriga al sol y las piernas abiertas, envueltas en manta desflecada, enlodado el rostro o con chichones de pelea reciente. Ahora notaba y sentía lo que antes no me llamaba la atención, de tal manera se habían modificado mi naturaleza y el estado de mis nervios, con la vida prolongada de ciudad.

Luego penetramos en caminos polvorientos, entre altísimas alamedas por las cuales subía a mucha altura el follaje exuberante de la zarzamora, con notas de terciopelo verde obscuro. Ahora sí que me sentía bien; ahora sí que me estrechaba contra el brazo de mi hermana sintiendo ese calor santo del hogar, leyendo en sus ojos el júbilo sincero, el cariño espontáneo, el soplo reconfortante de las almas puras—tan puras como el aroma de los campos. Mi hermana sonreía, con los labios, con los ojos límpidos, con los hoyuelos de sus mejillas, y Pepita, mirándola, sonreía también. El campo dejaba ver por el claro de los árboles, un potrerillo verde, tachonado de flores azules, de largos y finos pétalos, de esas que llaman en los campos "lechuguillas". Recordé entonces aquellos tiempos de antaño, con amores infantiles, correrías desenfrenadas, haciendo saltar las piedras con los cascos del caballo, los juegos, las ilusiones, los paseos en carreta.

La vida me parecía tan fácil, que más no podía ser. Luego, esto de sentirme querido por Pepita, en aquel entonces, con la felicidad tan al alcance de la mano, me despejaba el horizonte, dándome bríos y como haciéndome creer que estaba por encima del curso de los sucesos ordinarios. Ahora ya todo había cambiado. Las casucas del pueblo, la torre de la Iglesia, los caminos empolvados, los chicuelos, eran unos mismos, pero yo los sentía diversos; levantábase dentro de mi alma, sensación de ansiedad, de dolorosa angustia, de vaga aprehensión, al notar que había variado todo y que debía, sin embargo, ser igual. Pepita sonreía con la misma sonrisa apacible y bonachona, que lo hallaba todo bueno, y no reparaba en cosa alguna; sentía la alegría del vivir, en desborde. Su sonrisa era la misma, pero ¡cuán diversa!

La conversación se animaba poco a poco. Soledad,

mi hermana, hablaba como cotorra, de mil cosillas triviales, de libros que había recibido, de periódicos de modas recién llegados, repetía chismecillos santiaguinos de los cuales estaba al corriente por sus amigas de las monjas, me interrogaba sobre el "Rey de Lahore", recién estrenado en la Opera, y reía con la "misma" risa de nuestra prima Julia. Su voz metálica tenía de súbito entonaciones semejantes, modos de pronunciar rápidamente las palabras dándoles terminación plateada y sonora, idénticas a las entonaciones de "ella"—sin duda alguna por esas peculiaridades que se mantienen en toda una familia, así como el modo de andar, la manera de saludar, y tantos otros detalles físicos. Palidecí; huía de mi prima, quería olvidarla, volvía a mi refugio, al seno de la familia, y sentía de nuevo su presencia—cerrando los ojos a medias. Luego, Soledad se calló por algunos instantes; la interrogué, la hice hablar, la provoqué, para experimentar, de nuevo, el amargo placer de sentir algo de "ella" junto a mí, como un murmullo, como vago recuerdo que producía la sensación angustiosa de tenerla cerca, sabiendo que nos encontrábamos separados por toda la vida, "que eso no podía ser".

Divisábanse, en la lejanía, los eucaliptus del jardín y el techo de teja renegrida de la casa paterna. En tanto que el coche tomaba por la avenida de álamos de Carolina, veíamos, por encima de los bardales derruídos, macizos de plantas, palmeras rodeadas de rosales, plátanos de anchas hojas, naranjos y limoneros. ¡Cuánto habían crecido los pinos, Virgen Santísima!

Los eucaliptus les daban quince rayas, a pesar de todo, tan grandes parecían, y tan crecidos en el corto espacio transcurrido sin verlos. El Sultán salió a recibirnos, con saltos, piruetas e incesante remover de cola; no parecía enfermo, de estampa continuaba bien, aunque algo descuajadillo y perezoso.

En el patio se notaba desusado movimiento. Dos peones, con grandes esfuerzos, arrimaban a una carreta la máquina arneadora de trigo, en tanto que otros uncían los bueyes. Don José, el antiguo "llavero", vigilaba la operación, con la manta al brazo, vestido de chaquetita corta, de brin blanco, el guarapón de pita, de ancha cinta negra colgante. El hombre renegaba con grandes voces.

—"Vén haiga, hó... que ustedes no "sirben pa ná". Se parehen al hombrehito que tenía siete moos de pelear, y que cuando lo llamaron a desafío no daba con ningún baraje. ¡Buena cosa con la gente, buena pa ná!

No bien nos hubo divisado, se acercó a nosotros con cara seria, llevándose la mano al borde del sombrero, a guisa de saludo.

Mi madre y mi padre me esperaban en el corredor, él, grave y sonriente, ella con lágrimas en los ojos, para darme estrechísimo abrazo.

—¡Al fin te apareciste, como el hijo pródigo, después de tantísimo tiempo sin verte. Apenas si has venido por quince días al año, desde que fuiste a Santiago. ¡No me hables de tus obligaciones, que eso no reza conmigo! ¡hijo pródigo!

Hallé a mi madre un tanto envejecida, mucho más grises los cabellos y flaca, aún cuando nunca despuntó por gorda, y desmejorada, como si hubiese venido a menos así en lo moral como en lo físico.

Con todo, el aire de la casa, los viejos perros, el antiguo mayordomo, el cariño del hogar, la sonrisa y el júbilo mostrados sin asomo de artificio, formaban atmósfera a que no estaba acostumbrado. Sentíame invadido, a mi vez, por la ternura que de todas partes me subía al corazón; por un goce inesperado de verme querido, de tal suerte que mis nervios, sacudidos por los últimos sinsabores, dieron rienda suelta al llanto, en gran-

des sacudidas nerviosas, apretado, en silencio, contra su pecho, que me adivinaba, con el maravilloso instinto de las madres, cuánto había sufrido, cuánto había soñado, el hondo abismo de mi desesperanza, lo irreparable, tras de mí, adentro de mi corazón.

—Bueno, bueno, ya basta de lloriqueos, exclamó Soledad, cogiéndome del brazo, y llevándome a ver la gran sorpresa, un cuadro pintado por ella sola, sin ayuda del profesor. Púsose, en seguida, a charlar como cotorra, me habló del matrimonio de Pepita, ya concertado con ese joven que nos venía acompañando, un tal Vivaceta y Somosierra, mozo de pocas creces, ínfima prosapia y mezquino caudal; mas, según los tiempos que corrían y lo entornado que iba el mundo, no era mal partido el mozo aquel.

Quedó concertado el programa del día. Lo primero, después de almorzar, sería ir, en compañía de mi padre, a los establos, donde se encontraban convenientemente instalados a pesebrera Sulliván y Lady Macbeth, un toro y una vaca de fina sangre, recién importados. Mi padre parecía contento; me habló de negocios, lo que antes no hacía nunca; me dijo que iban en camino, pagadas ya sus deudas, a pesar de los pesares, y de lo crudo de los tiempos que corrían. La mina, por otra parte, ya en alcance, daba para gastos, y utilidad no despreciable en intereses. Los trigos andaban flojos, los vinos casi no se vendían, las engordas, en cambio, no andaban mal. Lo que tiene porvenir en Chile, agregaba mi padre, son los plantíos de árboles frutales; mas, ya está viejo Pedro para cabrero y de eso te encargarás tú.

Luego comencé la vida tranquila y sana de los campos, levantándome temprano, recorriendo potreros, vigilando trabajos en el roce de zarzamora, limpia de desagües, o en el barbecho del trigo, donde los arados, con puntas de acero, rompían el seno de la tierra, dándole

vuelta en oleada parda. Movíanse lentamente los bueyes, encorvados bajo el peso del yugo, babeando algunos desdentados y viejos, entre gritos y juramentos de peones que les animaban en la faena. Cuando me cansaba, solíamos ir de visita a casas de fundos vecinos, donde nos recibían con agasajos. Por la tarde, inmediatamente después de comer, nos lanzábamos por los caminos en "break", o salía a caballo en compañía de mi hermana; más, a pesar de todo, vine a notar, de ahí a poco, una especie de cansancio. Invadíame inexplicable tedio de la vida del campo; lo que antes era para mí un motivo de alegría o de codicia, me era ahora totalmente indiferente. En vano trataba mi padre de hacerme admirar la cabeza, el corte del cuello, la elegancia de líneas, la finura de piernas, las "buenas hechuras" y "la mucha acción" de Fair King, el potro. Eso, que antes me hubiera interesado, me era ahora totalmente indiferente. Luego, el tedio me invadía, acostumbrado ya al cariño y a la preferencia de todos. Pasábame días enteros recostado en hamaca, entre los árboles, sin querer montar a caballo, con el libro abierto y los ojos entornados.

—¡Qué tendrá este niño? se decía mi madre. ¿Habrá pisado alguna mala yerba? ¿Será posible que se aburra en casa de sus padres, cuando viene a verlos tan a las perdidas?

Fruto de semejantes cavilaciones fué, sin duda, una larga conferencia que tuvo con Pascual, a puerta cerrada, en pos de la cual la ví con ojos enrojecidos.

Mi antiguo compañero trató de llevarme al Club del pueblo, donde tres o cuatro de los muchachos mataban el tiempo jugando ajedrez, en el cual eran eximios, o billar, o bebiendo cerveza. No dejó, por cierto, mi amigo Pascual, de conducirme al "Senado", reunión de viejos que tenía lugar en una botica—y tienda de comestibles surtidos, en donde se charlaba mucho de política y cada

uno arbitraba remedios infalibles para salvar la situación económica. Como no me agradase ni uno ni otro género de tertulia, mi amigo me invitó a una fiesta "de pata en quincha" en casa de las señoritas Encina y Aravena, hijas del administrador de un fundo valioso, enriquecido a costa de su patrón.—Esta vez sí que no te aburrirás, agregó Pascual con malicia.

Tres días después, en efecto, caída ya la tarde, nos fuimos a la casita de campo situada en las goteras del pueblo. Varios caballos atados a un gran poste redondo, atravesado al frente de la casa, nos manifestaron que habían otros invitados al "picholeo".

—Apéense, no más, señores. ¿Quién dijo miedo? Esto está que se arde, nos gritó con voz entonada y fuerte, como quien llama de un extremo a otro del potrero, el dueño de casa. Venía en mangas de camisa, con pañuelo de seda rojo atado al cuello y sombrero de pita en la cabeza, completamente rapada. Cejijunto, nariz chata, bigote caído y un tajo en la mejilla izquierda; frisaría su edad con los cincuenta años. De complexión recia, color avellanado, se distinguía por lo prominente de su abdomen y la manera característica de andar con piernas abiertas.

Atados los caballos, nos quitamos las espuelas que quedaron en el corredor, junto a otras de grandes rodajas, como de gente acomodada. Llegámonos hasta la entrada de una gran pieza, enladrillada y cubierta a medias con estera corta. A la izquierda había una consola de estilo antiguo, con la imagen de la "Virgen del Rosario" apoyada en ella. Las niñas sentadas en sillas de paja, oían, con ojos bajos, los requiebros que les dirigían sus "lachos", con sombrero echado a la oreja, pierna arqueada y cabeza apoyada en la mano. Dos viejas, de cara muy seria, sentadas en sofá desvencijado, en el fondo, presenciaban, sin hablar palabra, la fiesta. En el cen-

tro estaba una pareja bailando zamacueca. En aquel momento, un mocito de pantalones arremangados, y zapatos de taco altísimo, echado al hombro rico y costoso "chamanto" con bordados de seda, y llevando en cada mano un vaso con chicha baya, se puso en medio:

—¡Aro! ¡aro! ¡gritó ña Pancha Alfaro!

Los bailadores se detuvieron, bebiéronse de golpe el contenido, y se pusieron nuevamente en baile. Mientras tanto, las cantoras, prosiguieron el punteo en la guitarra, tamboreando encima de los instrumentos unos galanes que querían animar la fiesta. En cuanto comenzó el canto, la pareja se puso en movimiento. La muchacha, que no era de mal ver, daba largos pasos hacia adelante, con ligero meneo de las caderas, en tanto que el galán, redondeado el brazo, en la diestra mano el pañuelo que hacía girar en torno de su cabeza, en tanto que apoyaba la siniestra en la cadera, daba saltos cortitos, cayendo sobre los tacos, en movimiento acompasado de todo el cuerpo.

—¡Huífale! ¡huífale... ei es!... decían los asistentes, llevando el compás con palmoteos. Entre tanto, las cantoras, con voz muy aguda, alternando las cadencias monótonas con los chillidos, cantaban de esta manera:

"¡Ay! ¡ay! ¡ay! dijo un difunto
" entro de un campo-santo;
" si no me dan aguardiente,
" esta noche los espanto...
" Tondondoré".

—¡Huífale!... ¡huífale!... ei es... gritaba una, que andaba "apuntado", encandilados los ojos y el paso inseguro. El vaso de ponche circulaba de mano en mano.

—Echele otro trago, compadre, pa que no críe maña, gritaba con voz estentórea el dueño de casa. Ya dos de los convidados, un tanto ebrios, habían tenido su

cambio de palabras por la Doralisa, que así se llamaba la muchachita de buen ver. Con todo, la fiesta seguía adelante; remudábanse las parejas, crecía el vocerío, el palmoteo, los tamboreos en guitarra, y los cantos:

" Al pasar una acequia
" dijo una coja:
" Agárrenme la pata
" que se me moja
" que se me moja sí
" que se me moja..."

En ese momento bailaba Serapio, hijo del dueño de casa, con grande animación, concluyendo por ponerse de rodillas delante de la muchacha.

—Hijo de tigre, tenía que ser overo, no más, pues, gritó un barbilampiño que hacía de gracioso. Los otros "huasos" celebraron el dicho con grandes risas, en tanto que uno muy serio, de manta listada roja con verde, parche negro en las sienes, la nariz torcida y no sé que de lleno y satisfecho como de buey rumiando, se llevaba a los labios un enorme vaso, de esos llamados "potrillos".

El barbilampiño llamó familiarmente a Pascual:

—Atráquese, compañero, no más, si las niñas no muerden.

Riéronse todos, entraron en confianza. Pascual sacó a una morena de ojos vivarachos, bien ceñido el talle por la saya de percal un tanto corta, largas trenzas de abundantísimo pelo brillante, colgadas atrás, y rosa en la cabecita picaresca. Al pasar, un muchacho la dió un pellisco.

—Déjese, no más, ¿no le hicen? güena cosa con el hombre embromao...

Ví a Pascual, que se las daba tan de hombre reposa-

do, alegre como el que más, dando besos a las muchachas y empinando el codo.

Luego, a la chita callanda, sin que nadie lo advirtiera, me salí de la sala, cogí mi caballo y emprendí el galope, sumida el alma en honda, en insondable tristeza. A mí no me divertían, ni podían divertirme esas escenas de costumbres populares, en el estado de ánimo en que ahora me encontraba. Todo, para mí, era motivo de contrastes y de recuerdos. ¿Cómo ver esas muchachitas del pueblo, de semblante, ora salvajemente retraído y huraño, ora provocativo, de vestir ordinario y pobre, de talle grueso y pie burdo, sin que, por contraste, dejase de recordar el talle ceñido y sutil, que ponía de relieve formas y redondeces, cierto mirar receloso por debajo del ala del sombrero de la Viraud, crugir de faldas de seda, en tanto que caían airosos y rectos los pliegues del traje, el resbalar de la luz sobre ondas de cabellos y sobre puntas de finos zapatitos?—A todas partes me seguía ahora el tropel de recuerdos, de manera que la realidad ambiente me parecía irritante de groserías y vulgaridades, y deslizándose y purificándose lo que andaba lejos. Sentíame, de súbito, acometido, no sólo por la nostalgia del corazón, sino hasta por nostalgia santiaguina, por ansia del paseo de la tarde en la Alameda, por el corretear de la mañana en el centro, noches de Club, "sesiones" de baccarat, el recuerdo de las frías noches obscuras y de la plazoleta del Teatro, con centenares de carruajes de lujo, caballos encapotados, resplandor de los focos de luz, el "anima inamorata" cantada por Aramburo en "Lucía", el aria de "las joyas", cantada por Wizjack, Marcassa de "Mefistófeles", alegres cenas en los comedorcillos reservados del Hotel Central, en compañía de la Nicolassi, de la Miolini o de Sara Daferson; todos esos recuerdos me dominaban. El veneno del lujo, de vida estrepitosa y sin escrúpulos, la

compañía de naturalezas enclenques y míseras, el continuado rumor de mal enderezados pensamientos, me habían traído a menos, de tal manera, que ya no acertaba a vivir sin esa atmósfera viciada de las ciudades.

Al llegar a casa, me recibieron los perros con grandes ladridos hasta que me reconocieron y se acercaron, moviendo la cola en signo de paz. La luz rojiza de la lámpara de parafina, brillaba en el saloncillo. ¡Cuán alegre parecía, contemplada a través de los árboles! ¡Cómo se recalentaba el corazón con su luz pura, que permitía vislumbrar, en el frío de la noche, al caer las heladas del otoño, tibiezas del nido, cariño de hogar, ternuras íntimas, preocupaciones incesantes de la madre. Mi padre tomaba café, a pequeños sorbos, en taza chinesca colocada sobre mesita de loza. Su elevada estatura y aristocrático porte, resaltaban, al verlo airosamente reclinado sobre sillón de estilo Voltaire, fumando cigarro habano de "Cabañas y Carvajal", en tanto que mi madre tejía y mi hermana tocaba el piano.

—Tócame algo a mi gusto, la dije.

—¿Qué quieres? ¿Te acuerdas del vals "del Minuto". de Chopín?

Y sin decir más, su mano se deslizó rápida sobre los blancos dientes del teclado de marfil, sacando acordes, escalas rápidas, golpes y sones preciosos. Tocaba con gusto y no sin maestría, conocía la música moderna, el romanticismo de Rubinstein y de Moskonski, las extrañas melodías de "Las Danzas del Norte" de Grieg, las "Suites de Orchestre", de Massenet, las brillantes y ligeras improvisaciones de Goddard. Luego, como yo la hiciera saltar de una melodía a otra, como pájaro de una rama a otra rama, tocó, por último, la melodía "Apassionata", en fá, de Beethoven. Era la misma que tocaba Julia, ¡y cuán diversa! Nadie como ella sabía de-

tallar, con infinita claridad, las notas, ni dar expresión con un acorde con un pianísimo, con un golpe, con una de esas escalas que parecían lluvia de perlas. Escuchaba embelezado el caer de las notas, la poesía de los acordes y sentía algo que no sé si sea peculiaridad de mi temperamento: la música tiene para mí el extraño don de resucitar fragmentos de vida pasada, besos, miradas de mujer, ondulaciones de cuerpos, suspiros, desfallecimientos, nostalgias, íntimas. Y yo tenía tan cerca de mi corazón a Julia que todo, todo, se relacionaba con ella.

Así que dieron las diez, entró el sirviente con la bandeja del te, luego, pasado un rato, nos dimos las buenas noches y nos fuimos a acostar. No pude conciliar el sueño, revolviéndome, en vano, en mi lecho. Las escenas de la remolienda me venían, y sentía náuseas. En cambio, recuerdos lejanos, caras y dichos de amigos, me sonreían desde lejos, al evocarlos, y me decían: "¡Tonto, vuélvete, que no es para tí la vida del campo!" Les daba por ahí, sin que salieran de su tema.

De esta manera, transcurrió el mes de Marzo, y entramos, sin saber cómo, al mes de Abril. Dióse principio a la vendimia, a la cual me llevó mi padre para distraerme. El vasto recinto de viña francesa, perfectamente estacada y alambrada, con hileras de plantas alineadas a distancias matemáticamente iguales, se sugería la idea disparatada de ejército de soldados vestidos de verde. Allá en un extremo, veíase hormiguear manchas negras que se alzaban y desaparecían. El sol, hiriendo los alambres, producía reflejos y ondulaciones metálicas, a lo lejos, en la viña. A poco andar vimos el cuartel que se estaba vendimiendo, cubierto de hombres, mujeres y niños, con cuchillos y tijeras de cortar uva, que iban arrojando negros racimos a los cestos, los cuales, una vez llenos, eran vaciados en las "compuertas". Los ca-

rretones cargados de uva o de compuertas vacías, iban y venían sin cesar. Allá, en una extremidad, resaltaba la nota roja de un pañuelo de lana con que una muchacha se cubría la cabeza; otras usaban sombreros de paja al estilo de los hombres. Unos chicos, de zapatos destalonados, rota la camisa por la cual asomaba el codo, pedían, con grande algazara, una compuerta vacía, por haber llenado la otra.

No bien nos cansamos en la viña, pasamos a presenciar las labores de bodega, donde funcionaba la máquina vendimiadora con gran estrépito. Dos hombres vaciaban compuertas de negra uva sobre las anchas fauces de la máquina, en tanto que los cilindros hacían desaparecer el fruto. Corría líquido rojizo por el lagar, revuelto con orujo; otros hombres sacaban orujo con pala. Más allá funcionaba la prensa, en la cual se arrojaba el escobajo.

A cada instante, iban y venían carretas, con chirrido lastimero de herrumbres y de ejes gastados, arrastradas lentamente por bueyes. El carretero, de color bronceado, barba tupida y selvática, piernas desnudas y musculosas, los aguijoneaba con su vara. Así y todo, las carretas apenas si se movían.

En la bodega, era un ir y venir que no se daba punto de reposo. Los trabajadores todos con piernas desnudas y pantalones arremangados, encorbados los hombros bajo el peso, conducían el líquido rojo de las tinajas del lagar a las fermentadoras, a enormes y gigantescas vasijas de cuatrocientas arrobas, a las cuales subían por plano inclinado. Sentíase, en algunas de ellas, rumor sordo de fermentación tumultuosa, algo que recuerda los rugidos lejanos de la mar.

Luego, pasado el interés de todas esas cosas, que hacía tanto tiempo no veía, experimentaba algo como adormecimiento físico, provocado por el continuado y mo-

nótono rumor de la máquina; en el sopor de mi cuerpo, recobraba su actividad mi espíritu, y volvía a ver a palpar casi, las escenas de por allá.

Es de notar que, junto con cierta melancólica sonrisa, reaparecía de nuevo lo de allá, envuelto siempre en velo de sensualismo, en sensaciones de goce. Si recordaba los amigos era entre escenas de comida, al través de vapor alegre de vinos perfumados de Medoc y de champagne, entre sabrosos guisos o comentarios de sobremesa, iluminada la faz por buena digestión y sensación de bienestar físico desparramada por todo mi organismo.

Si recordaba a las mujeres... sentía palpitar destellos luminosos de miradas tiernas, suspiros alados, calor quemante de besos en los labios, cuerpos ceñidos en nerviosos abrazos, entre agonizantes languideces en que perdía hasta la conciencia de mi propio sér. El pasado me llamaba, la ciudad me atraía, me atraía, me atraía de manera que me sentía extraño en mi propio hogar, tan extraño que más no podía ser.

Así que lograba sacudirme del letargo, montaba a caballo, lanzándome a galopar entre alamedas, que rápidamente se deshojaban. Las hojas amarillentas cubrían la tierra, de manera que las palideces del horizonte se deshacían en el rubio desteñido del suelo; diríase una alfombra,—tan suave y mullida era la capa de hojas que le cubría, que galopaba mi caballo sin que yo lo sintiera.

Luego, vuelto a casa, encerrábame en la piecesilla, con ventana abierta hacia los corredores, por donde trepaban enredaderas por los pilares. Vago perfume de madreselva subía lentamente del jardín. La luz se tamizaba entre hojas de árboles, con tristeza de otoño. No bien me sentía sólo, cuando corría a mi maleta, a sacar la "cajita de los tesoros escondidos", como yo le había puesto.

Salían guantes, aún frescos, dados a guardar por Julia, al acercarse al piano cierta noche en que la hicieron tocar en las reuniones semanales, en "los lunes", de Brown, conservaban aún la impresión de los dedos, tenían ligeras arrugas, muy leves, en las articulaciones, y perfume, ya desvanecido casi, de verbena. Había algo de ella en aquel guante colocado sobre su mano aristocrática, delgada y fina. No sé por qué yo asociaba sus largos dedos, su escritura inglesa, y su carácter resuelto, con destellos acerados y fríos en la pupila, como partes enlazadas en un todo. Una tarjeta de baile, cubierta de iniciales y de nombres de vals, de vueltas de vals y de extras, estaba ahí, con un verso de Alfredo de Musset, escrito al través:

"Toujours il te dira: Rappelle toi..."

¿En qué ocasión me la regaló?

¡Ah!. . sí... fué cuando, tras agria querella que habíamos tenido, hicimos paces en el baile de Oyanguren. Ella había hablado de la inconstancia, como virtud propia de los hombres, a lo cual yo repliqué con juramentos y protestas, de que algunos eran capaces hasta de morir, cuando amaban. Escribió entonces, con sonrisa irónica en los labios, el verso del poeta parisiense: "¿Sería capaz de arrojarse, por calabazas, de un tercer piso?—Por de contado.—¿Y de un segundo?—Naturalmente.—¿Y de un simple piso . . de sofá?"

Luego saqué de mi cajita varios ramos secos, de flores amarillentas, duras como esqueletos de flores, atadas con cintilla granate. Venían de ella, esas que fueron tan hermosas y fragantes y que estuvieron prendidas sobre la ancha faja de seda, finamente plegada, que oprimía su cintura. Ahora parecían manojo de yerbas secas. Recordábanme, sin quererlo, días de amor y de ensueños ya idos aquel ingenuo creer mío en que habría de sobreponerme a las durezas y malandanza de la vida, co-

mo si en la mano del hombre estuviera alterar lo inevitable.

Otras prendas saqué, también: El pañuelito suyo, robado por mí, sin que ella lo notara; lazo de cinta verde musgo, por un lado, azul eléctrico por el otro, desprendido de su capa Trianon a la salida de un concierto. Surgió del pañuelo ráfaga de perfume de "heno verde", desparramándose por la estancia hasta borrar los perfumes de madreselva y de heliotropo que subían del jardín—así como su imagen lo borraba todo en mis ensueños. En el fondo de la cajita estaban las memorias muertas de la vida mundana. cascabeles y cintas de cotillón, una balita Mauser de oro y una calavera colgando de una cadenilla, la virgencita esmaltada sobre medallón de oro, botones de guante y de bota, pedazos de encaje, una "bomboniére" con trocitos de pastillas de Atkinson, de rosa... ¡cuántas cosas fueron saliendo, y cómo, y cuán hondamente me entristecían al resucitar, en mi alma, las remorias, como esos genios maléficos, de las Mil y una Noches, salidos de una botella! En el fondo se hallaba el retrato, el último retrato de Julia, de fantasía, vestida con el traje de marquesa, del último baile; con una mano se recogía levemente el vestido en tanto que con la otra manejaba uno de esos lentes de larguísimo mango de carey que han llamado "impertinentes" con tantísima razón. Sus ojos sonreían, su boca sonreía, su gesto sonreía, su actitud, su cabellera blanca todo era en ella sonrisa coqueta del siglo XVIII, elegante a la par que altiva, tan señoril como graciosa.

Con ser esos recuerdos cosas muertas, definitivamente sepultadas, de pasado que ya no podía volver, algo, en mi interior, se rebelaba contra los hechos consumados, que no debían, que no podían ser. Si yo no podía olvidarla; si tampoco podía resignarme a que fuera de otro. Por mi cabeza pasaron las más extrañas y locas fanta-

sías, mezcla de infamias y de horrores, cartas anónimas, citas dadas a Julia para que su novio nos sorprendiera. ¿En qué no soñé? ¿A qué no estaba resuelto? Las ideas más incoherentemente crueles, de escándalo y de estrépito, hasta de crimen, me asaltaban en vaga penumbra moral que terminaba con sollozo... ¡Si eso no podía ser! si ella no podía casarse con otro... Si era menester que yo luchara...

De la noche a la mañana, mediando ya el mes de Abril, arreglé mi maleta y partí a Santiago.

CAPITULO XV

OBSCURIDADES

"Sunt lacrimaê rerum".

QUE de encantos no tiene la vuelta a la ciudad tras de una ausencia? No dejé de sentir, al rodar en coche recién salido de la estación, junto con el júbilo de quien vuelve a casa propia, la ansiedad de lo desconocido, algo así como vaga zozobra cuya causa no acertaba a definir, ni me era dado explicar. Parecíame que la ciudad hubiera mudado de aspecto desde la última vez que antes la viese.

Así como me desagradaban los barrios comerciales que rodean la Estación Central de Ferrocarriles, por igual manera, me sentía a mis anchas en la espaciosa Alameda de las Delicias. Contemplaba con cariño la de la Capital, no me desagradaba el ver las torres de las iglesias, el templo de la Gratitud Nacional, la hermosísima Quinta de Meiggs, en medio de su extenso parque, el Palacio Oriental, con plátanos y palmeras, construído años atrás por Diaz Gana, la torre gris, de estilo gótico, de San Borja. Por las avenidas laterales de la Alameda se deslizaban algunas bicicletas a todo correr, cruzando

entre grupos de niñas con abrigos, guarnecidos de pieles a la última moda, que hacían ejercicios higiénicos, o estudiantes que paseaban con libros debajo del brazo, de vuelta de la Universidad. El continuo rodar de coches me cogía de sorpresa, acostumbrado como estaba al reposo de los campos. Los rayos del sol poniente, hiriendo los vidrios de un palacio, arrojaban vivísimos resplandores, como de ascua de oro, sobre fondo de azul intenso.

Más allá continuaban los palacios, el de don Maximiliano Errázuriz, de vasto parque; el de Irarrázaval, y tantos otros. Las estatuas destacaban albas manchas entre árboles que descarnaban su follaje hasta quedar reducidos a esqueleto, a entradas del invierno. Sorprendían, como cosa nueva, el rumor de coches, de pesados camiones, de los carretones repartidores de víveres o de licores, entre los cuales descollaban los de grandes almacenes, pintarrajeados y cubiertos de avisos. Pasada la calle del Ejército, nos topamos con algunos carruajes elegantes que volvían del Parque a todo trote: el americano de las Oyangurén, el coupé de Pepita Valdés, arrastrado por tronco de bayos, el de la señora Pérez de Boneo con pareja de alazanes, tan famosos, la "charrette" de Aníbal Vidal. Pasaron sin verme, en tanto que yo me sorprendía de experimentar sensaciones nuevas, con espectáculo que tantas veces había visto.

Con todo, hasta las casas, hasta los objetos inanimados me miraban como a viejo amigo, me saludaban casi, me daban bienvenida con gestos mudos. Las cosas, pensé entre mí, no miran al provecho, como los vivos.

No tardé mucho en llegar a la calle de la Maestranza, a la casa donde me alojaba. La de mi "sea" Adriana González, érame conocida, al cabo, y lo conocido, por malo que sea, es preferible a lo bueno por conocer.

Mi "sea" Adriana me recibió, como era de esperarlo, con grandes espavientos:

—Mírenlo, señor ¡Buen dar! por fin llegó el ingrato que tanta falta nos hacía en esta casa. La cuenta no le ha salido muy galana que digamos, por lo desmejoradito que nos viene, don Antonio. Siempre buen mozo, eso sí, pero un tanto flaco y encanijado. Usted necesita echar carnes, para lo cual no hay como unos guisitos que yo me sé. Y sí, a pesar de todo, continúa enflaqueciendo, no hay más sino aplicarle un poco de aceite de Santa Filomena, cuya eficacia es maravillosa, como todos saben. Mire, no más, lo que le ha pasado a mi "sea" Tránsito Somarriva, la hermana de don Filidor...

Mi "sea" Adriana prosiguió la interminable charla, interrumpiéndola con alguna exclamación que nada hacía al caso, en tanto que bajaba canastos con frutas y legumbres comprados por mí en las estaciones intermedias.

—Mi "sea" Tránsito sufría de reumatismo agudo y no hizo más que ponerse un poco de aceite bendito en la pierna cuando ¡zas! ¡Virgen Santísima con los espárragos gordos! en poco más de una semana, quedó como si la hubiera curado el mismo Nuestro Señor en persona... ¡Buena cosa con las alcachofas!

Mi "sea" Adriana, con los cestos de legumbres que yo le traía de regalo, echó a andar, hablando siempre, a grandes zancadas, haciendo sonar los zuecos que llevaba puestos, por costumbre, en otoño y en invierno, aún cuando hiciera bueno.

No tardó en venir la Josefina, su hija, que tenía barruntos de mi llegada. Estaba de buen ver, a pesar de su acentuada flacura. Disgustábame, con todo, precisamente por lo que tenía de bueno, por la dulzura de su mirada, por la excesiva bondad de su sonrisa, por aque-

lia su actitud en presencia mía, que parecía decirme: "Soy cosa tuya". Producíame la irritación que engendra un cariño que nos persigue contra nuestra voluntad. Nada me irritaba tanto como las bromas de Carlos Rayles, y de Fabrás, en otros tiempos, cuando me pintaban la conocida predilección de Josefina.

Sin más ni más, volví a mi existencia de trabajo modesto. Iba me de mañana a la Tesorería, donde permanecía el día entero con mis ocupaciones. A eso de las cuatro, cerrada ya la oficina, en vez de irme al Club o al Centro, tomaba por la calle de San Antonio, en dirección al río. Complacíame en recorrer los tajamares andando, andando por la estrecha acera empinada a más de dos metros sobre el nivel del suelo. El río, de aguas turbias, se deslizaba en varios hilos por la hoya, serpenteando en lecho de piedras, que a trechos blanqueaban. Algunos borricos, pegado apenas el pellejo a los huesos, tan flacos parecían, husmeaban, junto con perros, en medio de los basurales. Los carretones vaciaban las inmundicias junto a los montones donde se apilaban basuras y desperdicios de la ciudad. Mujeres desharrapadas y mendigos removían aquello con palos, a ver si encontraban cosa de provecho.

A lo lejos, formando semi-círculo, veíase la línea frondosa y verde de los árboles que circundan el Seminario Conciliar. La mancha verde se destacaba sobre tonos azulados de los Andes con singular acentuación, como si fuera nota de clarín, rumor de alegría, junto a las riberas desoladas. El cerro San Cristóbal se hallaba cubierto de musgo, de musgo tierno de felpa asoleada, desgarrada por la herida gris de las canteras de piedra.

En pos de aquellas caminatas, caída ya la noche, volvía a la casa de huéspedes. Encerrábame a leer, sin salir jamás a parte alguna. Otras veces, volvía temprano a casa, y me paseaba por los corredores en silencio. No

faltaba por ahí la "Menchita" o Mercedita, hija de la cocinera, niñita de cinco años, a la cual solía dar alguna moneda de plata de cuando en cuando. Entretenía-me corriendo y jugando con ella, como un chico, por lo cual me buscaba.

A veces, sin embargo, la tristeza me vencía. Sentíame alicaído, perdidas las esperanzas de cambiar de fortuna y de labrarme porvenir, abandonado por aquella que era ensueño de tantos años, el amor de mis amores. Pascual me acompañaba, paseándose conmigo en silencio. A tal punto solía llegar mi sombrío mal humor, que hasta la chiquitina se cató de ello.

—¿Podqué stá tiste? me preguntó Menchita, con su media lengua de niño.

—¿podqué?..

Pascual la cogió en brazos y la dijo muy serio:

—Está triste porque no tiene plata y necesita mucha...

Menchita se metió el dedo en la boca y se fué muy pensativa, lentamente.

Al día siguiente, no puedo recordarlo sin conmoverme, la chiquitina se acercó a mí saltando en un pie, como solía, y me pasó un paquetito envuelto en trozo de periódico:

—Taigo plata pa que no té tiste...

El paquetito contenía cuarenta centavos en monedas de a cinco y de a diez.

—Ya vez como hay algo bueno en el mundo, exclamó Pascual, dando besos a la chiquitina.

A no ser por la compañía cariñosa de Pascual, yo no sé qué hubiera hecho. Por de pronto, pasábamos las noches leyendo, excepto cuando venían de visita Pepe Flores y el amigo Rayles. Habíase recibido de abogado, el primero, de médico, el segundo. Ambos acicalados en el vestir, usaban tiesas levitas y sombrero de copa

alta en lo posible. Flores, colaborador de un periódico de Gobierno y amigo de Ministro, se había dejado del todo de poesías y no pensaba más que en alcanzar una candidatura a diputado, para lo cual había sentado plaza de gobiernista acérrimo. "En Chile hay que andar con " los ricos y con los que mandan", repetía, y "uno tie- " ne que pegarla de tonto grave si quiere que lo tomen " en cuenta". En cuanto a Rayles, pensaba "arrimarse " al Gobierno en cuanto pudiera, para ir a Europa, por- " que médico que no ha estado en el Viejo Mundo no " cuenta para nada a los ojos de la gente. Iré al "Ca- " sino de París", al amado Moulin Rouge, y a otros " sitios de diversiones, después de lo cual, de vuelta a " Chile, pondré plancha de facultativo especialista "con " estudios en Europa".

No faltaba por cierto, la ponchera de otros tiempos, una ponchera ardida, de llama azul, ni echábamos de menos la alegría de los estudiantes. Con todo, apenas me quedaba solo, volvía a sumirme en las más tristes cavilosidades, como si se hubiera desplomado para mí el mundo.

Algunas veces me lanzaba, de noche, a vagar por revueltas callejas; tomaba por la de Villavicencio, por la del Rosal y la del Cerro, hasta dar en la de Bretón. De ahí a la Cañadilla, por el puente de las Claras, no hay más que un paso. El barrio de ultra-Mapocho me seducía, a pesar de lo pobre, revuelto y encharcado en días de lluvia, por su traza colonial, como si se hallara atrasado de un siglo, con casas vetustas, de balcón corrido y de solana. En cuanto a las callejas atravesadas, a buena cuenta que no me arriesgaría por ellas de noche.

Los días Domingos eran días mortales. Ir al Centro, al Club, o a paseos era exponerme a impertinencias que yo quería evitar, a dar con curiosidades indiscretas de ami-

gos. Hallábame, al parecer en relativo reposo. Si pensaba en Julia, si acudían a mi memoria escenas del pasado, reminiscencias dolorosas, al punto me tranquilizaba con la resolución enérgica, poco a poco ideada en mi fuero interno: El día en que ella se casara, perdida ya toda esperanza, me mataría. ¿Cómo yo, tan débil de carácter, tan fácil de doblegar a los caprichos de cualquiera, del primero que se presentara, había podido formarme resolución tan radical? Pues precisamente por lo mismo; incapaz de los pequeños esfuerzos continuados que conducen al éxito, me creía con alientos para llegar a extremos en momento de crisis. ¡Y me había hecho tanto sufrir esa mujer, que ya no podía arrancarla de mi corazón!

Solía quedarme tendido en cama, en mi pobre piecesilla, sumido en sopor doloroso, viviendo en la inconsciencia estúpida de los grandes duelos, de enfermedades graves, de períodos críticos, en que uno se hunde en la soledad a "escuchar" los rumores del silencio, cortado por el fúnebre run-run de moscas, en esas horas en que hasta el sol parece triste, cuando se adormece la mirada contemplando millares de corpúsculos que se agitan en un rayo de sol, en movimiento incesante.

Así pasaba los días de fiesta, excepto uno que no podré olvidar; cuando menos fué un Domingo. Hallábame tendido en cama, pasado el medio día. Sentí, de pronto, rumor de voces en la pieza vecina, que era la de don Benito Zárate. Alguien discutía acaloradamente. Luego las voces calmaron y reinó silencio. Pasado un rato, hízose más y más fuerte el ruido, oyéronse gritos, rumor de pasos, de sillas que caían. Las voces llegaron a mí más claras.

—Es usted un viejo miserable que quiere matarme de hambre no más.

—Pero, hijo, si no puedo, si no tengo un centavo

—¡Hágase de las monjas el viejo coñete, el usurero endemoniado del montepío!... ¡como si yo no conociera las uvas de mi majuelo!

—¡Por Dios, hijo, que te van a oir si sigues gritando!

—Yo no soy hijo tuyo, ¡perro miserable!... Y a mí qué me importa que me oigan y que sepa todo el mundo lo que eres, infame!

Hubo nuevo silencio.

—Entrégame esa plata, te dicen; dame la llave de la cómoda. Entrégame...

Aquí sonaron sillas tumbadas, mesa arrastrada, un cuerpo que caía y grito ahogado de "¡socorro!..."

No pude contenerme. Aparté, con algún trabajo, el ropero arrimado a la puerta que me separaba de don Benito, la abrí y me precipité en su pieza. El pobre hombre estaba en el suelo, amoratado el rostro. Su cabeza rota, al chocar contra un mueble, manaba sangre. Un hombre joven, aún le tenía cogido en el suelo. De una bofetada le arrojé lejos, y ayudé a pararse al pobre don Benito que se levantó trémulo sobrecogido: la barba le tiritaba, sin que acertara a proferir palabra, por más esfuerzos que hacía.

—¡Salga de aquí el miserable! exclamé, dirigiéndome al hombre. Al considerarle más atentamente, no pude contener un movimiento nervioso. El hijo de don Benito era Rafael Lillo, ni ese personaje de medio pelo, con pretensiones de "dandy", que andaba siempre en la mesa de juego del Club de Noviembre, o en cenas con bailarinas, o en victorias lujosamente puestas. Sentaba plaza de "sportman", apostaba grueso en las carreras y se codeaba con jóvenes conocidos, a quienes invitaba a comer.

No estaba él menos sorprendido que yo, se quedó mudo.

Reiteré mi orden en tono violento.

—¿Y quién es usted para mandar así en casa de "este" caballero? me replicó, señalando a su padre.

—¡A usted nada le importa... repito que salga!

Quité la llave a la puerta, abriéndola de par en par Le cogí de un brazo para sacarle, en tanto que Lillo m se aferraba de los muebles como desesperado. Le dí un empellón, sin que se atreviera a hacerme cara, echándole, con otro, fuera.

—Nos veremos, y me la has de pagar, hijo de... me gritó, sin alcanzar a concluir su frase, tan tremendo bofetón le dí.

En seguida volví a la pieza donde estaba don Benito, maltrecho y todo desfigurado, roto el cuello de la camisa, deshecha la corbata, saltados los botones del chaleco, manando sangre la cabeza, una sangre que se le había ya coagulado sobre el paletó grasiento, cubierto de caspa y de mugre. A mí me palpitaba fuertemente el corazón. Empapé un paño en agua y estanqué fácilmente la sangre de su herida. El pobre don Benito estaba más blanco que papel. Con ojos saltados y huecos, esos ojos inexpresivos e incoloros, y la nariz caída, me sorprendió por algo raro. Mas, en breve, por reacción natural, quedé sobrecogido con el horror de aquella escena: ¡un hijo estrangulando a su padre para sacarle dinero!...

—¡Por Dios y por la Virgen Santísima, por la memoria de sus padres, le pido que no vaya a decir una palabra de esto! exclamó el pobre don Benito, con la mayor aflicción. Quería encubrir la tentativa criminal de su hijo.

—Ese hombre merece castigo por su tentativa criminal... repuse.

—"¡Patroncito"... por Dios se lo pido! "¡Patroncito...!"

El pobre hombre, nacido en esfera humilde, no había encontrado otra expresión de amarga súplica en ese momento supremo: "¡Patroncito!" Y se echó a llorar.

Me refirió, entre sollozos, que sus hijos le habían sacado cuanto tenía, que se hallaba casi al borde de la miseria.

Rafael había gastado el dinero a manos llenas, en mujeres, en caballos y en juego, en tanto que él, vejetaba, por economía, en casa de pensionistas. Poco a poco había ido cayendo su hijo. Expulsado del Club de Noviembre por jugar con cartas marcadas, había ido a parar a garitos de la calle atravesada, a esos que viven huyendo de la policía, a donde se llega con palabra de consigna, a jugar, en inmundos y húmedos aposentos, en compañía de cocheros y de gente de poco mas o menos, de esa que escupe por el colmillo, saca el "corvo" afilado y arma desórdenes. Los matones de profesión y los gariteros, hacen su agosto en aquella atmósfera pestilente que huele a tabacos y a licores ordinarios, donde se juega casi siempre a la mala y con cartas marcadas. Su hijo Rafael había caído ahí. Después de habérselas dado de elegante, en un tiempo, ahora apenas si se cubría con ropa vieja, pues la buena andaba en la "Agencia". Sólo cuando andaba a mal traer y con la "negra", se acordaba de su padre, que recibía con miedo sus visitas, por las amenazas, insultos y golpes, que le propinaba de ordinario. Don Benito le había dado cuanto había podido; hasta el crédito que tenía contra mí, se lo había endosado. Rafael insistía siempre en sus peticiones. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

—No se lo cuente ni a la Virgen... "patroncito!" murmuraba el infeliz con voz arrastrada y lastimera.

Salí horrorizado. La conducta de ese hijo para con

su padre me daba escalofríos. Parecíame que el mundo era inmensa y nauseabunda charca, en la cual predominaban intereses y apetitos sobre sentimientos, perdida ya hasta la conciencia de los deberes en el ansia desenfrenada del goce y del vicio. Echéme a llorar, sobre la cama; recordé una vez más que Julia me abandonaba por exigencias de la vida y del mundo, porque no se resignaría a ser pobre conmigo. Me amaba y yo la adoraba. Con todo, el mundo seguía su curso, se casaría con otro, y, por último, contaminado por la peste social, llevaría todo eso con paciencia. ¡Ah! ¡no!... eso no podía seguir así. Tanta fetidez, tanta podredumbre moral, tamaña pequeñez de sentimientos, no debían amilanarme ni vencerme. ¿Pero qué hacer? ¿cómo luchar? por más que buscaba, no hallaba remedio, perdidas las fuerzas en desfallecimiento de la voluntad, en aniquilamiento supremo que me hacía sentirlo todo triste, los sentimientos de oropel, los corazones huecos, falsos hasta los cariños de los hijos, predominando, sobre todo, el vil egoísmo, la indiferencia, la vanidad pueril, la villanía interesada, el apetito, el ansia de goce...

No acierto a señalar si bien fué en ese instante cuando me vino la idea del suicidio, de ponerle término a la vida que iba marchitando mis creencias, a la par que mis esperanzas, en eso que, más que vida, era prolongada náusea. Junto con esa idea, me vino a la imaginación la frase pronunciada en tono de burla por Pascual:

"Si no puedes olvidarla, si no te es posible sostener la
" carga de la vida, pégate un balazo."

Ahora me complacían las ideas destructoras y nihilistas que antes me parecían absurdas; encontraba voluptuosidad en pensar en la muerte. Prolongaba mis ensueños fúnebres, con el lento y pausado placer con que nos hundimos en sueños de amor, y la imaginación en-

contraba en ellos, alimento positivo, pasto para el alma. Acontecía que, pensando en el suicidio, se me deslizaban las horas sin sentir. Imaginaba la impresión de todos al oir el disparo. Mis amigos me hallarían en el lecho, cubierta de sangre roja la camisa blanca, pálido el rostro. ¿Qué diría Julia a todo esto? El golpe le caería de lleno en pleno pecho. Aunque no; tal vez mi muerte le serviría de "réclame", para hacerla aún más interesante a los ojos de los desocupados. Ocurrióme, al mismo tiempo, algo extraño, que apenas si acierto a confesar: me intrigaba lo que diría la prensa de mi muerte. ¡Y mi pobre madre... y mi hermana! Al llegar a este punto, sollozaba, dejaba correr mis lágrimas, y sentía alivio.

Al día siguiente de aquella para mí tan amarga escena, recibí tarjeta de mi "sea" Regina Sánchez, en que me llamaba a su casa para tratar de asuntos urgentes. Con sólo verla, conociendo como yo conocía a mi "sea" Regina, ya sabía la clase de asuntos que exigían mi cooperación. Era la buena señora muy dada a obras de beneficencia. Pertenecía, por familia, a una de las más encopetadas de antaño, por lo cual le era fácil allegar el concurso del mundo elegante para conciertos, kermeses y bailes de caridad. Así como ciertas señoras viejas se desviven por tener enfermos en casa para darse el placer de prodigar consuelos y de administrar remedios, hablando a media voz, corriendo en puntillas, y recibiendo visitas con cara atribulada, así como otras se gozan en concertar matrimonios, por el mismo estilo mi "sea" Regina se complacía, si es lícito decirlo así, en las calamidades públicas. Para ella, una peste, un terremoto, una guerra, eran motivo de fiestas de caridad y de conciertos, que organizaba a toda prisa y con actividad incomparable. Sus ojuelos grises brillaban bajo su cabellera encanecida por los años. A pesar de que, de

ordinario sea por edad avanzada, sea por achaques, tenía dificultad para moverse, en tratándose de conciertos, se volvía ardilla. Su actividad, su iniciativa y su inventiva parecían inagotables. Acudí a la cita lo más pronto que pude y resultó, como era de presumirlo, que se trataba de concierto a beneficio de la Iglesia de San Saturnino. Doña Regina se había rodeado de Estado Mañor de señoras, de niñas y de jóvenes, que debían ayudarla en su empresa. Entre los últimos, fuí encargado de la parte relativa al arreglo del proscenio y de la comisión de recibir a las señoras.

No necesito hablar de los afanes de mi "sea" Regina para encontrar colaboradoras que tocasen o cantasen en la fiesta. No había una de las solicitadas que no diese excusa, ya porque estaban con la garganta mala, o por una tía enferma, o porque no tenían vestido, o porque su papá no daba el consentimiento. Abrigaban el temor, sin decirlo, de que la fiesta resultase deslucida, o de que no se compusiera exclusivamente de personas elegantes el grupo de las concertistas. La señora Sánchez había ideado la representación de una comedia de aficionados. Tras de muchas dificultades aparecieron algunos valientes. Hubo discusiones acerca de la pieza que se daría; hablaban los unos de "Espinas de una Flor", otros proponían comedia de Bretón de los Herreros. Después de mucho discutir, elegida ya la pieza, se llegó al reparto de los papeles, en donde vino la grande: todos querían ser protagonistas. Hubo que desechar la representación, optando por dar "Cuadros vivos". Eligióse "Hérculex a los piés de Onfale" y "La Fe, la Esperanza y la Caridad". Respecto a lo demás, ninguna niña quería cantar ni tocar en la fiesta. Mi "sea" Regina dió gran golpe, consiguiendo que Julia ejecutara una pieza en el piano, mostrándose en el coro Elena y Carlota Vidal, Manuelita Cortés, las Oyanguren, Inés Sirvens y

otras "niñas de moda". En cuanto se supo que estas figurarían en el concierto, medio Santiago quiso presentarse en él; hubo solicitudes, empeños y hasta enojos, no sin gran embarazo de la directora, que no sabía dónde poner la cabeza. Los palcos y los asientos fueron colocados en un santiamén, a pesar de lo subido de los precios. Un jardín proporcionó flores, un almacén de música el piano de Erard, de concierto; hasta el conocido Rafael ofreció sus servicios en el guarda-ropa, sin remuneración alguna.

Llegó, por fin, la noche del concierto, a mediados de Junio, poco antes de abrirse la estación de la ópera. La plazuela del Teatro Municipal estaba llena de coches de lujo. Americanos de forma extraña y fúnebre; caballos de sangre cubiertos con capas, en largas líneas paralelas: faroles nikelados brillando entre leves gasas de neblinas; golpes secos de portezuelas, cerradas después de dar paso a elegantes damas o a señoritas primorosamente vestidas bajo la techumbre vidriada del vestíbulo; grupos de jóvenes de frac y de corbata blanca que esperaban allí la llegada de su "flirt"; doble línea de tranvías de faroles blancos, rojos y verdes, en el desvío especial, para término de la función, todo revelaba el comienzo de las fiestas invernales de la temporada santiaguina. De momento en momento, se abría la mampara y se agitaban las cortinas rojas para dar paso a una familia, señoras y niñas, con la cabeza cubierta por mantilla, o capa de teatro, con capucha, o larga capa Trianon, que era la última palabra de elegancia Deslizábanse por entre los grupos de muchachos de frac o de "smoking", dejando tras de sí perfume de agua colonia o de esencia inglesa. No faltaban grupos de comerciantes endomingados, de cómicos del Politeama, de cantantes de la Compañía de Opera recién llegada, de empresarios, periodistas, repórters, de personajes equívocos, de jugadores, matones

y gariteros, venidos aquí no se sabía cómo, de seres "interlopes", de esos que andan por todas partes y que todos conocen sin saber cómo se llaman.

La sala estaba hermosísima. En ella se había dado cita el Santiago elegante, las mujeres más hermosas, las mas paseadoras, las que no pierden fiesta, las que desean lucir joyas y trajes. La señora Pérez de Boneo ostentaba traje negro, escotado, prendido en los hombros con "agrafes" de brillantes; su cuello albo resaltaba con el collar de terciopelo tachonado de brillantes, de esos que llaman "collares de perro"'. El marido, sumido en el fondo del palco, bostezaba, en tanto que la mujer, de majestuosa y romántica belleza, de ojos tristes que parecen decir eternamente: "Fíjense ustedes en que yo no soy feliz", se abanincaba. En otro palco, Manuelita Malvasía, rodeada de primas lejanas que sacaba de cuando en cuando, no se sabía de dónde, se daba trazas de reina destronada, describiendo el último traje de la Emperatriz de Rusia, en la recepción franco-rusa del Elíseo. Doña Juana Salaciera, vestida de blanco y escotada, con sesenta años a cuestas, hacía vis-a-vis a su marido, apuesto "gentleman" de cabello cano, que llevaba frac con la distinción exquisita del gran señor. Rosita Sandoval Ebers ostentaba más allá lo exquisito de su tipo de inglesa, de líneas esbeltas y llenas, de contornos armoniosos, de puro perfil griego, sonrosado el cutis con frescura de durazno. Las Oyanguren se distinguían por trajes en que se mezclaban el malva y el rosa vieja, en una de esas encantadoras e inimitables combinaciones de "Fred", que no han podido ser igualadas ni por Doucet. Abundaban las caras frescas, tipos deliciosamente criollos de la sociedad santiaguina, si bien no escaseaban desentonos, trajes grotescos, ni adornos ridículos.

En el escenario, el mundo parecía trastornado y

dado vuelta. Pepe Cortés hacía esfuerzos sobrehumanos para poner las cosas en orden, en tanto que todos mandaban, disponían, daban gritos, impartían órdenes contradictorias. Habíase arreglado, en ambos extremos del proscenio, que representaba jardín, dos grandes macizos de árboles tropicales, palmeras, zicas y bambúes, colocando entre las ramas lámparas de colores, de luz eléctrica. En el centro, en galería artísticamente preparada, se hallaban los jóvenes de la "Estudiantina Santiago", vestidos de Estudiantes de Salamanca, terciada la capa, la cuchara de plata en el sombrero, de calzón corto y media de seda. Los instrumentos no acababan de afinarse nunca; todos gritaban a un tiempo; el director de orquesta de aficionados, conocidísimo joven, que no brillaba por su buen genio, amenazaba con mandar a todos los demonios a sus colegas, el concierto y la Iglesia misma de San Saturnino, a cuyo beneficio contribuía. Mi "sea" Regina, acompañada de Pepe, quería la fiesta en paz, amonestaba a los unos, acallaba a los otros, se afligía, en tanto que Daniel Echagüe, Zacarías Alcalde y José Rivas, casi se morían de risa entre bastidores, azuzando a unos, incitando a otros y aumentando el desorden. Esteban Moreno, con el monóculo puesto, el entrecejo fruncido, contemplaba el espectáculo con calma británica, como diciendo: "¡A qué país de salvajes he venido!" En cuanto la señora Regina Sánchez me hubo divisado, me hizo seña.

—Desde este momento, no se aparte usted de mi lado, me dijo. Queda nombrado ayudante de campo...

—Señora, cuánto honor....

Todo volvió, poco a poco, al orden deseado, resonó la campanilla eléctrica, y se alzó el telón. La "Estudiantina" tocó el vals de la "Puppenfée" y el pasa-calle de la Opera "Dolores". Luego un señor leyó un poema bastante pesado, y una señorita cantó el "Aria de las

Joyas" de Fausto, después de lo cual vino música de Estudiantina, otro aficionado cantó "La mía Bandiera". Con esto, la primera parte quedó concluída.

Antes de comenzar la segunda, tomó el puesto de honor el grupo de señoritas que debía cantar el coro, de que tanto se hablaba. En realidad, era grupo delicioso, cuidadosamente elegido entre lo más elegante y lo más aristocrático de la sociedad santiaguina. Era coro de muchachas solteras, de dieciocho a veinte y dos años, con la frescura espontánea de la primera edad, cuidadosamente escogidas entre las más bonitas, en sociedad en que las mujeres bonitas abundan. Sin embargo, según me dijeron, visto desde la sala, no daba el resultado apetecido. Las fisonomías finas, los cuerpos frágiles de figurines de Sajonia, más habían nacido para brillo de salón, contempladas de cerca, que para escenario de un teatro.

Mientras el momento del coro llegaba, las niñas se habían sentado en semi-círculo, colocados los jóvenes de pie, detrás de ellas, la "Estudiantina" a un lado, las señoras al otro. Junto a doña Regina Sánchez, me encontraba yo; al otro lado, quedaba una silla vacía. Cuando se alzaba el telón, apareció Julia, entre las bambalinas.

La señora Sánchez se paró rápidamente y la sentó a su lado. Nos saludamos en silencio. Era la primera vez que la veía desde la noche inolvidable del "minuet". ¿Fué aprensión, o, en realidad, había enflaquecido un tanto? Sus ojos tenían transparentes pincelados de sombra; la sonrisa de sus labios parecía triste; más tenía de convencional y de forzada que de propia. Cuando dirigía sus miradas a algún objeto distante, parecía como que un rayo luminoso y triste continuara vibrando. Por lo demás, su aspecto no había variado en lo menor; parecíame reina. Su traje de gasa blanca bordada sobre

fondo de raso blanco, muy sencillo, tenía el maravilloso sello de las grandes elegancias que nos sorprenden sin que acertemos a decir por qué. Llevaba en la mano un ramo de orquídeas y de jazmines, de esos que suelen colocarse en las grandes mesas de banquete junto al asiento de las señoras.

Javier Miralles, que llegó detrás, me estrechó la mano afectuosamente, y me dirigió dos o tres frases cariñosas. Las sentía caer, en mi interior, como notas de amargura, leyendo en el fondo de su alma el sentimiento que las dictaba. Hubiera preferido insulto, provocación, groserías a tales muestras de indiferencia o compasiva amabilidad.

Siguió el concierto, sin que me diera cuenta bien ni de quienes cantaban ni de qué hacían en el escenario. Recuerdo que me palpitaba ansiosamente el corazón, que, ya sentía helada la frente, ya calor en el estómago, ya zumbar de oídos. De repente, hubo movimiento de sillas; las niñas se agrupaban para el coro, Julia en el centro de todas. Luego rumor de voces cristalinas, con fragilidades de fino baccarat, entonando el "Ave María" de Gounod; piecesillos finamente calzados que aparecían entre las manchas blancas, rosa vieja, rosa té, lila pálido de los vestidos, enjambre de cabecitas agrupadas, cabellos castaños, cabellos rubios, bucles negros, lampos de nieve, o tez morena, rasgados ojos, pupilas negras, pupilas verdes, una primavera que se dilataba en actitudes y voces, algo de candor y de pureza que surgía del fondo de esas almas al entonar las delicadas notas del "Ave María" de Gounod, y por último, tempestad de aplausos del público fascinado por tanta elegancia, por tanta gracia y por tanta belleza. Yo sentí eso de modo confuso.

Ahora le tocaba su turno a Julia. Javier había salido corriendo, en busca del mozo que debía presentarla, al

concluir, una mariposa de violetas blancas. La señora Sánchez me hizo seña; al principio no comprendí, mas, a la segunda mirada, me acerqué a Julia, la dí el brazo y la conduje al piano. Ella se quitó los guantes lentamente, sin apresurarse y dió los primeros golpes de "La Gran Polonesa de Chopín".

Debía estar pálido como muerto; más intensa emoción no he conocido. Abajo, en los primeros sillones de orquesta, se destacaban corbatas y pecheras blancas sobre el negro de los fracs. Ahí estaban Ito García con Gregorio Sandiford, Pepe Rivas, los Vidal, mi primo Ramón Fernández y Aníbal Cortés. Veía, entre nubes, todos los ojos de mis amigos fijos en nosotros, en batería, como si nos hicieran fuego, como si quisieran clavar. El mundo me daba vueltas. Hubiera querido estar lejos, en esa tierra de donde no se vuelve.

Julia tocaba la "Polonesa" con la ejecución brillantísima que tanto la distingue. De repente cortó la frase musical, sea que se le olvidara la pieza que tocaba de memoria, sea que hubiese visto al grupo que la miraba desde abajo, sea obra de nervios, no pudo seguir. Se puso de pie, hizo gesto gracioso, sonrió, dijo a media voz: "¡No puedo! ¡es imposible!" y se cogió de mi brazo. Mientras yo la conducía a su asiento, el público la seguía con tempestad de aplausos. Los había fascinado.

Entonces comenzó para mí el suplicio: desde que sentí, apoyado en el mío, su brazo tembloroso. No bien se hubo sentado, me dió gracias, se volvió a Javier Miralles, y comenzó, con él, una de esas conversaciones íntimas de novios. Por cierto que tenía el buen gusto y la delicadeza de no exhibirse. Javier, sentado sobre el cajón de una palmera, pasaba desapercibido para el público. Ella, con un brazo apoyado en la silla, extendido el otro a lo largo del cuerpo, mirada a distancia,

parecía conversar con la señora vecina suya. En cambio, yo sufría el más cruel de los suplicios. La posición un tanto forzada de Julia, hacía que su traje ciñera las morbideces de su cuerpo, la línea redondeada de sus caderas, modelando su pierna a la manera de estatua; las formas opulentas de su busto se ostentaban en una que para mí era la más provocativa de las actitudes. Para sentarse de costado, en actitud que no fuera incómoda, había necesitado entrelazar sus piernas en movimiento nervioso preñado de sensualismo. ¡Y pensar que Julia sería de otro, que sus brazos se enlazarían a otros brazos; que sus labios se estremecerían al contacto quemante de otros labios, en apasionados besos, que sus quejas de amor irían a morir en otros oídos, que los suspiros, los sollozos, los espasmos de la mujer tan amada, tan ardientemente, codiciada, se desvanecerían allá lejos, muy lejos de mi corazón agonizante... Tuve, por un momento, el propósito de partir pero no pude: sugestión inexplicable me mantenía atado al sitio del tormento, complaciéndome con las desgarraduras de mi alma, abriéndome las heridas y registrándomelas con los dedos, con la curiosidad insana de los desesperados que ya nada guardan de este mundo. La sonrisa de Julia parecía como fija y vaciada en molde, fundida en energías secretas; daba que pensar. Diríase que era esfuerzo de voluntad firme, antes que movimiento espontáneo del sentir. Yo también sufría con aquel sentimiento adivinado. Parecíame que nuestras almas extendían sus alas para darse un beso y que, de súbito, una fuerza brutal e irrisistible, interponiéndose, me amordazaba y me oprimía, entregándola a ella a las caricias de otro, en tanto que yo presenciaba la escena sin poder protestar, sin acertar a romper las ligaduras que me tenían sujeto, ligaduras impalpables e invisibles, que yo mismo no me daba cuenta de cómo, ni en qué consistían.

Concluída la segunda parte, Julia, del brazo de su hermano Luis, volvió al palco de su madre.

Faltaban los cuadros plásticos. Fuí a mi asiento de platea. La atmósfera, excesivamente cargada y calurosa de teatro lleno al concluír de una representación, me daba casi vértigos, aumentados por los mareadores perfumes de "Ilang-Ilang", esencia entonces de moda, desprendidos del traje de una señora vecina mía. Mis nervios se hallaban en estado de tensión fácil de comprender: ya no me contenía. Acababa de suministrar una bofetada, en el pasillo exterior, al individuo del guarda-ropa; dí empellón a un caballero, que obstruía el camino de mi asiento. En realidad, con los nervios desatados, la cabeza ardiendo, ojos inyectados en sangre, lo veía todo rojo. Concluídos los cuadros plásticos, que miré sin verlos, se produjo el movimiento general de salida: las señoras se ponían abrigos, cerrábanse las cajas de anteojos con estrépito, unos se ponían el "cachenez", otros salían rápidamente. En el guarda-ropa, multitud de caballeros y de muchachos pedían a un mismo tiempo, abrigos, alargando los respectivos números. Por las puertas de escape, abiertas de par en par, veíase en el fondo negro de la noche, las pupilas encendidas de los coches de lujo que llegaban con ruido a tomar colocación de preferencia bajo la ramba vidriada de la escalinata exterior. Ya comenzaba la salida. Los pasillos, la sala, los palcos, las escalinatas de mármol arrojaban su torrente de carne, envuelto en esos vahos humanos de final de fiesta, en que los cuerpos amontonados desarrollan cierta electricidad y ciertos olores. Varios grupos de jóvenes de frac y de corbata blanca, alzado el cuello del gabán, formaban calle junto a las escalas de mármol que bajaban de los palcos del segundo orden, los más solicitados entonces. Sombreros de copa, cuellos de gabanes, abrigos de pieles, mantillas de finísimo encaje, largas ca-

pas de teatro de colores claros, delicadísimos brazos enguantados de blanco, ojos negros casi ocultos por el abrigo, caritas frescas de muchachas, talles gentiles, gruesas señoras, caballeros de edad, más niñas, vestidos elegantemente alzados al bajar de la escalera, lindos piecesitos que asomaban de ellos: era lo que mostraba el torrente humano.

Yo esperaba, de pie junto a una de las estátuas de bronce que sostienen en sus brazos las luces del "Foyer"; esperaba que saliera ella para verla una vez más. Siniestra amargura, oleadas de odio para con todo ese mundo, me sobrecogían. Ví pasar, dando el brazo a su mujer, precedido de sus hijos, a un viejo y riquísimo capitalista de esos que adquieren fortuna con golpes desvergonzados de audacia, y con cínicos manejos en que suelen ponerse influencias políticas al servicio de intereses personales. Pasó aquel señor con aire indiferente de gozador satisfecho que mira el mundo en menos: todos los sombreros se alzaron, a su paso, en tanto que él llevaba la mano al ala del suyo. No sé por qué me repugnó aquello. Mi alma comenzaba a sublevarse. Entonces ví bajar a Julia; su esbelto y elegantísimo cuerpo, se imponía desde lejos.

Descendió lentamente, con movimiento ondulado y rítmico de andar, apoyada en el brazo de Javier, su novio. Me sentía morir; clavé mis miradas en sus ojos. Pasó sin verme, con la frente alzada. Saludé a Javier Miralles quitándome el sombrero. Julia contestó, con levísima inclinación de cabeza, a la mirada agonizante que yo la dirigía. No quería mirarme. Entonces ya no pude más conmigo. Dí un par de codazos a mis vecinos que se quedaron protestando, repartí varios pisotones, y me encontré en la plazuela, en medio de la baraunda de gente que salía a pie, repartiéndose por la calle de San Antonio y por la de Agustinas. Al enfren-

tar el Convento, alguien me cogió del brazo. Quise desprenderme con un movimiento convulsivo, pero me mantuvieron agarrado. Era Ito García.

—Hombre, parece que te hubieras vuelto loco; hace un instante, sin haber para qué, le diste un codazo a Antuco Pérez, que se quedó bramando, hecho una fiera. Un señor que no sé cómo se llama, tenía ganas de pegarte, porque le habías dado un pisotón intencional. Sí de veras pareces loco. Bien... y demás... Parece que todo es por Julia, no me lo niegues. Bien... No seas loco, si también hay otras mujeres, muchas, muchísimas mujeres.

Me estremecí recordando la frase de Julia. Ella también me decía: "Si hay otras mujeres". Ahora me venía al corazón su falsedad amarga; ahora comprendía que para mí no había más que una, que no podía resignarme a la idea de perderla, que ya era tiempo de concluir con ese estado de cosas... de acabar de una vez.

No respondí a mi amigo. Ya se iba cristalizando mi resolución. ¿Con qué objeto luchar más?

—Bueno, agregó Ito, seamos razonables y vámonos a cenar al Club de Esgrima. Te invito a unas ostras con vino blanco, un plato de pavo y un frasco de champagne, una viuda "Cliequot". Vamos, no seas inocente. Anoche hice una formidable serie de chicas y de grandes: estoy platudo. Hasta me siento buen mozo.

No le respondí ni una sílaba. Ito me acompañó a la Alameda, en silencio. Allí me detuve.

—Buenas noches, Alberto, le dije, apretando su mano con intensa emoción. Buenas noches y que seas siempre feliz. Bien sabes que yo te quiero de veras.

Ito se cogió de mi brazo.

—Si no te suelto. Andas meditando alguna barbaridad irreparable. Bueno... Andemos un poco por la Alameda.

Marchaba sin ver, distinguiendo apenas la sombra confusa de los árboles y la albura de las estátuas. Ráfaga helada me azotaba el rostro. Sin levantarlo, tenía en los ojos como la vislumbre de estrellas en la noche obscura, allí en lo alto, en misteriosas lejanías. Así, andando, llegamos a la Estación. Sentía temblor nervioso en las piernas, pero no estaba cansado.

Habíamos caminado largo espacio en silencio. En mi estado de extremada excitación de nervios, parecíame como que hubiera atravesado el universo entero, sintiendo tan sólo, que "tan pronto" estuviésemos en un punto al cual nunca llegaba, por lejano, en mis paseos. Entonces me vino a la cabeza esta pregunta: ¿por qué me encontraba allí en compañía de Ito? Si la resolución dolorosa y amarga de poner fin a todo iba surgiendo en mí, ¿por qué me había dejado llevar tan lejos de mi morada, por un amigo, indiferente como los demás, que hablaba de cenas? Tenía la cabeza tan confusa que estaban como cortados los lazos de la lógica.

—Vamos, agregó Ito. Tengo hambre. Acompáñame a uno de esos tugurios o chincheles de mala muerte, ya que le tienes miedo al Club.

Nos acercamos a uno, cuyo farol rojo brillaba en calleja atravesada. Era una de esas tabernas y asilos nocturnos, a donde van a parar a menudo ladrones y gente de mal vivir, lugares peligrosos que la policía no pierde de vista. Entramos, después de golpear recio, a un zaguán negro y sucio. En el fondo, un hombre gordo y grasoso, envuelto en pañuelo de mujer, dormía sobre silla de paja. Tres individuos jugaban al naipe, en un rincón, alumbrados por velón de sebo, entre vasos y botellas de chicha; las mantas raídas, sombreros de cinta gastada y grasienta, traza equívoca daban en qué pensar. Diéronnos miradas de reojo, al vernos entrar de sombrero de copa y de corbata blanca. Ito despertó al gor-

do, que dormía, remeciéndole por los hombros y le puso un billete en la mano. El hombre aquel encendió una lámpara de parafina y nos llevó a la pieza del lado, arreglada más decentemente, y separada de la otra por tabique de género. Ito le pidió lo que tuviera; nos prometió pescado, carne asada y café.

Mi pensamiento no se apartaba un punto de Julia. En aquel miserable tugurio me parecía aún más amarga mi desgracia; complacíame en sentirme rebajado, humillado, ya que ella tanto me humillaba y hería. ¿Qué lugar mejor que aquél para un infeliz como yo?... Juli sería de otro... todo quedaba definitivamente liquidado entre nosotros dos... y yo tendría que verla a cada paso, en el mundo, como acababa de verla momentos antes, extraña, totalmente desviada de mí. Si yo no me resignaba, si no podía resignarme a eso... No, no, no.

El dejo doloroso de aquel cariño, el recuerdo de sus besos, repugnancia física invencible ante la idea de suponerla en brazos de otro, anhelo indefinido, mezcla de deseo y de vanidad quebrantada, de apetito humano y de orgullo pisoteado, fermentaban en todo mi sér, llegando hasta producirme la sensación de martilleo desusado en las sienes.

Apoyé mis brazos en el mugriento mantel, y con la cara cogida entre ambas manos, lloré la pérdida definitiva de Julia como se llora a una muerta adorada, con lágrimas, con sollozos, con estertores de agonía, entre convulsiones de todo el cuerpo. Ito se sentó a mi lado y me cogió entre sus brazos, en los cuales me abandoné como niño, resignado a todo, quebrantado y sin fuerza el ánimo.

No tardó en presentarse el mayordomo o tabernero, trayéndonos con su propia mano la fuente de pejerreyes fritos. Destapó una botella de vino, acercó vasos, cubierto y pan.

—¡Patrones, están servidos. Dispensen la pobreza. Se hace lo que se puede.

Ito se puso a comer, incitándome a que hiciera otro tanto. Comí, en efecto, obedeciendo mecánicamente y sin razonar; también bebí. A poco trajeron el asado, y le acompañé. Una idea, la de embriagarme, cruzó de súbito por mi cerebro.

Me bebí, de golpe, casi media botella de vino.

De repente, ya no pude más. Todos los recuerdos y las reflexiones dolorosas se me revolvían adentro en lo íntimo del sér. Me levanté tambaleándome. Las lágrimas me corrían sin esfuerzo—nunca hubiera calculado que poseía semejante facilidad para llorar. Horribles arcadas me revolvieron las entrañas y comencé a vomitar, a vomitar sin acabar nunca, entre agonías y contracciones de muerte.

Las náuseas se sucedían unas a otras, acompañadas de vértigos, como si me hallara en trance de muerte. Con los brazos apoyados en la mesa, crispados los dedos, el cuerpo quebrantado y molido, volvía de a poco, entre agonías, los alimentos recién tomados. Mi abrigo claro se hallaba chorreado por materias de color vinoso, que arrojaban olores insoportables, revolviéndome las entrañas como si hubiera de arrojar los órganos interiores en un acabamiento definitivo de la vida y del sér.

Luego, ¡cosa extraña! me sentí aliviado de peso moral. El amargo sentimiento del desconsuelo sin esperanza posible, se ausentó de mí, alejándose hasta la imagen de mujer que me perseguía con obcesiones de lujo y de sensualismo. Sentí el brazo de Ito sobre mis hombros, deslizándose en torno de mi cuello. Al alzar la vista, me sorprendí al ver el trastorno de sus facciones, la compasión intensa que mostraba, la palidez de su rostro, y como rodaban las lágrimas por sus mejillas. Ante ese

reflejo de mi angustia, sentía extraña compasión de mí mismo, desprendida de otro yo, dentro de mí, que se moviera con mi propio sufrimiento. A mi vez, sentí rodar el llanto, sin sollozos, en lágrimas apacibles, desmayadas en enternicimiento silencioso que unía nuestras almas.

En esto, oyéronse descompasadas voces en la pieza vecina, mezcla de juramentos y de gritos, voto va y voto viene, rodar de sillas por el suelo, de botellas y vasos quebrados, de mesa arrastrada con rechinamiento por el suelo. Armábase camorra, de seguro, entre los personajes patibularios. Nosotros cogimos los sombreros para salir más que de prisa. El aire frío de la noche, lo desapacible del empedrado de la calle, la sensación nerviosa, el calor de mis piés estrechados en zapatos de charol, me causaban malestar intolerable. Oprimíame, de nuevo, el inexplicable sentimiento de congoja, al pensar en mí mismo, como si fuera otro yo diverso que me observara y me compadeciera. Lo más extraño es que este fenómeno moral se desenvolvía dentro de mí con nitidez cruel. Se despertó, en seguida, en mi ánimo, aspiración invencible al descanso, ansía de reposo, de concluir para siempre. La imagen de Julia se alejaba de mí, en tanto que otra más negra tomaba cuerpo lúgubre en mi ánimo desconsolado.

—No pienses más en esa mujer, me dijo Ito a media voz, con el tono que se emplea en las piezas donde hay enfermo.

—Si ya no pienso en ella, le respondí. La siento lejos, muy apartada.

Seguimos andando en silencio. Bien veía que mi amigo no me daba crédito. Con todo, le decía la verdad, no pensaba en ella, embargado por la sombra creciente de la tentación, por el desconsuelo eterno de las cosas, por el vacío de la vida humana, por el desencanto de las

vanidades, por la exaltación temerosa del que piensa en dar un salto, sin vuelta, al abismo pavoroso de lo desconocido, a la muerte muda.

La noche estaba hermosísima. Rayos de luna, momentos antes encubiertos por las nubes, plateaban el centro de la Alameda, formando faja luminosa tan clara que fuera, al parecer, un lago, inspirando hasta vago temor de hundir los piés en el agua al pasar de la sombra de los árboles a la zona de la luz. Filtrábanse rayos plateados entre las hojas, formando arabescos. Un coche a todo correr, pasó junto a nosotros que seguíamos callados, sumidos en el gran silencio de la ciudad casi muerta. El reloj de San Francisco tocó la campanada de las dos, cuando llegábamos al Carmen Alto. En ese punto, las sombras de los árboles formaban dibujos caprichosos con las claridades de la luna. ¡Cuán hermosa noche! pensé entre mí. ¡Quién diría que sería la última, que mañana ya no existiré, que todos se olvidarán, poco a poco, de mí, sin que deje ni recuerdo ni sentimiento! Y aspiré con ansia angustiosa el aire de la noche, pensando en que fuera la última

Llegados a la casa, Ito quiso entrar, de miedo de que hiciera algún disparate, mas, viéndome tranquilo, vaciló, se sintió cansado y pudo más en él su agotamiento físico que el afecto de amigo. Me dió la mano, mas, yo le estreché entre mis brazos con enternecimiento; había sido, con sus flaquezas y vicios, mejor que los otros con todas sus virtudes.

—¡Hombre! ¿qué tienes? "Estás muy raro".

Luego, en pos de una vacilación:

—¿Estás loco? me dijo en voz baja.

Nos comprendimos.

—¿Tienes miedo de que me mate? No haré tal despropósito. Te doy mi palabra de que no pienso en tal cosa.

Entonces me soltó del brazo, despidióse de nuevo, y se fué, pausadamente, con el ritmo particular de su paso que se perdía en la noche.

Una vez en mi pieza, me desvestí el frac, púseme ropa de diario, me empapé la cabeza con agua fría, saqué mi revólver, y lo examiné a la luz de la vela, encontrándolo un poco sucio. "A las cuatro en punto", me dije. Luego, escribí tres cartas, para mi madre, para mi hermana y para el Juez del Crimen. Saqué el dinero que tenía y lo puse, junto con mi cartera y mi reloj, en el cajoncillo del velador, sobre el cual coloqué mi revólver cargado. Entonces se me ocurrió sacarme las colleras de los puños y colocarlas junto con el dinero.

A todo esto, no cesaba de bostezar, sin sentir ni asomos de sueño.

Abrí la ventana y aspiré la hermosura de la noche, con la angustia de sentirla tan apacible, tan hermosa, tan callada en la esplendidez de la naturaleza, en tanto que yo iba a morir. Me tendí sobre la cama que arreglé con decencia y sentí que daban los tres cuartos. Se acercaban las cuatro y empuñé el revólver que dió un chasquido metálico al levantar el gatillo—ese ligero ruido desentonó de modo raro en el silencio, de modo que me sobrecogió, llenándome de pavor, como si hubiera sido grave acontecimiento, algo transcendental en la historia del mundo, y sentí de nuevo la honda y lastimera conmiseración de mí mismo, que había sentido horas atrás. Ahora la determinación era irrevocable: a las cuatro...

En esos minutos que transcurrieron, tendido en cama, vi desarrollarse mi vida entera, desde la niñez. Me enternecí con la inocencia sencilla de mi infancia, los primeros amores, las correrías, las "topeaduras" a caballo, los "rodeos" en los cerros; me acordé de una perrita que había querido mucho, de mi caballo: sentí, de

antemano, el dolor de mi madre, mi hermana de luto, los detalles de mis amores con Julia, el paseo a solas, después del incendio, recuerdos de baile, sus besos en la noche del "minuet", su paso largo de diosa pagana, un reflejo de oro en sus cabellos, aromas de "haye verte", la modulación de sus piernas enlazadas debajo del vestido, la línea opulenta de pecho....

Dieron la primera campanada de las cuatro en el reloj vecino.

...¡Qué dulces serían sus abrazos! tenerla junto a mí, sobre mi pecho, anhelante...

El reloj dió la segunda campanada...

...besarla hondamente, quemando con mis labios sus labios desfallecidos...

La tercera campanada...

...sus ojos moribundos... sentir la tibieza blanda de su cuerpo.

La Cuarta.

Puse el cañón del revólver contra mi pecho fuertemente y apreté el gatillo. Estaba forzado. Apreté nuevamente con furia. Sentí un inmenso estrépito, dolor horrible, uno como aniquilamiento de todo mi sér, golpe simultáneo y feroz sobre todos los huesos, desde la cabeza hasta el pie. Luego, ardor en el estómago, mucho ardor y frío, hielo en la cabeza. Algo caliente me rodaba por el cuerpo, en tanto que sentía el peso de un buque definitivamente anclado, a la par que un velo de inconsciencia... y mucho frío...

CAPITULO XVI

DONDE HABLA MANUELITA

ENTONCES, Antonio sigue mejor...

—Felizmente se encuentra fuera de peligro. No puedes figurarte la agonía nuestra, la zozobra al recibir el telegrama en que nos comunicaron el accidente, para nosotros tan horrible como inesperado. Bien lo dijo mi madre, una y otra vez, cuando muchacho: cuidado, Antonio, con las armas de fuego, que las carga el diablo... una desgracia no cuesta nada. Quién había de pensar que al poco tiempo, a la vuelta del teatro, cuando había pasado, sin duda, una noche feliz, se descargara ese revólver... Eso se llama la fatalidad...

—Así es Soledad, repuso Manuelita, meditabunda, no hay otro nombre sino el de fatalidad para esos casos... ¿Y ustedes se encuentran bien en su hotel?

—No podemos quejarnos. La "Sucursal" se halla en una casa espléndida, de patio enlozado en mármol, bonito jardín, habitaciones espaciosas. No puedes figurarte los alientos que ha cobrado Antonio desde que se encuentra en medio de nosotras, rodeado de la familia... Cuando lo llevaron, en camilla, de noche, rodea-

do de luces, entre seis enfermeros, creí desmayarme. Sí parecía muerto, con facciones lívidas y ojos entornados. ¡Qué noche aquella! Mi hermano, delirante, con la pérdida de tanta sangre, tan pronto nos hablaba de cosas y personas de pasados siglos, endriagos, enanos y sortilegios, como se descolgaba con frases de amores y requiebros sentimentales a mujeres del día. A todo esto había olor de ácido fénico, escudillas con algodones y esponjas empapadas en sangre, paquetes de vendas y de gasa fenicada, paquetes y más paquetes de algodones, que impresionaban la vista como si uno sintiese puntitas de cuchillos en las carnes...

—Felizmente, ya pasó el peligro, interrumpió Manuelita Cortés... En casa le queremos como si fuese nuestro hermano.

Luego se echó para atrás, y cruzando una pierna sobre otra, con gran sorpresa de Soledad, encendió un cigarrillo turco, fumándolo a pequeñas bocanadas que la hacían estornudar y toser, por no hallarse todavía del todo familiarizada con este vicio, nunca usado por las damas de Chile, hasta que lo trajo, como nueva moda, que felizmente duró poco, Eda Gibbson, la hija del conocido millonario. Las espirales azuladas del humo trazaban caprichosos dibujos y arabescos por el aire, en tanto que la muchacha con traza desenfadada, arrojaba las bocanadas una tras otra, moviendo entre tanto el piecesillo pulcra y elegantemente calzado.

—¿Fumas?... turco legítimo.

—No, gracias, contestó Soledad, abriendo desmesuradamente los ojos, como si aún no volviera en sí de la sorpresa que la causaba el ver fumar a su amiga.

—Bien se conoce que sólo has vivido en las Monjas y en el campo. Yo era lo mismo que tú cuando estaba en el convento; pendiente de la madre Rafaela, y si hubiéramos fumado entonces, nos habrían expulsado sin

piedad. Ahora es otra cosa. La última novedad elegante, "le dernier cri", es el cigarrillo turco para señoras, fumado en el "boudoir" o en pieza íntima, lejos de miradas de profanos, y sobre todo de los hombres, nuestros enemigos tradicionales, a quienes destronamos quitándoles esa arma tan poderosa del cigarro... Si Dalila hubiera conocido el cigarrillo turco, no habría necesitado cortarle el cabello a Sansón.

Manuelita lanzó nuevamente una bocanada hacia arriba, sonrió con mueca graciosa de pillete y entornó los ojos.

—Bueno, agregó con risa que le retozaba en los ojos y en los labios, allá irás aprendiendo eso, junto con muchas otras cosas. Desde luego, has de saber que vivimos sometidas a una tiranía muy agradable que se llama "la moda". Hay que dar vueltas con el mundo, andar con el movimiento y ser elegante.

A propósito: voy a describirte el traje de Pepita Ebers en el baile de Collantes; era algo adorable. Figúrate un vestido de espumilla gris, de China, guarnecido de recortes de encaje incrustado... cascada de muselina de seda blanca y larga "echarpe" del mismo color. En la Alameda lucía uno inimitable la señora de Boneo, era traje mitad "sastre" mitad "frú-frú", chaqueta de paño azul, cruzada al costado, con botones de nácar ahumado, falda de linón blanco, guarnecida de finos encajes, formando listas y vuelos "frú-frú".

El color preferido en los trajes es el "bége", así como ayer fué el azul eléctrico y mañana será el morado. Ya no se usan las capotas, como el año pasado, sino tricornio de largas plumas, con hebilla de plata vieja. Se vuelve nuevamente al calzado con taco Luis XV. En las comidas ya no se usan piezas descomunales de plata maciza o de "plaquet" con flores, sino una ancha faja de seda crema con encajes, al centro de la mesa,

cubriéndola de flores. Acaban de llegar lamparitas con pantallas de seda acordeón, que se colocan al frente de cada asiento, junto al ramillete o al ramo de estilo... ¡Qué lástima! no puedo conformarme con que se haya postergado la comida en casa de Javier Miralles...

—¿Por qué se ha suspendido? preguntó Soledad.

—¡Cómo! ¿entonces... "tú" lo ignoras? Están ustedes en el limbo... debían saberlo ustedes antes que persona alguna...

—¿Pués, qué ha pasado? interrogó Soledad curiosamente.

—¡Qué acaba de romperse el matrimonio de Julia con Javier Miralles.

Soledad escuchaba estupefacta, sorprendida, no tanto de que este matrimonio se hubiera roto como de que se hubiera concertado. Sabía, por rumores de provincia. que Antonio andaba enamorado de Julia, pero ignoraba en absoluto que estuviese arreglada y ya próxima la boda de Julia con Javier.

Ahora comprendía ciertas cosas obscuras; el por qué de sucesos ejecutados, y de frases anteriormente proferidas por Antonio y de melancolías que no tenían razón de ser aparentes, de angustias infinitas que se pintaban en su rostro. Diríase que un velo se descorría al punto, ante sus ojos, mostrándole, en toda su amargura, la "vía-crucis" recorrida por su hermano en los últimos tiempos, heridas y desgarraduras de su alma, que manaba sangre.

¿Cómo se explicaba el accidente del revólver en él. que jamás lo cargaba consigo, sino como hecho premeditado? Se veía claramente la tentativa de suicidio en pos de agonía moral. Y ella, que había creído lo que decían los diarios a pie juntillas, sin pararse a mirar lo raro del "accidente", ahora creía comprenderlo todo. ligando fragmentos de sucesos, atando cabos, recordan-

do la actitud reticente de ciertas personas que le preguntaban por su hermano, ese "algo raro" que parecía flotar en la atmósfera. Sintió, a su turno, infinita angustia,—sensación parecida al terror loco y desatentado que suele sobrecoger al que ha cruzado, sin darse cuenta, por un gran peligro, tan pronto como le reconoce, extraña sensación en la cual se mezclan excitación cerebral y una como dislocación de nervios. Soledad rompió a llorar con sollozos convulsivos.

—¿Habráse visto cosa más rara? pensó Manuelita entre sí. Afligirse por la ruptura del matrimonio de Julia...

Con su movilidad de espíritu, no se daba cuenta de lo que pasaba por su amiga. Abrió desmedidamente los ojos, bajó la vista y luego la dirigió al patio. Divisábanse hermosas enredaderas verdes en el fondo; el agua caía de taza en taza en la magnífica pila de ese patio que mostraba las profusiones de mármol de palacio.

Oyóse, en el silencio,—que tenía algo de augusto bajo los altísimos techos—el canto de un canario que saltaba en su jaula, en el corredor, no muy lejos.

Luego Soledad quiso conocer la historia de la ruptura. Sintió de súbito la ansiedad de saber el por qué de ese proyectado matrimonio, del cual provenía, sin duda, el trastorno de su hermano.

—Dispénsame, agregó. He llorado acordándome de ciertas cosas. ¿Pero cómo ha sido la ruptura de Julia con Javier Miralles? Habla, niña, que me impacientas.

Manuelita se agitó en la silla, con aire de importancia satisfecha, al verse objeto de curiosidad, y sonriendo para sí, lo más lentamente que pudo, adivinando el interés que despertaba, comenzó su narración.

—Ya estaba arreglado el matrimonio y hasta fijado el día, pero... el hombre propone y Dios dispone...

En su vida había estado Manuelita más contenta que al ver cómo su amiga la devoraba con los ojos.

Se arregló un lazo de cinta, se abotonó un guante, bajó los suyos, los alzó al cielo con un suspiro, olió flores que había sobre un florero y jugando con la borla del cojín, tornó a sonreir.

—Si nadie lo hubiera creído, comenzó; sin embargo, no habría sido de extrañarlo, porque somos tan raras nosotras las mujeres. ¿No, pués? A lo menos yo.... y todas las demás... Tenemos aquí dentro un diablito que con nada se espanta, y las cosas que nos sopla no pueden decirse a veces ni al oído. ¿No es cierto? Pero vamos al caso...

—Eso es.

—Bien, señorita. El matrimonio de Julia con Javier Miralles estaba completamente arreglado, era cosa hecha, como se dice. La familia contentísima, doña Mercedes, de plácemes; era de que no, tratándose de un hombre que, si no es joven, tampoco es viejo, de buena posición social, gran fortuna, elegante, querido de todos, figura agradable, con situación política, uno de los principales accionistas de las minas de plata del Misti. ¿Te has fijado en su victoria? Es la mejor puesta en Santiago; hasta se sacó el premio del gran concurso hípico de la Sociedad de Fomento de Razas Caballares. Y todo eso cuenta, hija mía. De esas menudencias no más se compone la vida, por más que una crea lo contrario. Lo cierto es que parecían contentos, y más que nadie, la misma Julia. Había concluído con todo "flirt", poniendo punto final a sus "pololeos", lo que no dejaba de ser un gran sacrificio, como tú comprendes. Sin embargo, muchas veces, en lo mejor, aún en compañía de su novio, noté yo, que la conozco tanto, algo como nube de tristeza en su rostro, desgano, desencanto de las cosas de la vida. Bien veía yo, y no se necesitaba ser

muy lince para eso, que Julia no quería a Javier. ¡Pero tantas mujeres, las más, se casan con hombres que no quieren, y son felices! ¿Te parece raro? Si eres una provinciana que no ha mudado el pelo. Eso es. En este caso, no faltaba su gato encerrado.

Había tenido más de una ocasión de ver los coqueteos de Julia con Antonio, enamorado como tonto de ella, y como bien conozco las uvas de mi majuelo, y, además, de algo me sirven estos ojos que habrá de tragarse la tierra, no le veía buen término al asunto. Javier tampoco las tenía todas consigo; de así las escenas de celos, que no siempre terminaban bien. Hasta ví a Julia romper un abanico, cierto día. Ahora, de paso, voy a hacerte notar algo raro, que aún no me explico, una de esas contradicciones que jamás sabemos decirnos por qué suceden: Julia, de carácter altivo, soberbia, desdeñosa, le tiene miedo terrible a su mamá. Doña Mercedes no ha sido madre cariñosa, ni mucho menos. Sus hijos, desde chiquititos, han ido a parar a manos de las sirvientes, y han crecido sin cariño, como abandonados, vestidos a la última moda, con gran lujo, paseados por aya inglesa, terca, rígida, sin ternuras, lejos de una madre que casi no era madre y que les ha gobernado despóticamente. En la casa se daban comidas, recepciones, los niños iban al Parque en coche de lujo, acompañados de miss Blatters, vestidos de terciopelo con cuello de encajes; crecieron entre vanidades de casa grande, sin conocer, ni de nombre, el cariño delicado, los besos estrepitosos de la madre, los juguetes traídos de sorpresa, el rostro angustiado de los padres en días de enfermedades.

No trataron a los pobrecitos como a niños regalones. Por eso me explico el escepticismo, el desencanto del alma de Julia, el ansia de ternura que tiene—combatido por apetito de vanidades y de frivolidades, que ha

llegado a ser como segunda naturaleza, por educación. Javier la conocía desde años atrás; muchos de los regalos recibidos por Julia, muñecas, flores y bombones, primero, piezas de música más tarde, vinieron de él. Había sido su ternura, ternura de pariente lejano y de amigo, algo como pálido rayo de sol de invierno. Así, así, andando, andando, pasó el tiempo, creció Julia, y un buen día comenzó a notar la admiración de Javier Miralles, por la niña transformada en mujer, en el esplendor de elegancia y de belleza. La cortejaba, con discreción y buen gusto, sin importunarla, ni precipitarse. Así estaban las cosas, cuando Antonio vino a estudiar leyes hace tres años. No pasó mucho sin que la persiguiese por todas partes, lo que nunca disgusta a ninguna mujer. Hubo "flirt", no diré que no, pero las cosas no pasaron de ahí. Antonio era tímido y reconcentrado. Mira, tú bien sabes cómo era de reservada Julia en las Monjas de los Sagrados Corazones, cuando estábamos de pupilas; calcula, ahora, si contaría los detalles de sus amores con Antonio. Por otra parte, en materias de corazón, tengo para mí que muy pocas mujeres entienden en achaque de escrúpulos. Que un hombre se enamoró de tí, que te persiguió, que coqueteas tú con él, que un buen día tomaste las cosas por lo serio y viendo que no podía conducir a solución razonable, como el matrimonio, en buenas condiciones, le diste con la puerta en las narices. Eso pasa todos los días del año. Si no se vé otra cosa. Lo mismo acontece entre hombres. Cualquiera de esos que cumpliría su palabra escrupulosamente en materia de negocios, que paga deudas, capaz de batirse por un insulto, corteja a una mujer, llena su cabeza de ilusiones, de esperanzas, de ensueños, tal vez de amores, y un buen día, cuando menos lo esperan, se retira y se va por otro lado, muy suelto de cuerpo.

Todo porque no había petición oficial, como se dice, ni se había dado parte a la sociedad, ni gritado desde los tejados de las casas, el "conforme" que usan los agentes de negocios para terminar sus tratos. ¿Qué importa en tales casos marchitar lo más puro de una vida, ese velo que encubre el alma, resguardándola como las hojas a los pistilos? ¿Te parece esto mal? Pero si es la inconsciencia de todo el mundo lo que ha puesto las cosas así. Algunas veces, muy pocas, la mujer se mete monja o el hombre quiere matarse."

Al llegar a este punto, Manuelita vió que brotaban lágrimas de los ojos de su amiga Soledad, detuvo su narración, y se sintió conmovida. En el silencio, se oía con claridad, rumor de agua cayendo de taza en taza en la pila del jardín; perfume de madreselva subía en bocanadas, agitando suavemente los nervios. Y, de súbito, sin saber cómo, se conmovió con el sonido de su propia voz, contagióse de la tristeza ajena, deslizó su brazo bajo el talle de su amiga, y se puso a llorar también, en silencio, experimentando una especie de grato placer en aquellas lágrimas. Mas, habiendo notado que las suyas caían sobre el vestido y podían mancharlo, enjugólas con el pañuelo y continuó de esta manera:

—Tengo para mí que Julia también estaba enamorada de Antonio, desde hacía tiempo, aunque no quisiera confesárselo a sí misma. A las amigas lo negaba a pie juntillas, como era natural. En su fuero interno quizá no se creía enamorada, mas, no por eso vacilaba en hacerle creer a Antonio que le quería. No se hubiera casado con él ni por nada de este mundo, pero le gustaba llevarlo tras de sí. Tu hermano está comenzando la vida, no tiene situación, ¿cómo diremos? económica. Julia necesita casarse. Al fin y al cabo, ¿para qué andamos con cuentos ni con santos tapados? eso es lo que deseamos todas, porque el matrimonio es el fin de la

mujer, es su independencia, es el principio de su vida. Antonio ni por pienso podía casarse. Julia quería salir de su casa... Por otra parte, en un matrimonio, aún cuando no haya pasión, puede haber respeto, consideraciones, ternuras, risa de niños y muchas otras cosas... Javier Miralles se presentaba rendido, galante sin importunar, caballeroso en todo, con generosidad y elegancia que le apartaban de lo común. Dejémonos de bromas, hijita; una victoria bien puesta con tronco de caballos Cleveland de pura sangre, y un hombre correcto, simpático y cariñoso que sabe ofrecer la copa de champagne a tiempo y dar ramos de flores, puede mucho. Se sabe que tiene posición y fortuna. Se la doy a cualquiera. Ahora si trae consigo el recuerdo de los primeros cariños y de las primeras ternuras para quien ha recibido tan pocas; si es en los salones un hombre brillante—lo que halaga siempre la vanidad—uno de esos que pueden dar a su mujer boato y consideración mundana, ya no hay más que hablar. Conoces a tu tía Mercedes y a don Alvaro; piensa si Julia, en semejante caso, podia pensar u obrar de otra manera. Eso no tenía vuelta de hoja.

Pero Julia, con frivolidad, sobre todo con vanidad, y la tiene, es de naturaleza honrada, sincera y muy resuelta. Cuando se comprometió con Javier Miralles, si bien le gustaba Antonio, y mucho, no creía que se tratara de pasión, ni suya ni de su primo. Vino a conocerlo demasiado tarde, en la noche del baile de Echagüe, según ella me lo dijo después, cuando se habían cambiado los anillos y no había lugar a reclamo, como dicen en las tiendas. Siguió adelante; en un par de meses habría pasado el calentón de cabeza de Antonio, tomada su resolución después del golpe, y cada cual seguiría su camino. En la vida nunca se realizan los deseos tal como se conciben. Desde entonces comenzó, para Julia,

el período del noviazgo, de charlas en voz baja, de "apartes" autorizados.

No bien llegaba a un baile, notaba el vacío en torno suyo y de su novio. La vida se iba convirtiendo en uno de esos eternos dúos, que llegan a ser desesperantes cuando no hay en ellos amor que los justifique por entero. Notar a un hombre enamorado, sentirlo rendido, cruzar la mirada fría con otra ardiente y húmeda, oir, a media voz, palabras candentes que no encuentran eco en nuestro ánimo, llega a constituir suplicio intolerable. Julia debió sufrir mucho, durante los primeros tiempos, con la obstinada persecución de aquel cariño. No dejaba de extrañarme la insistencia con que me suplicaba la acompañara a comer, las más de las noches. Solía darme, por la tarde, los ramos de flores que la enviaba Javier, acompañados de una cartita escrita en pliegos de papel blanco azulado que llevaban, en un rincón, el mote "En avant"... ¡Adelante!..., ¡Adelante!... "Vénte, " pajarito, no faltes a comer conmigo. Trataremos asun- " tos muy interesantes para los dos". Otras veces me escribía la acompañara a descifrar, en el piano, una pieza nueva de Paderewsky, sin darme permiso para volverme.

No dejaba, por cierto, de reparar Javier Miralles en la afición de Julia por la música, más nada decía, mostrando tan sólo en su actitud algo recelosa, si no descontento visible, a lo menos embarazo, vanidad herida que no confesaba por orgullo. A veces, cuando yo conversaba con doña Mercedes, llamábame la atención cierto visible cansancio de mi amiga, leve movimiento del labio superior que imprimía el no sé qué tan característico de vuelta de fiesta. Sus ojos buscaban algo lejano, con fulgores de vacilaciones inquietas, entre dudas, temores y ansiedades. ¿Notó Javier algo de extraño en ella? ¿O bien se dejó cegar por sus amores, y se

dijo, como se han repetido muchos otros: "Que sea mía aunque no me quiera?" Algo, sin duda, debió notar, pero la quería. Ocasiones hubo en que recibí cartita de Julia, llamándome, porque se hallaba enferma con jaqueca.

La encontré una vez reclinada en el sofá, vestida con bata de cuello de encajes, los piés sobre cojín de seda bordado, rodeada de flores, en las mesas, sobre la pieza de centro, por todas partes; en la mano tenía una novela inglesa de Jorge Elliot.—"¿Qué tienes?"—"Me aburro, " pajarito. Esa enfermedad tengo y nada más. ¿Te " parece poco? Te mandé llamar para repetirte lo del " Rey Luis XIII a su gentil-hombre: "Vamos a abu- " rrirnos en compañia."—"¿Y tu novio?"—"Déjalo abu- " rrirse solo!"...—"Pero eso es poco caritativo."

Nunca pronunció el nombre de Antonio, mas, no dejé de notar que una vez que hablábamos de las recepciones de casa en el año último, suspiró profundamente, con uno de esos suspiros involuntarios que van lejos, tras la memoria de cosas ya pasadas. En otra ocasión, dijo Elena Vidal que Antonio estaba de muerte con el matrimonio de su prima, que hasta se había ido al campo. "Su cariño dicen que es invencible; que te quiere hasta no poder más". Julia, a todo esto, escuchaba en silencio, aspirando lentamente, con pausa estudiada, el olor de esos frasquitos de sales con tapita de plata que las niñas usan por estar de moda. Era tanta su calma, tan visible la persistencia con que olía las sales fuertes de por sí, que uno podía traslucir el esfuerzo de voluntad para quedarse impasible. Elena me dijo a la salida: "Creo que " Julia le quiere".—"¿A Javier?"—"No, tonta, al pri- " mo. ¿Te fijastes en sus narices? Le palpitaba una de " las ventanillas..."—"Adiós, loca".

Yo también estaba convencida de que mi pobre amiga, no solamente no quería a su novio, sino de que

estaba enamorada de otro. Entre tanto, entre nosotras no se tocaba ni palabra de esto, hasta que un día, caída la tarde, a la hora indecisa del crepúsculo, la encontré llorando desconsoladamente, como lloran las chiquitinas, revuelto el pelo, de trapillo, sin preocuparse de elegancias ni de monerías, en el abandono creciente de dolor sin alivios. Nos besamos, nos besamos de nuevo, y lloramos juntas.—"¿Dime, qué tienes? ¿Lo has querido? ¿Lo quieres siempre?"

—Siempre lo quiero, mi pajarito; no se lo vayas a contar ni a tu almohada. Por más que hago, no puedo apartarle de mi cabeza; le veo tan triste, tan enamorado y tan enfermo, porque me dicen que ha estado enfermo, que me dan ganas de morirme, de sepultarme bajo siete piés de tierra, para no pensar más en él, ni saber que sufre. Si uno pudiera arreglar las cosas a su manera, ¡qué distinto sería el mundo!

—¿Por qué te comprometiste con Javier?

—Por no comprometerme con Antonio. Bien sabes que no puedo casarme con él... por mil motivos. Mira: sentía que mi voluntad iba flaqueando; en un momento cualquiera, cuando menos lo pensara, me habría ligado con Antonio, y eso hubiera sido irrevocable. ¡Figúrate la cara que habría puesto mi mamá... En fin, habría sido algo completamente imposible. No sólo por mi mamá; por mí, yo no me casaría jamás con Antonio, que es niño, que será toda su vida niño. ¿Me entiendes? Pero, en fin, no tenemos para qué engolfarnos en discutir lo que no tiene remedio. Hay ocasiones en que me siento desesperada, en que me azotaría la cabeza contra la muralla.

—¿Por qué no rompes con Javier?

—¿Crees que no lo he pensado? Pero no puedo; ha sido tan bueno conmigo. Su cariño ha sido tal vez el único cariño completamente sincero y absoluto que me ha

seguido a través de la vida, desde cuando yo era mono de diez años, en que nadie cuidaba de mí. Sacrificaría a ese hombre en la edad en que los golpes son tan rudos. ¿Y quién ganaría con esto? Acaso no haría más que dar a Antonio esperanzas de cosas que no deben suceder para la felicidad suya y mía. Dentro de dos meses, pajarito, el choque habrá disminuído, el corazón estará en calma, hasta los árboles habrán arrojado sus hojas, y comenzaremos la vida de nuevo.

Los días pasaban, acercábase el matrimonio de Julia, y, todavía, la ví cantar una melodía de Rubinstein, para enjugarse el llanto.

—Esta muchacha está muy nerviosa, llora por cualquier niñería, decía mi "sea" Mercedes.

—Si es natural, señora, respondía el doctor García Morán, pasándose la mano por su barba negra. "Todas " las niñas se ponen nerviosas cuando están de novias. " Que pase la luna de miel en Viña del Mar y con unos " cuantos baños, la tendremos del otro lado."

Mas, yo notaba que esas piezas que tanto emocionaban a Julia, eran las mismas que tocaba en casa cuando estaba Antonio. Harto se me alcanzaba, con todos, sus disimulos, el por qué de aquellas al parecer inexplicables tristezas. No tardé mucho en caer en la cuenta de cómo las notas, al desgranarse como perlas cortadas de un collar, iban evocando, uno a uno, recuerdos, emociones calladas, vibraciones inconscientes de un Idilio. Acaso, aún contra nuestra propia voluntad, obran y trabajan los sentimientos adentro de nosotros, sin que acertemos a comprender cómo ni de qué manera. Si el dar vuelta la hoja de un libro, el crugir de un mueble, la nota arrancada del teclado, despiertan en nosotros recuerdos, no será mucho que una melodía escuchada en horas felices venga, en otras que no lo sean, a levantar ensueños adormecidos en las almas. Cuando menos, era

muy de recelar que los de Julia, comprimidos por obra de tenaz energía, fuesen poco a poco adueñándose de sus nervios con una especie de sensibilidad mórbida. Lo que debió sufrir en esos días es cosa incalculable.

A buena cuenta que doña Mercedes comprendía el estado de su hija, mas, no se preocupaba de ello, antes, por el contrario, en más de una ocasión, la oí prorrumpir en alabanzas de Antonio, ponderando lo discreto y simpático de su trato, a la vez que deploraba el mal gusto de su hija que tal vez... quizás... Mas, como Javier Miralles era mozo cumplido, nada había que decir a tan señalada preferencia

Julia andaba un poco desmejorada. Aquel tranquilo y hondo mirar de sus rasgados ojos, tenía algo de vacilante y de incierto que antes no se le había vislumbrado nunca. Si bien conservaba la riqueza sobria y elegante de contornos de su busto, y la gallardía en el andar, la palidez de su rostro no dejaba de tener asomos de enfermiza, a la vez que no mostraba el mismo reposado aplomo de otros tiempos.

No dejaba de llamarme la atención la vaguedad de su mirada, en ocasiones en que Javier Miralles, sentado cerca de ella, le hablaba en voz queda. La cabeza levantada, los ojos perdidos, la boca plegada en sonrisa de indiferencia, que casi se convertía en bostezo, daban a entender que se aburría. Diríase que llevaba sobre sí, una carga superior a sus fuerzas, mantenidas tan sólo por la energía de la voluntad.

Llegadas las vacaciones, pasé como quince días sin ver a Julia, ni recibir carta suya; cuando menos era de recelar que algo muy grave ocurriera. Te diré con franqueza: a mí nada me hubiera extrañado la ruptura de aquel matrimonio.

A los quince días volvimos a encontrarnos en la playa. Desde lejos divisé su cuerpo esbelto, y su sombrero

"cannotier" blanco, envuelto en velo. Llevaba recogida con la mano izquierda la falda del traje claro, en tanto que el viento ceñía su cuerpo delgado, de admirables contornos. Parecía contenta, así como las Vidal y Carlota Boneo, con quienes charlaba y reía. Después de abrazarse, compraron "tortillas" a un vendedor y subieron corriendo a unas rocas desde las cuales se divisaba la inmensa extensión del mar azul, la playa gris con blancos espumarajos de olas, el ir y venir de coches por el terraplén, las casuchas de bañistas en el costado que mira a Valparaíso. Allí se pusieron a comer las famosas "tortillas", uniendo lo ideal con la práctica. Julia parecía entonces tan alegre de condición como la que más. No quiere esto decir, por cierto, que en realidad fuera feliz. Es cosa vista, salvo siempre contadas excepciones, que el disimulo es como segunda naturaleza en la mujer. ¿Qué no disimula, cuando quiere?

Mas, cuando nos hallábamos a solas, un velo de tristeza incierta la encubría. Para mí, que la conocía tan a fondo, no cabían dudas sobre el motivo secreto de tristezas tales, particularmente cuando nos acompañaba el novio, cosa que ocurría diariamente a los pocos días de llegado Javier al "Hotel Grande". Desde ese momento pareció despertarse en Julia decidida afición por el "Lawn-tennis", que jugábamos, por la tarde, en la cancha. Era infatigable en el juego, metida entre una multitud de inglesitas con vestidos levantados que saltaban de una parte a otra.

Vueltas a Santiago, continuamos la misma vida de antes, viéndonos con frecuencia. Así pasaba el tiempo, a mi entender, con horas de cruel monotonía para Julia, quizá entre secretos sinsabores que no podía ni quería revelar, tal vez entre indecisiones o dudas.

Cuando la señora Sánchez organizaba el concierto de caridad a beneficio de la Iglesia de San Saturnino

solicitó la cooperación de Julia, que se excusó cuanto pudo con su condición tan delicada de novia, su casamiento concertado y ya próximo. La aflicción de mi "sea" Regina, abandonada de todas en su empresa, sus ardientes exhortaciones, su convicción de que si ella no aceptaba, muchas otras se excusarían, vencieron los últimos escrúpulos de mi amiga. Con todo, no sabía qué pieza pudiera ejecutar en el concierto. La otra observó que el punto no significaba nada. ¿Acaso no tocaba de manera brillante la gran "Polonesa" de Chopín? Por último, se convino en la "Polonesa".

Mi amiga la sabía de memoria; en ocasiones hasta la había tocado mientras conversaba con Antonio, cosa que por cierto no dijo, pues la cuenta no le hubiera salido muy galana que digamos. Por de pronto, era la pieza que mejor tocaba. Mas, no dejaba de tener inconvenientes. Al ensayarla, solía detenerse en tal compás, o bien al dar con el final de cual frase; evocaba, sin duda, recuerdos. Al vibrar de las notas irían, quizá, volando como bandadas de pajarillos indiscretos, despertada la memoria de alguna de esas querellas que ambos tuvieron a menudo, o alguna reconciliación, o alguna frase tierna del pobre Antonio. ¡Pobrecito! había sido sacrificado a las apremiantes y crueles exigencias de la vida, que siempre nos lleva tan lejos del romance! Pobrecito, sacrificado al cabo, aunque no tenía pero...

Más de una vez hablé de esto con Pepita Oyanguren y con otras amigas, confundiéndome lo errado que anda el mundo en sus apreciaciones muchas veces. Todas estaban convencidas de que Julia no echaba de menos a Antonio. Era de creerlo, ya que nada se vislumbraba en los adentros de Julia, ni cosa alguna que acusara las hondas congojas de su alma.

Llegó por fin el día, y debía llegar, en que me refirió al desnudo cuanto había sufrido desde el momento del

compromiso con Javier Miralles. Sólo entonces vino a conocer cuán arraigado tenía su cariño por Antonio, que ella tomaba como simple "flirt", amorcillo de verano de esos que cualquiera mujer abandona cuando le parece. Ahora se le alcanzaba cuánto quería a su primo. A buena cuenta que si lo hubiera calculado no se colocara en callejón sin salida, pedida ya, concertado el matrimonio, empeñada públicamente su palabra. Si era grande su congoja entre el reposado y majestuoso silencio de las horas nocturnas, cuando las sombras ensanchan la imaginación y dilatan sus términos, era mayor aún en los momentos en que hablaba con Javier, oyendo, nerviosa, sus discreteos y requiebros de hombre enamorado, tolerando el suplicio de amor no compartido, contrario del todo a sus aspiraciones íntimas.

No se explicaba ella misma cómo había pasado tanto tiempo sin revelar a ser humano el secreto de sus penas, tanto más dolorosas cuanto más íntimas y calladas eran. Llena toda de recelos, descargaba en mí su secreto doloroso; confiaba en mi reserva en punto a cosas que ni a su almohada debiera confesar. Solicitaba mi ayuda y mi consejo. ¿Qué haría en circunstancia tan crítica? ¿Sería posible romper su matrimonio, dando enorme campanada social, con gran descontento de sus padres, con desmedro de su prestigio, ruptura de la palabra empeñada, escándalo y desagrados de todo género? ¿Tenía derecho a herir en lo más íntimo a Javier, que era y que había sido siempre tan bueno y tan caballeroso? Mas, por otra parte, sería esto sacrificio inútil, desde que no podía ni remotamente pensar en Antonio, y no pudiendo pensar en semejante cosa, no llegaría sino a prolongar una situación que, junto con ser difícil para ella, sería siempre dolorosa para el primo.

En tanto que me daba éstas y parecidas razones, bien se me alcanzaba que su ánimo andaba por camino diver-

so, que su corazón corría desatentado tras de él, que forjaba, en favor suyo, argumentos ignorados por su cabeza.

La situación de Julia continuaba, a pesar de esto, una misma, y si las circunstancias, por sí solas, no hubieran modificado los sucesos, ella quedara bien defraudada de sus deseos así como bien engañada de sus esperanzas.

Acercábase el día del concierto; repetíanse diariamente los ensayos, a los cuales asistía siempre Julia. Con esto, y con las emociones nerviosas consiguientes encontró su ánimo puerta de escape en aquella, al parecer, inacabable lucha. Aún me parece ver el proscenio del Municipal, obscuro como boca de lobo; apenas si débil rayo, de luz penetraba por las puertas laterales, entre las bambalinas. Unas cuantas muchachas vestidas de elegante traje de calle, con las recién estrenadas modas de invierno, hablaban a un tiempo, discutiendo con Pepe Cortés, que daba órdenes, en voz un tanto atiplada, moviendo el bastón, sin dejarse imponer por las bonitas caras, los grandes ojos, los trajes elegantísimos, las manecillas finamente enguantadas, con quienes no gastaba cumplidos. Le daba por ahí; tratándose de mando, ya perdía los estribos, prefiriendo, entre todos, el de huestes femeninas.

Al cabo llegó el día del concierto, que fué para Julia, según me lo refirió después muy por menudo, el de un continuado suplicio. Cuando hubo llegado al escenario, donde ya se encontraban cuantas habían de tomar parte en la representación, sintió escalofríos, la tierra le faltaba, el mundo le daba vueltas, solicitada por impresiones extrañas y nuevas. Nunca acertó a medir lo que fuera un concierto, la impresión de presentarse en público, ante concurrencia numerosa y escogida que hubiera de juzgarla, atenta a sus menores deslices, con

amigas cuya mayor felicidad hubiera sido su fracaso. Sintióse nerviosa, a poco, y de súbito púsose a temblar como sacudida de fiebre. Luego que se hubo tranquilizado un tanto y pudo detallar y observar a las personas colocadas en el proscenio, que hasta ese punto sólo había columbrado como a través de velo, notó que a pocos pasos, junto a la señora Sánchez, estaba sentado su primo Antonio, a quien no veía desde hacía varios meses. Le fué imposible a Julia contener un estremecimiento nervioso, tan grande era la impresión que había recibido. Antonio le pareció desmejorado y flaco, mostraba en la boca pliegue amargo, y algunas arrugas en la frente; sus cabellos rubios ensortijados y crespos y sus ojos grandes, húmedos, le daban traza de niño triste. ¡Cuánto debía haber sufrido, sin murmurar queja, con noble orgullo, envuelto en su dignidad como en un manto! Veíase que ahora el traje le quedaba holgado, tal era lo delgado de su cuerpo; notábase, en sus movimientos, la dejadez de quien ya no lucha, abandonado a la corriente de la vida. Tristeza, cansancio, decepciones, honda amargura se desprendían de él, como impalpable neblina, envolviéndolo: eso y no otra cosa era lo que dejaban vislumbrar su actitud, el metal de su voz, su andar, la melancolía de sus ojos. Cuando menos Julia debió sentir, en sus adentros, honda impresión al verlo, al medir la obra suya, al meditar en que todo ese derrumbe moral de la existencia de un hombre que comenzaba la vida, lleno de esperanza, era obra suya. A buena cuenta, que todas esas penas amargas, el continuado sufrir, la melancolía de sus ojos, no existieran, a no haberle ella alentado con coqueterías, miradas, engaños, flores. Mas, tampoco no podía recordar, sin suspiro, horas tan dulces en que, sintiéndose adorada, se dejaba estar, con ojos entornados, como barco entregado a la corriente, levantados los remos. Nunca pensó

en engañarle; cuantas manifestaciones le hizo fueron obra de sentimiento sincero. Sus miradas se buscaron sin saberse cómo, de lo cual resultaba la languidez dulcísima, desfallecimiento del alma, en la cual iban despertando con las miradas, los ensueños, entre lejanas y risueñas perspectivas. Si en su actitud, en el metal de su voz, en el abandono de ciertas horas, en su palabra, en su pupila, hubo revelación de los obscuros y no bien definidos arcanos de su alma, de la gestación sentimental, en todo eso no había más que obra involuntaria, de la cual ni ella misma se daba entonces cuenta. Movíale no sé qué de extraño, fuerza desconocida, quizá el instinto del amor, que es la vida de la mujer, tal vez los instintos obscuros del sexo, más bien la sed del ideal, la aspiración a la suprema belleza que nos mueve sin que acertemos a darnos cuenta cabal del por qué ni del cómo. Sea como fuere, no necesitaba Julia traer razones para amarle, ni para explicar el por qué ni el cómo de su cariño. Si lo hacía, era porque necesitaba disculparse, al comprender las agonías de la mísera existencia de Antonio. Sus remordimientos, nacidos de súbito, no eran hijos de su falta, sino, más bien, de su cariño mismo. A no quererlo, tal vez no hubiera sentido el más leve remordimiento, aún cuando su acción hubiera sido realmente destructiva y culpable. Sentía, en ese instante, la más honda pena, al ver el estado de Antonio, su actitud quebrantada, sin soberbia, sin pretender engañar a la gente, dado por completo a quebrantos de su alma. La ternura se adueñó, de manera inconsciente, del alma de Julia. En ese punto se apareció Javier Miralles, más rendido, más enamorado, más galán que nunca. Entonces fué cuando cruzó por su ánimo, de modo definitivo, la idea de ruptura. Sí, ella rompería su matrimonio proyectado, pondría término a una situación que disgustaba profundamente a su naturaleza

franca, espontánea, enemiga de situaciones dobles. Estaba visto que no servía para semejantes papeles. Ahora no quedaba sino esperar con calma el momento oportuno. Lo que es en el teatro, en pleno concierto, hubiera sido locura la explicación del caso. No quedaba más sino esperar, pacientemente, la hora de la ruptura. Con todo, no se sentía dueña de sus nervios; parecíale, por momentos, que todo hubiera de terminar con escándalo. Eso no obstante, pudo más el esfuerzo de su voluntad enérgica. Antonio, sin sospechar lo que pasaba, no la miraba siquiera, no quería mirarla, no quería nada suyo. Y estaban los dos, el uno junto al otro, adorándose, y sufriendo, tan desviados y lejanos como si les separasen abismos, tan apartados como si la misma mar los desuniera.

Llegado el momento en que Julia debía de tocar, en el piano, su número de concierto, la gran "Polonesa" de Chopín, aconteció que Javier andaba ausente, en busca de flores. La señora Regina hizo que Antonio la acompañara al piano. Sintió la agonía en el estremecimiento de su brazo. La enorme concurrencia se mostraba como mancha borrosa en palcos y platea, en tanto que las luces de la rampa del proscenio mostraban círculo de claridades chillonas. Sentóse y comenzó, de memoria, mecánicamente, la ejecución de la pieza. La primera parte no anduvo mal, poco a poco recobraba el aplomo; la ejecución maravillosa que tenía la hizo dueña de sí misma. Hasta llegó un punto en que se vió a las claras al público seducido por su belleza, su elegancia, la gracia desprendida de su persona, la claridad perfecta de sus escalas y de sus acordes. Precisamente ejecutaba una parte en que solía detenerse a conversar con Antonio, al tocar esa pieza en casa mía. Su mirada se volvió maquinalmente a él y le vió pálido como nieve; dirigió sus ojos a la platea y divisó, en sillones de primera fila,

a Daniel Echagüe, Elías Pérez, los Vidal, Ito García, numeroso grupo de juventud dorada, comentando, sin lugar a duda, la escena del piano. No pudo seguir. Cómo remató la pieza, cómo se levantó, fueron cosas de que no se dió cuenta, al sentarse, en medio de tempestad de aplausos del público seducido. Quizá, la mayoría de la gente creyó que la pieza terminaba.

Luego, entre aplausos que no cesaban, la cubrieron de flores, canastos, ramos, arpas, cojines y mariposas de pensamientos, capullos de rosa, no-me-olvides, jazmines.

Julia se había levantado como pajarito, sin saludar al público por sus aplausos. Esto hizo gracia, los aplausos redoblaron, en tanto que ella se ponía a conversar con su vecina.

Pocos momentos después volvía al palco de su casa.

En el mareo del éxito, se desviaron, por un instante, sus planes de ruptura, mas, no bien se hubo disipado la impresión aquella cuando comenzó a sentir el cruel hastío de tener a Javier Miralles a su lado y divisó, en la imaginación, la fisonomía desfigurada de Antonio.

A la salida del teatro, en el estrépito de puertecillas de palco abiertas y cerradas, de multitud que desborda, al bajar, en el torrente que sale, por las escalinatas de mármol, vió de súbito a su primo que la esperaba para divisarla. Estaba transformado, pálido como muerto, los ojos encandilados y como con fiebre, hondas ojeras cenicientas les circuían, perfilando la finura de su nariz. Julia se estremeció, tuvo miedo, como presentimiento de que pudiera ocurrir algo terrible, tan demudado le encontraba. Ya, con esto, quedó resuelta definitivamente en su ánimo la ruptura del matrimonio con Javier Miralles. Su brazo tiritaba, apoyado en el brazo de su novio, tanto que éste llegó a preguntarla si se encontraba mal. A todo esto, crecía su impaciencia de tal modo,

que hubiera dado no sé qué por arreglar de una vez el asunto que la oprimía como nudo en la garganta.

No bien llegaron al coche, Javier se despidió. Sentíase un tanto aquejado de la nueva epidemia de influenza. En vano Julia, con voz demudada, le rogó fuera a tomar te a su casa para tratar de asunto grave. Tomó a broma la cosa, tan lejos se hallaba el pobre de concebir la verdadera situación suya, cegado como estaba por el cariño ardiente de su pasión de otoño. Aún creo todavía divisarle, junto al carruaje en que nos encontrábamos las dos, dirigiendo a Julia el último saludo de sombrero, iluminado el rostro por los faroles de luz vivísima.

La noche fué mala para Julia, como al día siguiente me contó, refiriéndome hasta los detalles más nimios de esos tan crueles instantes. En vano trató de conciliar el sueño, volviéndose una y otra vez en su lecho, con impaciencias de enfermo. Los detalles de la fiesta acudían a su memoria, mas, entre ellos, ninguno impresionaba tanto como el ver a Antonio a la hora de salida, con ese no sé qué de pavoroso y demudado en el semblante que deben demostrar los condenados a muerte. Sentía frío en los huesos con sólo pensar en que ese niño, profundamente enamorado, era bien capaz, con su temperamento ardiente, de llevar a término alguna locura irreparable, tal vez duelo, quizá suicidio. "Miren qué ideas de hombre", pensaba entre sí. "Sabe Dios lo que ocurrirá!"

Toda la noche pasó para ella entre penosas visiones: ora le veía ensangrentado, mostrándole sus heridas, ora le veía sonreír sardónicamente, como Mefistófeles, con risa que la erizaba el cabello. Veía, de nuevo, a Javier, con lo cual despertaba en su ánimo el propósito ya concebido de que era necesario romper. ¿Mas, cómo habría de hacerlo? ¡Cielo santo! ¿Escribirle una carta, referirle

lo que pasaba en su conciencia, sus amarguras, su desesperación, su cariño por otro? Si eso no era posible, si no encontraba palabras que manifestaran su pensamiento, que junto con disculparla, mostraran el por qué de su conducta. No hallaría manera alguna de aclarar, en el papel, aquellos sentimientos tan confusos que brotaban de su alma sin darse cuenta cabal de sí propios. Al mismo tiempo, la repugnaba hondamente esto de citar a su casa a Javier Miralles para tratar, en presencia de sus padres, asunto de por sí tan enojoso; no tenía bríos para tan difícil empresa. Mas, como era necesario optó por este último partido...

Tomada ya su resolución, sintióse más tranquila y trató de conciliar, inútilmente, el sueño. Oía, desasosegada, las campanas de los relojes de la ciudad, dando las horas y los cuartos, en tonos diversos, unas en pos de otras, como si quisieran retardar la tan interminable marcha del tiempo, a la par que el avance de ese día que no llegaba nunca. La noche se le hiciera horrible si no fuera por el propósito de romper su matrimonio, que la quitaba de encima un peso, aliviándola en ciertos rincones obscuros de la conciencia.

Con todo, rayó el día, cantaron las aves en el jardín, deslizáronse a través de las cortinas unos rayos de luz pálida de un día que antes parecía de invierno que de otoño. Julia de súbito, sintió en su alma, deseos de rezar, de ir al templo, a pedir a Dios perdón de sus pecados; no veía la hora de postrarse de hinojos ante la Virgen, encaminados sus pensamientos al cielo para ser fortificada en trance tan amargo, y difícil.

La honda fe de la mujer chilena acudía toda a su corazón, en ansia desesperada de rezar y de llorar, humillada y arrepentida de culpas que le parecían enormes, agrandados sus escrúpulos con el desasosiego del insomnio.

Vistióse de prisa, despertó a la "Charo", sirvienta muy antigua de la casa, y se dirigió, acompañada de ella, al templo de Santo Domingo, a la misa de seis de la mañana. Leve cendal de neblina se deslizaba por las calles, humedeciendo el asfalto de las aceras, pisadas por uno que otro obrero de camino al trabajo. Una cocinera corría a detener el tranvía que se deslizaba, desganado y perezoso, por la calle del Puente. Cuando sonó la puerta lateral del templo, con chasquido seco, Julia sintió dentro de sí congoja mortal, algo como sacudimiento nervioso que no se explicaba, pero que recordó más tarde. Luego, puesta de hinojos, trató de levantar al cielo esos tan hondos clamores de su alma, sin que pudiera conseguirlo, como si su alma estuviera seca. La impresión moral de un instante no podía repetirse, no acertaba a rezar con unción mística ni a pedir como se debe al cielo, de lo cual sentía una suerte de tormento indecible.

Así pasó dos largas horas. Su alma se escapaba del rezo para continuar, nuevamente, sumida en sopor de insomnio. Veía a Antonio, y veía a Javier. Parecíale, dentro del estado de tensión de nervios, que le sería imposible aguardar un día entero, sin solucionar su compromiso con Miralles. Había discutido y meditado muchas veces el asunto, con relativa calma, y ahora, cosa extraña y al parecer contradictoria, "ya no podía" esperar, ni le era dable dilatar su conferencia. Así que hubieron salido del templo, Julia dijo a la vieja sirvienta que la acompañaba:

—Ahora, vamos un segundo a casa de don Javier Miralles.

—¿Que está loca, señorita? Eso sí que está bueno...

—Yo no te pido consejo, Charo, hago lo que me parece. Estamos de manto, nadie nos conocerá, pocas

personas trafican por la calle y esas creerán que vamos a ver a la Anita, hermana de Javier.

—Yo no la acompaño...

—Iré sola.

Entonces, la vieja servidora, rezongando, siguió tras de la señorita. Llegaron a la casa, enviáronle recado con una sirviente que, al principio, se negaba a despertarle. Mientras ambas esperaban, sentía Julia que su corazón le palpitaba fuertemente en el pecho, hasta sentir ímpetus de arrancar, súbito miedo; mas, se encontraba ahí, el paso estaba dado, era menester llegar a la crisis Debía estar muy pálida.

Pasado un rato, se presentó Javier en traje de mañana, de bata, desgreñado y sin arreglar, tan lejos se hallaba de creer que hubiera podido presentarse Julia, y, acostumbrado, por otra parte, a que le importunaran, de mañana, para empeños de cesantes y de señoras pobres, en solicitud de empleos, pensiones o socorros. Al punto, mortal palidez, preñada de ansiedad, se difundió por su rostro, no sabiendo a qué atribuir visita semejante de Julia; era esto fuera de los usos de una sociedad en extremo rígida y severa. No dejó de vislumbrar que algo muy grave y extraño acontecía. La caída de un rayo no le hubiera causado mayor impresión.

Luego, acercándose a Julia, cogió su mano entre las dos suyas, la estrechó nerviosamente, y, sin soltarla, dijo, con voz rápida:

—Bien... Bien... Dispénseme que me presente en esta facha; jamás hubiera calculado que Ud. viniera. ¿Y qué ocurre? ¿por qué ha venido? ¡Jesús! ¿Cómo no me escribió un papelito? De carrera me hubiera ido allá, no más. ¿Está enfermo su papá?... ¿su mamá?

—Están buenos, gracias.

—¡Uf!... no comprendo... agregó Javier, en voz muy baja, dejándose caer en un sofá, en tanto que

se pasaba el pañuelo por la frente... "No compren do..."

Julia, de mil colores, ora pálida, ora granate, no sabía cómo tocar el punto y, sin embargo, presentía que la hora decisiva estaba cerca.

—Pensé primero en escribirle, Javier, comenzó ella, mas, no me fué posible. La carta me resultaba seca, dura; yo le "estimo" demasiado para decirle, así... en esa forma... lo que debo decirle...

Al oir la palabra "estimo", Javier, como por obra de relámpago, sintió iluminadas las tinieblas. Parecióle aún más hermosa aquella fisonomía fina, encubierta por el manto, con líneas de virgen, comprendiendo, a la vez, que había de perderla para siempre. Su rostro de lívido se tornó verdoso, entre congojas y ansias, descomponiéndose, en tanto que las ojeras comenzaban a diseñarse, con rapidez increíble.

—¡Ah! suspiró en voz muy baja, y fué tan hondo el suspiro, que Julia se estremeció toda, como si hubiera visto correr sangre de la carne desgarrada por el escalpelo. Habría preferido impulsos de indignación, alguna brutalidad de parte de él; su desesperación callada, la confundía, tomándola de sorpresa. De súbito comprendió, en el fondo de su conciencia moral, en ese antro confuso del sentimiento, que cometía casi un crimen, y sacó, de su remordimiento, nuevo argumento para "odiarle".

—Tenía algo que decirle.

—Diga, diga, diga.

—Que es necesario romper nuestro matrimonio, agregó ella, cortando brutalmente por lo sano, tan excitada se encontraba.

—¿Y por qué, Julia? ¿por qué motivo? repuso el desgraciado, con voz muy baja, que apenas se oía, como un murmullo. Preguntaba esto, como el náufrago asido

de su tabla, comprendiendo, en su fuero interno, que el sentimiento no necesita de motivos ni de razones y que siempre es "por que sí" y nada más.

—¿Y por qué?...

—Porque he meditado mucho, antes de dar este paso, he sufrido, y comprendo que no lo quiero lo bastante para poder casarme con usted y ser feliz. Eso no quita que lo encuentre muy simpático, muy bueno, un hidalgo, ni que yo me sienta conmovida al pensar en lo cariñoso que ha sido usted conmigo tantos años... cuando me encontraba sola, casi abandonada por la indiferencia de mi madre...

Al llegar a este punto, Julia se puso a llorar y cubrió su rostro con el pañuelo. Javier se sintió conmovido.

Hubo larga pausa, dolorosa pausa, en que ambos miraron el suelo, ella temiendo haberle herido muy hondo, él, disimulando una esperanza vaga, casi absurda. Evitáronse mutuamente la mirada.

—Julia... Julia... pero si usted no me quiere todavía lo bastante, podemos esperar, dilatar el matrimonio, que en su día, comprendiendo usted cuanto la quiero, la adoración mía, cómo he perdido el seso, cómo estoy loco por usted, no podrá dejar de quererme. ¡Ah! si usted pudiera ver latir mi corazón! ¿Por qué no me deja esperar?

"Lo sentí elocuente, estaba transformado, hasta usa-
" ba un lenguaje enteramente distinto del que gastaba
" de ordinario", me contó ella más tarde.

Y agregó con voz cobriza, desmayada, en que la ternura se une a la súplica:

—¡Ah! Julia! ¿por qué no me deja esperar? Seré feliz siquiera pensando en que eso es posible. Seré obediente, sumiso, no seré importuno, la dejaré libertad completa, aún para coquetear, aunque yo sufra. Déjeme esperar, déjeme esperar siquiera.

—No puedo.

Javier levantó la mirada y la contempló fijamente.

—Respóndame. con franqueza, con entera franqueza—le prometo no repetir lo que usted me diga—¿quiere usted... a "otro"? Julia bajó la vista. en silencio, sin añadir palabra.

Entonces Javier se dió vuelta. se arrojó sobre un cojín. en el rincón del sofá. y se puso a sollozar desesperadamente. con la congoja de los veinte años y el desesperado adiós de los amores en el otoño de la vida.

Julia, después de contemplarle por espacio de algunos segundos en silencio, se quitó la argolla de compromiso, que produjo al caer sobre la mesa ruido metálico y cristalino, de tal manera que ella se sintió sobrecogida. Luego, sin hacer ruido, abandonó el salón.

CAPITULO XVII.

UN IDILIO NUEVO

CUANDO mi hermana hubo concluído de referirme la historia de la ruptura de Julia con Javier, como puntualmente se expresa en la relación de Manuela, pausadamente cerré los ojos, presa de la fatiga de tamaña felicidad. La impresión había sido tan poderosa que, en el flaco estado de mis fuerzas físicas, perdida tanta sangre, no pude resistirla. Dió voces mi hermana, acudieron las personas que se hallaban a mano, mas, con todo, yo no volví del desmayo, hasta pasadas algunas horas. Ahora sí que el mundo se había transformado para mí, convertido, de súbito, en nube de ensueños color de rosa.

Sí, a pesar de los dolores que a cada movimiento me causaba la herida, me reía sólo, de puro gusto. Parecíame como si me hubieran quitado de encima enorme peso. Lleno de confianza en mí mismo, de fe en el porvenir, reconciliado con la humanidad toda, experimentaba gozo callado entre sábanas blancas, en la pieza a obscuras, en tanto que sentía movimientos silenciosos de visitantes, la entrada frecuente de mi madre y de mi hermana. Ahora ya no estaba en la casa de pensionistas

de mi "sea" Andrea, sino en la Sucursal del Hotel Oddo, mejor acondicionado y más limpio, lejos del olor a húmedo y a viejo, de los tipos trashumantes, de los cedulones y del expendienteo de gente que entera la vida con dificultad, sin barruntar ni los asomos del goce en medio de su acongojado porvenir.

Por cierto que tuve el placer de palpar el cariño de mis antiguos compañeros de pensión, que acudían a saber de mi salud. Pepe Flores no se apartaba un punto de mi lecho, ayudando, con solicitud cariñosa, a mudar ropa y a lavados con ácido fénico, pues aún no se usaban los nuevos tratamientos con antisépticos y gasa esterilizada. Pascual Solís hacía de practicante del cirujano, aplicándome cloroformo durante la extracción de la bala.

Por respeto al dolor de mi familia, habían dado en decir que mi herida fué causada por caída de un revólver descargado, por imprudencia, al momento de desnudarme. Recuerdo la febril curiosidad, mezclada a cierto sentimiento vanidoso, con que recorrí los diarios en pos del accidente, para ver cómo lo referían. No sin sobresalto esperaba, por lo menos, alusiones veladas a mi suicidio frustrado, que me resultaba ahora tan ridículo. Felizmente no hallé sino palabras de simpatía por "mi accidente", y recomendaciones sobre el uso de las armas de fuego con las precauciones del caso.

"Ito" García, que no se movió de mi lado semanas enteras, me leyó, con entonación mefistofélica, las diversas relaciones, entre otras una en que se hablaba de un duelo misterioso en el salón del "Skating", por una dama casada, sin nombrar a nadie, aún cuando con detalles reveladores.

Era curiosa la mezcla de gente en el vasto salón que me servía de dormitorio. Allí acudían, entre otros, don Cesareón de la Carrera, muy ocupado ahora en colec-

ciones de sellos de Correo, para lo cual daba vueltas por toda la ciudad, entrando y saliendo continuamente de casa; los dos estudiantes y el gramático Roca y Beauchef, los Echagüe, los Moreno, Javier Guzmán, Rafael Vidal y otros. No dejó de divertirme el respeto y la consideración que manifestaban mis antiguos compañeros de pensión, en presencia de los gomosos y calaveras de tono que solían visitarme. Pepe Flores miraba cuidadosamente a "Ito", examinaba su calzado, su sobretodo, el puño de su bastón, su manera de andar y de vestir, como si fuera personaje extraordinario. A fuerza de verlo, había tomado con él cierta confianza, que el otro aceptaba, pero sin entregarse por completo.

—¿Querría usted decirme, le preguntó una vez, por qué ustedes los calaveras son tan simpáticos a la gente, en particular a las mujeres, a pesar de la ostentación de sus vicios?

—Es muy sencillo, replicó Ito, con el tono petulante que le era natural, es muy lógico, pues nuestras cualidades amables no son sino forma que toman nuestros vicios y que sólo en ellos existe.

—¿Un cigarro?... añadió pasándole su petaca.

Desde ese instante Flores y Pascual Solís, que le tenían por truhán elegante, comprendieron la superioridad de su espíritu. Poco a poco, a medida que mi salud mejoraba, iba convirtiéndose mi pieza en salón de Club, donde charlaban, paseaban, jugaban al tresillo y murmuraban, pidiendo cada cual al mozo lo que creía conveniente, cerveza y licores. Hasta la viuda de Collarte acudió a tomar noticia de mi salud.

—¡Qué es eso! murmuró Ito, alzando la cortinilla. Miren ustedes un fenómeno: es una señora gorda con traje azul con verde morado. ¡Dios mío! ¡Por la laguna Estigia y por los siete sabios de Grecia, juro que nunca he visto monumento parecido a su capota con plu-

mas de todos colores. Debe ser la señora del Ministro del Congo...

—Es la viuda del coronel Collarte, exclamó Flores, asomándose.

—¿La viuda de Collarte? replicó Ito con fisonomía impasible. Se me figura que anda enamorada. Aprovecha, feliz mortal, aficionado al matrimonio, esta ocasión que se te presenta de los cabellos.

—Es la viuda de un militar glorioso, observó Flores.

—De un "Cis Campador", amigo de Melgarejo, dijo Pascual Solís.

Me sentía más algre que todos ellos juntos. Parecíame que, desde la noche tremenda en que intentara suicidarme, había renacido a vida nueva. Era, en todo, otro hombre, como nacido por segunda vez. Rodeábanme de solícitos cuidados. Todo era pensar en mí, cuidar de lo que pudiera agradarme, sin omitir sacrificio ni dejar de trasnochar hasta que los médicos me hubieron declarado fuera de peligro. Ahora, iniciada ya la convalescencia francamente, fueron recibidas por mí las personas que desearan verme, siempre a señaladas horas, para que el exceso de conversación no trajera nuevos accesos de fiebre, que siempre serían de cuidado.

Esa tarde, en cuanto salieron todos, me sentí feliz, entre las sábanas blancas, gozando el indecible bienestar de mi resurrección, la alegría nerviosa de quien ha salvado un precipicio. No bien me dejaron, repasé, una por una, las frases de la relación de Manuelita, repetidas por mi hermana. Las crueles agonías de los últimos tiempos, el tiro de revólver, la sangre derramada, los padecimientos físicos, para nada contaban en presencia de su amor. ¡Bienvenidos sean los dolores, decía yo entre mí, si en pos viene la inefable dicha de su cariño, la certidumbre de su amor. Ella me quiere como

yo la quiero; bien me lo ha probado rompiendo un matrimonio tan ventajoso como el que la esperaba. No es la ingrata, no es la coqueta egoísta que puso en mi mano el revólver, sino ángel, diosa que me ha sido concedida por el cielo para endulzar mi vida sin que yo sea digno ni siquiera de besar el polvo de sus piés. Cuando se acercó mi hermana con la bebida calmante, la dije al oído, muy quedo:—"Tráeme su retrato, quiero verla. " Mira, me parece que está en una cajita azul, dentro " de mi maleta, entre unas tarjetas de baile y unos " guantes rotos." El retrato fué colocado sobre la mesita, junto a unas flores, cerca de mí.

Al día siguiente, me entregaron violetas de Persia, que mandaba una señorita, preguntando por mi salud Mi hermana Soledad, al dármelas, dijo sonriendo: Todos estos días te han mandado violetas, pero no quise decirte nada, hasta que ví la imagen de la Santa en el altar.

—¡Bendita sea, que, si me ha hecho padecer, me hace tan feliz ahora!

Y cuando estábamos solos, hablaba con Soledad, refiriéndole mis amores con Tulia, evocando mis recuerdos todos, desde aquel día en que la veía surgir en mi memoria con el nimbo de sus cabellos de oro, largo el paso, destacada su elegante silueta entre las claridades tibias de una mañana de verano, refinada con todo lo exquisito de las civilizaciones superiores. Poco a poco, se iba cristalizando mi cariño, se fijaba su imagen en mi cerebro y el deseo en mi corazón, ahondándose hasta convertirse en mi vida, en pliegue de mi propia existencia. Las miradas, las frases, los recuerdos de baile, los efluvios de su esencia favorita, subían en rápidas emanaciones a mi cabeza, como si estuvieran presentes. Luego, al recordar los últimos instantes desesperados, llorábamos con mi hermana, y las lágrimas de

Soledad se cofundían con las mías en la silenciosa evocación de aquel cariño, purificado en el fuego y en el sacrificio como el oro en el crisol, hasta convertirse en luminoso destello.

Bien había comprendido ella que en mi vida se ocultaban sufrimientos. Mi madre, asimismo, lo sabía todo, con el secreto instinto de las madres, sin que hubiera sido posible engañarla con la supuesta historia del accidente. Desde mi permanencia en el campo ya vislumbró que algo de grave ocurriría, diciendo entre sí: "Sabe Dios lo que vendrá..."

Mas, ahora que la crisis había pasado, era menester confiar en el porvenir y ponerse en manos del Señor, que alimenta los pajarillos del cielo y los gusanos de la tierra.

—Me sentía contagiado por la esperanza y por los ensueños optimistas de mi hermana. El horizonte se mostraba de color de rosa. Sería feliz... ¿y por qué no? ¿Acaso la Divina Providencia había desviado la bala así no más, sin que hubiera de mostrarse la protección divina?

Pues en esos propios instantes se rompía el matrimonio de Julia, con lo cual quedaba demostrado, hasta la saciedad, el divino concierto que preside la armonía de las cosas. Ahora todo parecía mudado, como cosa de otro cantar. Si Dios me ha salvado de la muerte, y ahí es nada lo del ojo, decíame alborozado, será porque estoy destinado a grandes fines, que yo mismo ignoro Por otra parte, bien sabido me tengo que no soy saco de paja. Con mi figurita, mi entendimiento y audacia, quién sabe a dónde llegaré en un periquete...

La convalescencia fué lenta; meses transcurrieron antes que pudiera levantarme del lecho donde yacía postrado, hasta que, por fin, llegó la hora de que, recostado en

larguísimo y mullido sillón de enfermo, quedara colocado junto a la ventana cercano a la verdura del jardín, a las flores y a los árboles. Podía mecerme en apacibles ensueños, sintiendo el suave caer de las aguas en la pila, gota a gota, en días que por lo apacibles antes parecían de primavera que de invierno. Estremecíanse las enredaderas de los corredores, en tanto que el sol doraba las hojas de los naranjos con visos de oro sobre el verde bruñido.

Ya la vida se tornaba monótona; los amigos viéndome a punto de sanar, me abandonaron, uno a uno. Ahora, cansábame de leer las novelas románticas de Octavio Feullet, todas llenas de jóvenes ricos, hermosísimos, elegantes, amados con amores fatales y cosas mil de igual jaez, todas apartadas del orden común de los sucesos.

—Prepárate a una gran sorpresa, me dijo de súbito Soledad. Hay dos visitas que desean verte, pero temen molestarte...

—Pues no faltaba más, que entren lo más pronto posible.

Al punto, mi hermana, haciendo gran cortesía, abrió la puerta que comunicaba con su cuarto, y ví... a Manuelita Cortés en compañía de Julia.

No puedo recordar esa impresión, una de las más poderosas de mi vida, ni acertaría, tampoco, a expresar el júbilo unido al sentimiento que en sus divinos ojos se mostraba. Ya no era la diosa altiva de otro tiempo, sino la linda chiquilla que me quería y que había sufrido por mi causa, mostrándome cariño ya probado con creces.

Se acercó a mí, sin proferir palabra, en tanto que yo sonreía, sonreía, con la plenitud desbordada de toda mi felicidad. De pronto, sentí un sollozo; era Manuelita que tomó entre sus manos las mías. Quizá, en su ima-

ginación, reprodujo mi drama, violentamente proyectado a través del prisma de su naturaleza nerviosa. Julia dejó rodar calladamente una lágrima, en tanto que yo sonreía, feliz y conmovido a la vez—acaso, por contagio, despertaron las memorias de las agonías de otro tiempo y me apiadé de mí mismo.

—¿Me perdonas, Julia, mis disparates?

—¿Y me perdonas tú a mí?

—Bendito sea Dios que me concede instantes como estos, después de haber sufrido tanto, tanto, que ya mis fuerzas no podían conmigo. Eres libre...

—... Soy libre....

Y no nos dijimos nada más. Vió su retrato entre dos vasos de flores, en marquito de filigrama de plata, sobre una mesilla, y sus violetas. Esa hora ha sido la más pura y la más feliz de mi vida. Sin pensar en lo pasado, sin preocuparme el porvenir, sentía soberana placidez al comunicarme con ella a través de la pureza de sus miradas de terciopelo, tan exquisitamente dulces.

Se fué. Desapareció entre las cortinas su admirable cuerpo espigado, de gracia cálida y ondeante; las plumas móviles de su sombrero, se alejaron; se borró el rumor leve de su paso. Sólo quedó flotando algo de su esencia de "heno verde", y un algo de "odore di femina", alma de su recuerdo sugestionadora y ardiente.

Pasados algunos meses, ya pude salir al Parque, en compañía de mi hermana Soledad, que había sido atendida y festejada en la última temporada de invierno. Recibí los saludos cariñosos que se tributan a viajero largo espacio ausente, admiré los últimos trajes femeninos, pude bajarme a orillas de la laguna, a fumar un cigarro en compañía de Ito. No dejé de notar, por cierto, movimiento de curiosidad despertado por mi

última aventura, con lo cual me puse muy horondo y tomé ínfulas de personaje romántico.

—En fin, me dijo Ito, cogiéndome del brazo, tu aventura ha terminado bien y... mira, fúmate esta "breva" de Pártagas, es cigarro tan bueno que mueve mis sentimientos de fraternidad hacia el género humano.

—No, gracias.

—Vaya, que tonto eres.

Al cabo, pasada la aventura, tiene el mundo, que no es chico, por delante y "demás"... El fin corona la obra: serás Diputado, Ministro, Presidente, Obispo, etc. Si no, ganas, a lo menos, que lo de Julia quede definitivamente concluído; que sea la última "derniére", como el sombrero de una señora amiga mía.

Guardé silencio y bajé los ojos. Ito abrió los suyos desmesuradamente y se quedó mirándome, sobrecogido de estupor.

—Entonces... por lo visto, sigues tus empresas de antes... ¡esto sí que está bueno! Ahora sí que puedes decir con razón: "El fin corona la obra", como el pobre pendolista que tras de escribir, en pergamino, una obra maestra caligráfica, en vez de tomar la salvadera, cogió el tintero y lo vació encima: "El fin corona la obra..."

—No estoy para bromas, Ito, repuse con tono seco.

Mi amigo soltó mi brazo, quemó su cigarro y se despidió tranquilamente.

—Gracias, querido amigo, por haberme dado la última lección de ingratitud humana que necesitaba para acorazarme.

—Perdóname, Ito...

Mi amigo comió esa tarde con nosotros en el Hotel.

Volví a las andadas, aunque no en la forma de antes. Tres veces por semana me veía con Julia: dos en casa

de Manuelita, una donde las Oyanguren. Casi todos los días nos juntábamos en la Alameda, en la tarde. Llegábamos a pie, con ella y Manuelita, hasta cerca de la Estación.

Al volver nos separábamos en la calle de Bandera. Aún revive en mi memoria el recuerdo de esas tardes de invierno, con pieles, jirones de neblina, continuado trotar de coches de vuelta del Parque, las agujas grices del campanario de San Borja, las planchas de blanco mármol de las estatuas y bronces verdes. Paréceme que diviso la silueta elegante de señora en traje de invierno, que pasa a nuestro lado acompañada por caballero amigo suyo, o bien las líneas virginales de alguna de esas lindas muchachas de ojos negros, de talle fino, de pie menudo, tan frecuentes en nuestra sociedad de tono. Los jóvenes elegantes y correctos, en el vestir, pasan en pos de ellas, siguiéndolas, trabado ya ese "flirt" patriarcal que llaman 'pololeo". Hay algo inocente y provocativo, seductor y perverso en aquel mirar sonriente de las mujeres, como enviando caricia a la par que encendiendo las alas del deseo. Parecen decir: "Acércate". "Ven", junto con revelar desmayos de la voluntad y ofuscamientos de sensualismo.

Sentíame orgulloso de que me vieran con ella, de que supieran mis amores, de que se corriera mi matrimonio como novedad del día. La vanidad, oculta en el fondo de todo amor, subía a la superficie estruendosamente. Diríase que, al vernos, inacabable coro voceaba por todos los rincones de la villa: Julia está enamorada de Antonio Fernández. La reina de moda, la niña sin la cual no hay fiesta completa, ni baile "chic", la que acaba de romper estrepitosamente su matrimonio, está enamorada de Antonio Fernández. Me parecía notarlo en el saludo respetuoso de grupos de jóvenes que cruzaban entre la multitud elegante de las horas de la

tarde; en la sonrisa de sus amigas, en la cabeza que salía de un coche para saludarla. Hasta el polvo levantado en las lejanías opalinas contribuía, como nimbo, a mi coronación y a mi triunfo.

Manuelita se extasiaba con las puestas de sol, en la Alameda. Andaba muy entusiasmada con la pintura, que las señoritas de Santiago cultivaban entonces con entusiasmo. Hasta había tenido valor de exhibir en Exposiciones de Pintura dos o tres cuadros con flores y espejos pintados. Uno, que representaba manojo de crisantemos, había obtenido mención honrosa, gracias a la utilidad y oportuna ayuda de su maestro. Le daba por ahí. Casi no hablaba sino de pintura.

—Mire, Antonio, me decía, aquella magnífica puesta de sol. Es un Corot que vale, a lo menos, veinte mil francos. ¿Cree usted que no llegaré a pintar cosa parecida?

—Por supuesto, contestaba yo. Hasta creo que no faltaría por ahí, quien diera cien mil, si los tuviera.

Una tarde me dijo Manuelita con mucho misterio, guiñando el ojo:

—Mañana iremos al Cerro Santa Lucía, a las ocho en punto. Me propongo pintar un gran paisaje. Llevaré mi caja de colores, piso y caballete. Vaya, con eso me ayuda, le pagaré bien. Su nombre pasará a la inmortalidad junto con el mío.

No me hice, por cierto, de rogar. A la mañana siguiente, de madrugada, ya esperaba a mis amigas, a la subida. Entre la inmensidad de notas verdes de pimientos, de eucaliptus y de acacias, se deslizaban rayos luminosos, formando arabescos. Gorjeaban los pajaritos escondidos entre ramas, en tanto que mi corazón se consumía de impaciencia. Un espléndido sol, un sol de primavera naciente, levantaba, muy lejos, leves cendales de neblina entre las alamedas de los campos, con-

vertidos luego en vahos luminosos. Soplos de frescura me ensanchaban el pecho y me refrescaban la cabeza ardiente de esperanzas y de ensueños. Sentíase, a la distancia, rodar de carretones, trote de los lecheros, rumores de tranvías en los rieles, gritos de muchachos pregonando periódicos, así como ruido de picotas de trabajadores en un solar vecino. Contrastaba todo esto con la tranquilidad primaveral de aquel rincón apacible donde cantaban los pájaros y arrojaba, sobre el césped su lluvia de agua una manguera de cauchuc. Las palmeras hacían vibrar sus hojas filamentosas estremecidas por el viento.

No sé cuánto aguardaría; mas, el tiempo se me hacía eterno, en aquella soledad turbada por el rodar silencioso de coches del servicio público y por el paso de algunos estudiantes. En uno de los muchos paseos que daría, sentí, por la espalda, rumor leve de pasos y eco de voz infantil. Julia venía con Manuelita, que hablaba por cuatro. Vestía Julia traje-sastre de paño azul marino de falda lisa que caía recta; llevaba en la cabeza sombrero de estilo español que era entonces la última nota de la moda del día, sombrilla y guantes gris-perla. Sus ojos, a través del velo, deslizaban aquel su mirar aterciopelado, de dulces fulgores, contraída la boca por leve mohín desdeñoso, que tanta gracia le daba, sobre todo cuando a él se unían los hoyuelos de las mejillas formados al sonreir. Desde lejos dominaba su airoso porte, su andar acompasado, su talle esbelto de líneas llenas, sobre el cuerpecillo pequeño de Manuela. Sentíase el crugir de la enagua de seda, el asomar rozando el borde de la umbría de unos piés muy delgados, junto con el resbalar de la luz sobre las ondas de sus cabellos, en tanto que leve perfume de su esencia favorita se adelantaba como heraldo impalpable que la anunciara.

Ambas me saludaron con la mirada, y con sonrisa sencilla.

—Ustedes me han sorprendido, les dije. Creía que vendrían en coche.

—Preferimos andar a pie, respondió Manuelita, sobre todo yo que necesito adelgazarme...

—¿Adelgazarte? interrumpió Julia, ¿con qué objeto?

—Mira, niña, me estoy poniendo muy gorda. A poco, a poco, voy a rodar como bola de billar. Soy como el personaje de la zarzuela: "Enflaquecer o morir" es mi divisa.

¿De qué hablamos? No lo recuerdo. Sólo sé que en cuanto llegamos a la meseta del teatro, se bajó de un coche de posta el sirviente que esperaba con la caja de colores, el caballete y el asiento de tijera. Luego trepamos por uno de esos laberintos en que los árboles cruzan sus ramas en obscuridades misteriosas, cortadas, a trechos, por lampos de luz y por trozos de cielo, de un cielo todo suavemente iluminado como tela de celeste raso. Las yerbas, los musgos y los helechos silvestres trepan por las laderas, suave olor de tierra húmeda nos sobrecoge entre brisas matinales. En lo más avanzado de una meseta, ante un claro que nos mostraba la ciudad del lado de la Cordillera, puso el caballete Manuelita, colocó el cartón, abrió la caja de lápices y colores, el asiento de tijera, y, dando la espalda al paisaje, se sentó en frente de nosotros, que nos hallábamos en un banco. Así procedía en todo, con carácter lleno de viveza, que vivía de lo imprevisto, haciendo siempre lo contrario de lo que hiciese cualquiera.

Julia tenía sobre la falda una novela inglesa, "Jane Eyre", la admirable obra de Currer Bell.

—¿Para qué trajiste libro? le pregunté, con tierno y suave reproche.

—Para entretener el tiempo, mientras Manuelita pintara.

—¿Y yo?

—No esperaba encontrarme con usted. Si lo hubiera sabido, tal vez no estuviese en este lugar.

—¿Por qué?

—Porque no sería correcto.

En mi fuero interno, me agradaba sentirla así. La educación de las mujeres de nuestra sociedad de buen tono, en este punto, es admirable. Los sentimientos de la delicadeza y del pudor, llegan a la altura de culto.

Después de un rato de charla, de broma, y de risa, Manuelita se puso con toda seriedad a dibujar su paisaje, recomendándonos que "nos portáramos muy bien".

Luego, sentados en aquel rincón obscuro, bajo los árboles coposos, en esquiva y apartada soledad, volvimos a repetirnos, en sordina, una de esas canciones de amor siempre las mismas para todos los enamorados y siempre nuevas. Tomada entre mis manos su mano delgada y larga, pero de carnes llenas y duras, en cuyas nerviosidades se presentía la energía; poco a poco, sin quererlo, sin saberlo, su cuerpo se fué acercando al mío, sentí la tibieza y la blandura de su carne, el soplo de su respiración junto a mi rostro, mi brazo se deslizó bajo su talle, ese talle tan sutil y que, sin embargo, ponía de relieve formas anchurosas y redondeces, líneas esbeltas, atrevidas y elegantes. Su hombro se deslizaba hasta rozar mi pecho, en tanto que yo, suavemente, me puse a besar, sin hacer ruido, con religioso respeto, los rizos locos y sueltos, los crespitos de su cuello, esos cadejos sueltos que había contemplado tanta veces en el esplendor de su gracia fugitiva. Estremecióse toda entera y sentí, en ella, suave desvanecimiento de la voluntad, el mismo delicioso desmayo del ánimo que a

mí me invadía. Luego, mis labios se posaron sobre sus mejillas, y bebí, embriagado, su frescura; parecíame sentir perfume del vinagre de "toilette" de Lubin con sensación del agua helada y leve, acre perfume de polvos de arroz...

—¡Antonio! gritó de repente Manuelita.

—... venga usted a pintar en lugar mío, porque estoy cansada a más no poder.

Luego, sin agregar más, se paró, acercóse a nosotros bailando aquello de las Tres Ratas en la "Gran Vía", y nos amenazó con el dedo.

—Vengan a ver el paisaje, no más, que si no, les castigo.

Como nos acercáramos a ver su obra, la tapó vivamente.

—El mío no, que está recién principiado. Este otro.

Y nos mostraba con la mano las casas de la calle Villavicencio, con huertos y árboles, la callejuela del Rosal, un blanco mirador antiguo, la hermita de Pedro de Valdivia, unos molinos lejanos, a la orilla del río, del lado de San Cristóbal, entre álamos. Alternábanse las manchas de verdura con edificios viejos; los pinos del norte se destacaban en el cielo transparente con hileras de ramas encrespadas como plumas; grupos de naranjos y de limoneros sobresalían de las viejas tapias, en tanto que el manto de bruma de los alrededores de la ciudad comenzaba a disiparse, roto ya en jirones por rayos esplendorosos del sol de primavera.

Luego nos despedimos, ellas partieron por su lado y yo por el mío. Serían las diez de la mañana, hora de oficina. Aquel día no almorcé.

Ejecutaba mi trabajo maquinalmente, ocupada la imaginación en mis recuerdos, dado por completo a ensueños, repitiendo imágenes como si mi cabeza no fuera sino máquina reproductiva de sensaciones. En la no-

che estaba tan cansado como si hubiera llevado a cabo enorme trabajo.

Al siguiente día, esperé toda la mañana inútilmente; mis amigas no aparecieron.

Dos días más tarde, volvimos a encontrarnos donde las Oyanguren.

—¿Por qué no volvió al Cerro, Julia?

—Porque no debía ir. No pongas esa cara... toma este jazmín del Cabo. Mira, tenemos mucho que hablarnos.

Era frecuente ese cambio de tratamiento entre nosotros, unas veces de "tú" y otras de "usted". Luego, dimos unas vueltas de vals, llegaron otros jóvenes y la charla quedó interrumpida.

A los pocos días, nos encontrábamos nuevamente, en el mismo sitio. Julia quería permanecer junto a Manuelita, más, luego conseguí arrastrarla a nuestro asiento, escondido entre los bosquetes de árboles.

—No quería venir, me dijo, pero lo hice. Sentía impulso más poderoso que yo, tanto que me era imposible dominarlo. Sé que es muy mal hecho, que no debo hacerlo... No sabes cuánto he llorado, he rezado a la Virgen y he pedido perdón de mi culpa. Es muy malo... pero no he podido dejar de venir.

—Calla, que eres una paloma, la dije, dándole un beso y otro beso. Calla si esto nada significa, me haces feliz y nada te cuesta... ¿Qué no me quieres?

—Tonto...

Y mis labios buscaban en silencio a sus labios, en afán desesperado de confundirme con ella, de anularme, de desaparecer de la faz de la tierra, de morir en sus brazos. No sé po rqué, en esas horas supremas en que la felicidad rayaba en agonía, asociaba siempre las efusiones de amor con vislumbres de muerte.

¡Cómo reviven en mí esas horas en que las miradas

se cruzaban con las miradas, en que los suspiros se enlazaban en los suspiros, como prolongación del abrazo de nuestros cuerpos y de la unión de nuestras almas!

Ya no volvimos más al Cerro Santa Lucía. Manuelita se cansó, a los pocos días, de su paisaje, porque no le resultaba como ella quería.

Entonces sí que me sentí abandonado. Ya no me satisfacían las entrevistas breves y demasiado correctas de las noches de recepción. Sentía, en el alma, inmenso vacío. Mientras más alcanzaba, más anhelante me ponía. Aquello que me hubiera vuelto loco de dicha un año antes, me parecía, ahora, poca cosa. Y sentía la nostalgia de sus besos, el roce leve de su carne, de tener entre mis brazos las morbideces de su cuerpo, de sentirla mía, castamente dada, en cuerpo y alma. Luego, al verla cruzar del brazo de otro en medio de atenciones y de festejos ceremoniosos, me exaltaba hasta lo infinito al recordar la desmayada palidez de su abandono, el estremecimiento de su sér, al contacto de mis labios en el boscaje obscuro.

En la noche su imagen me acompañaba hasta en los sueños, entre sensaciones exquisitas, desvanecimientos del sér, refinamientos de colores, de luz y de sensaciones de todo género, en un extremo de lujo desenfrenado, de elegancia perfecta, de voluptuosidad sabia y completa. Su pudor y su delicadeza moral daban nota imprevista a ese género de sensaciones idealmente perfectas. La obsesión de mi amor, exaltando mis nervios, me conducía a estado tal que amanecía quebrantado y roto.

Una tarde quedé de encontrarme con Manuelita en el Parque Cousiño, en una de las avenidas laterales, al día siguiente.

Serían las cuatro y media cuando ambas llegaron en victoria arrastrada por tronco de magníficos alazanes

dorados de grande alzada y nervioso cuello. Mi cochecillo esperaba cerca, en el punto en que la raya blanca del camino se pierde en la verdura. Los árboles formaban en aquella parte sitio apartado y esquivo, próximo al rincón en que la cerca viva de zarzamora forma verdadero reducto casi impenetrable. Un montículo se alzaba no lejos. A unos quince pasos había grandes piedras que formaban como banco natural. Ahí se sentaron mis amigas, después que yo hube colocado a su espalda mi abrigo de verano, sobre el césped. Ambas venían de una gran "matinée" con que se había celebrado el matrimonio de Concha Garcés.

—¡Qué lindo traje llevas! exclamó Manuelita, debe ser europeo.

—No. Pero ha sido copiado de uno que trajeron a mi hermana de París, hecho por "Doucet".

—Ese es el que ha destronado a Worth y a Pakin.

—El sombrero sí que es de Melville.

A mí me entretenían sobremanera estas charlas insubstanciales de mujeres tratando de modas.

—Estás adorable, Julia.

Era la verdad. Su admirable traje de punto negro tenía falso de seda blanco, sobre el cual los dibujos de las aplicaciones de encaje parecían tela labrada por mano de hadas. El negro era entonces traje exigido por la curia para la asistencia a matrimonios. Los delgados y largos piés, calzados con finas zapatillas de charol, uno encima de otro, permitían ver, a través de la media de seda negra, la transparencia de alabastro de una garganta de pie fina, que se redondeaba suavemente. La falda, al caer, ceñía su pierna y su cadera, modelando sus formas como lienzo húmedo en manos de escultor inteligente, señalando curvas, esbozando morbideces...

—Me voy al montecillo, luego vuelvo, dijo Manuelita, y desapareció por el camino.

Sentado junto a ella, cogí su mano enguantada de blanco, deslicé mi brazo por su talle, prolongando lo más posible las sensaciones de refinado lujo que me subían por la vista: la transparencia de su carne al través de la media, el reflejo de luz sobre el charol nuevo, las líneas llenas de su cadera. Acerqué mi cuerpo a su cuerpo, con suave, impalpable presión. Luego, abandonándola, me senté en el suelo, coloqué, suavemente, sus piés sobre mis rodillas, besé las suyas, sus manos, me ofrecí como siervo, para adorarla, y poniéndome de nuevo a su lado, la estreché contra mi pecho, en tanto que ella hacía movimiento nervioso, oblícuo, para ceñirse mejor a mi cuerpo y alzando el velo, me ofrecía sus labios con ojos entornados. Debí morir en ese instante en que las más exquisitas sensaciones físicas y morales, sensaciones de luz, sensaciones de lujo y de elegancia, las de la vanidad en lo que tiene de mórbido, las del amor en lo que tiene de exquisito, las de la imaginación en lo que tiene de alado, se funden en algo tan fino que es, casi, como extinción del ánimo en total aniquilamiento a fuerza de aguzar las sensaciones y de sutilizar los sentimientos del sér humano.

Cerré los ojos; estaba desmayado. El empobrecimiento de mi sangre no me había permitido resistir impresiones tan fuertes. Muchas veces maldije la herida que me había dejado tan débil y a mal traer.

Manuelita, según luego me contaron, en cuanto la hubo llamado Julia, se puso a dar gritos. Mi prima conservó por completo la sangre fría, haciéndola callar. Se dirigió a una acequia cercana, empapó en el agua su pañuelo de encajes y me lo puso en la frente, en tanto que con el abanico de su amiga me daba aire con viveza. De ahí a poco, vuelto en mí, pasado ya

el susto, nos separamos. Esa fué la última vez que nos vimos a solas.

En vano imploré entrevista una y otra vez, Julia no quiso concedérmela. Permanecía con toda la inflexibilidad de resolución inquebrantable, de una de esas resoluciones propias de su carácter de acero.

Entonces comenzó, para mí, la desesperación del goce vislumbrado, de la dicha entrevista, del anhelo realizado a medias, que devora como escorpión, que martiriza y atenacea las entrañas, mostrándonos esa felicidad ilimitada, percibida a través de lo limitado de un goce. Caí en la nostalgia de sus caricias, en la sed desesperada y rabiosa de sus besos, en los ardores insaciados que consumen el espíritu y el cuerpo con la rapidez de mecha ya falta de aceite. Mis sueños se poblaron de visiones amorosas, de caras sonrientes, de cuerpos mórbidos que huían, de sirenas que provocándome se escapaban. Sentía rumor de besos, sensación de brutales y ruidosas caricias, algo que, en la imaginación, cobraba fuerza vivificadora de realidad, de tal manera que despierto veía y palpaba todo aquello, como alucinación de enfermo.

. . . . . .

Una tarde en que Julia tocaba la romanza de Mignon: "Connais tu le pays"... le pregunté muy quedo:

—¿Querrías casarte conmigo?

Ella, sin mirarme, contestó fríamente:

—¿Qué te ha dado? ¿Estás loco?

—Sí, estoy loco, la dije. Si no lo estuviera, ¿acaso me hubiera dado un balazo por tí? ¿acaso te habría seguido cuando supe quién eras? ¿acaso hubiera vuelto después de mi resurrección?

—Pero niño, me dijo, la vida es muy prosaica. Tienes exigencias que ni tú ni yo podemos salvar impunemente. No queda más que un remedio; trabaja. Has

lo que han hecho tantos otros, muchos de los cuales no valen lo que tú... Después veremos.

Y sin decir más, comenzó brillantemente una pieza de Litz.

CAPITULO XVIII.

FIEBRE DE ORO

A TRECHOS, veía, de manera clara, los Andes, de caprichosas manchas azuladas envueltas en dorada bruma que se deslizaba, como gasa, al pie de la cordillera; a trechos, nada veía, dado como estaba a imaginaciones que, de algunos días a esa parte, venían acosándome con ansias de fiebre y congojas de pesadilla devoradora y siniestra. Nunca, tal vez, se presentó el dinero como a mí en ese instante. Parecíame ver, en insomnios, el deslumbrante resplandor del oro, oía rumor sonoro de monedas, en argentina y armoniosa serenata. Cascadas, montes de oro se presentaban a mi mente enferma—positivamente enferma—y sobreexcitada con los últimos sucesos. Mientras andaba, con paso mecánico, por el Tajamar, cubierto para mí el panorama con velo, discurría interiormente sobre distintos palacios que eran de mi agrado y que se hallaban en venta. Hubiérase dicho, o que estaba enteramente loco o bien resuelto a comprarlos en breve término. Pero no estaba loco, y, sin embargo, me deleitaba interiormente en discurrir sobre el color y las líneas de los muebles con que adornaría los salones de uno que especialmente

me fascinaba. Estilo y forma Luis XV, eran de mi agrado, sin que por eso me disgustaran armarios y "bahut" tallados del siglo XVI, espejos venecianos del siglo XVIII, tapicerías D'Aubusson, gobelinos, platos de piejo Sevres, porcelaas de Sajonia y Capo di Monti, abanicos pintados en cabritilla, del siglo XVIII, armas cinceladas en fábrica de acero de Milán. Estas y otras semejantes cosas pasaban por mi cerebro que ardía, convertido en espejo de lujo, en hornilla donde hervían formas varias del dinero como ingredientes en crisol de químico. Mi vista saboreaba de antemano combinaciones suaves y armoniosas de colores en muebles, cortinas y tapices. Recordaba, con sus detalles más ínfimos, cierto salón de cortinaje y de muebles rojos, con dibujos y figuras lila pálido, tejidos a imitación de gobelinos; el artesonado del techo era de color café con finas hiladuras de oro. Algo así tendría yo cuando pudiera. En punto a caballos, si bien los de moda son rusos, de cuerpo bien proporcionado y pequeño, prefiero los Cleveland, de grande alzada; de los árabes, no hablemos. Al mismo tiempo, repasaba distintas victorias de paseo, anotando las que por su forma y su color me agradaban particularmente.

Al llegar al extremo del Tajamar, hube de pararme ante obreros que comían en el suelo, con lo cual me aparté desagradablemente de mis imaginaciones, para volver a ellas en seguida, momentos después. Apenas se sentía la visión confusa de edificios de molino con muchísimas ventanas, de alamedas obscuras, del lecho por el cual se deslizaba el río en varios hilos desiguales de agua barrosa, entre manchones de piedras. La parte de ultra-Mapocho mostraba la miseria descarnada de los barrios pobres, casas de propietarios modestos y de pocas creces, hervor de mujeres harapientas y de chicos revolviendo basurales con palos, con todo lo cual

mi ánimo se apesadumbraba y con más ahinco tornaba a las imaginaciones que de algunos días a esa parte se habían adueñado por completo de mi sér.

¡Ah! ¡sí! una cosa se me olvidaba, y era, precisamente, algo indispensable para los amigos, en el palacio que yo tuviera. ¿Cómo había podido olvidar la pieza de billar? ¿Acaso yo mismo no había tomado el taco infinitas veces en la casa de las Oyanguren y en otras por el estilo? Dábase un sabor especial de elegancia al ver a la señora cogiendo el taco y jugando carambolas, con ceño fruncido y cierto airecillo varonil que añade nueva gracia al juntarse con fragilidades femeninas. Una sala de billar era indispensable, con entarimado al rededor y los bajos sofáes de cuero, de estilo inglés.

Recordaba, entonces, no sé por qué la traza elegante y desenvuelta con que Enrique Sánchez del Río giraba en torno de la mesa, con el taco en el aire y la cabeza echada atrás, buscando el modo más favorable de hacer una billa.

De repente, el choque brusco, o el codazo de alguna persona me hacía volver a la realidad, sacándome de imaginaciones en que me sumía con frente ardorosa y la imaginación excitada.

Almorzaba, luego, de mala gana, todo desatentado y sin apetito, para irme en seguida a la oficina, donde hacía pagos, contaba billetes, arqueo de Caja, canje con Bancos, etc. Ahora todas las formas de la vida, todos los pensamientos, para mí, convergían al asunto del dinero que sólo en este instante comprendía en su inmensa gravedad. Nunca me había faltado, hasta ese momento, con qué satisfacer necesidades sociales así como exigencias de lujo, si bien a costa de sacrificios y de no pocos sinsabores.

Desde la última conversación con Julia, ya le toma-

ba por completo el peso al problema. Pasados los primeros instantes del enojo, me puse a meditar con calma, comprendiendo, luego, que la razón estaba enteramente de su parte. Era, de la mía, locura esto de pensar en matrimonio antes de procurarme posición independiente y holgada. Naturalmente, holgada llamaba yo la vida de lujo, tal como la exigía el mundo, un mundo en que sobre todo se aprecia las ostentaciones y las vanidades brutales del dinero. Mi criterio, enteramente falseado por el medio ambiente, no cencebía vida sin fortuna, sin ostentación y sin boato; despreciaba hasta la inteligencia en sus diversas manifestaciones, miraba en poco la gloria militar, hasta el punto de que me avergonzara de verme en compañía de algunos gloriosos soldados de la campaña del Perú, que habían venido a menos. Así, lenta y pausadamente, la enfermedad del centro en que vivía, la fiebre del oro, se enfiltraba en mis venas de manera segura y firme, despertando apetitos, encendiendo vanidades, dando mórbida sensibilidad a los deseos. Yo, que había llegado a la capital con inocencias y rubores de niño, ahora me sentaba a una mesa de juego, donde perdía quinientos pesos, sin pestañear siquiera, perdía y no pagaba, le debía a cada santo una vela con el impudor alegre de los desvergonzados y sin conciencia. Sin saber cómo, iba olvidando uno o uno los escrúpulos que antes me defendían porfiadamente la dignidad. Miraba en menos, y como cosa para poco, a cuantos carecían de fortuna. Aplaudía las que habían sido improvisadas con golpes de audacia, en operaciones arriesgadas de bolsa, hechas con dinero ajeno. Contábase el caso del señor Menéndez, antiguo Ministro, y del señor Cerezedo, Senador, que se habían hecho millonarios jugando con fondos de un Banco, a medias con el gerente; todos les consideraban y adulaban; llovían

sobre ellos favores oficiales, a la vez que respetos y adhesiones sociales. Era verdad que el pobre Leonardi, sub-gerente del Banco Universal, hubo de pegarse un tiro a consecuencia de fuertes pérdidas hechas por un Corredor de Comercio, con quien tenía ciertas conocidas trapizondas, pero el asunto no era para tomado en cuenta, entre tantísimos otros que surgían. Habíanle mirado como ente raro, y no faltó quien le tachara de loco.

Las cosas llegaban a tal punto que, abandonados los esfuerzos del ingenio, del mérito y de la virtud, nadie consideraba lo que no mira al provecho. Los nobles sentimientos de ideal, del deber, de la familia, de servicios prestados con espada en campos de batalla, o con pluma en periódico y en libro no contaban, ni había para qué hacerlo, dada la adoración del dios del oro, en presencia de muchedumbres envilecidas y postradas ante la fascinación de los escudos. Al infeliz que se apartara del camino no le saldría la cuenta muy galana que digamos.

A tal extremo habían llegado las cosas, que los asientos del Congreso eran obtenidos en subasta pública, vendidos los electores al que pagara más, en mitad del arroyo, en presencia de las juntas receptoras de sufragios, sin pudor ni velo de especie ninguna, derrotándose a los oradores más elocuentes y a los ingenios más preclaros con el simple rumor de las monedas. Hasta la Jefatura del Estado había venido a parar en almoneda, no pudiendo llegar a ella sino los que fueren lastrados de fortuna. Habíase destruído el sosegado equilibrio, y roto la honrada disciplina de la conciencia, al dar en aquella desatentada y ciega adoración del oro.

Mirando al fondo de la mía, cuando menos era muy de recelar que yo estuviera contaminado con la influencia

del medio, saturado el cuerpo de emanaciones malsanas, envilecida el alma por aspiraciones y sentimientos degradados que vagaban por la atmósfera. La fascinación del dinero y la fiebre del oro me tenían agarrado como a todos. También experimentaba respeto instintivo por las grandes fortunas, me complacía en andar con bodoques de buenos capitales, en reirles sus gracias, en aplaudirles tonterías, en comentar sus actos, en mostrarme con ellos en público. A buena cuenta que no era grande el provecho alcanzado, mas, con todo, millares de incautos hacían otro tanto, sumidos en la misma respetuosa y ciega adoración, instintivamente, y sin darse cuenta de ello. Hasta ví el espectáculo lastimoso de un General de Ejército que cedía la vereda al mozalbete de quince años, hijo de millonario. ¿Qué mucho que yo, a mi turno, cediese a la corriente?

Ahora, ese vago sentimiento de la atmósfera hallaba en mí la presión de una causa aguda, que le hacía condensarse. Mis refinamientos de sentimental me habían traído, poco a poco, por camino de pasión, a un estado de ánimo enteramente nuevo. Desde que mi cariño por Julia se había estrellado con la falta de fortuna, brutalmente, mis facultades todas habían tomado dirección nueva. Mis apetitos se habían aguzado, mis sentidos mostraban condiciones peculiares, en relación con las necesidades de mi organismo entero.

Había sacrificado por Julia cuanto es dable exponer en este mundo, había querido morir ante la perspectiva de las agonías lacerantes de verla en brazos de otro y luego, roto su matrimonio, seguro ya de su cariño, después de haberla tenido entre mis brazos, los labios unidos en un beso, en el beso infinito y delirante de mi idilio nuevo, todo se desvanecía en el escollo brutal de la fortuna.

Era cosa de volverse loco, de no conformarse nunca. Y me era imposible vivir sin ella. La llevaba incrustada en el alma, como esas medallas de virgen que una bala hunde en el pecho del soldado. Por eso, volvía y revolvía, sin cesar, la imagen de Julia en mis ensueños; soñaba con palacios, carruajes y galas para ella; me complacía en una contemplación de sueño de hadas, reunido lo exquisito y refinado en torno de ella, y para ella, extendiendo ese estado de ánimo soñoliento que me hacía vivir a modo de sonámbulo, prolongándolo con la lentitud con que se paladea un vino generoso.

Y lo que más me desesperaba era que, junto con excitar la imaginación hasta el delirio casi, con vida del ensueño, destruía por completo los resortes de acción, desmayado y sin alientos para cosas prácticas, aflojados los que llevan a acometer y realizar empresas de provecho. Doble y tremendo fenómeno que yo contemplaba con dolorosa lucidez y sin poderlo evitar, arrastrado por la corriente de la vida.

Pascual Solís, con quien me veía en ocasiones, me dió el sano consejo de concluir mis estudios de leyes, un tanto abandonados. "Una vez que te recibas de " abogado, me decía, ya será otro cuento; puede ser " que alcances algún destino público y quedes en estado " de casarte. Si Julia te quiere, sin duda rebajará un " punto sus pretensiones y ustedes serán felices."

Yo movía la cabeza melancólicamente; bien se dejaba comprender que, al hablarme de este modo, Pascual lo hacía sin convicción alguna, con el mero propósito de consolarme, allanándome dificultades.

Con todo, volví a mis estudios, recibí título al cabo de algún tiempo y pude considerarme como de provecho. En ese instante vine a comprender que formaba parte del más tremendo de los proletariados de ba-

chilleres y de profesionales. Tenía en mis manos la miseria en un título, alimentado por la negra honrilla.

Prudentemente había solicitado dos meses de licencia, primero, y luego otros dos, para iniciarme en las tareas del foro. Halléme, un buen día, con que había pasado seis meses, con bufete abierto y sin causas; miré en torno mío y ví la competencia horrible de unos cuantos míseros, de traje descolorido y roto, que se despojaban mutuamente de asuntos de mínima entidad que no les daban para sustentar aquella su apariencia desastrada. Eran víctimas todos ellos del título profesional. Su diploma y la negra honrilla les impedían treparse al pescante de un coche, coger una barreta, hacer algo útil, y se morían materialmente de hambre, o estaban dispuestos a todo a trueque de un empleo; negra caterva de proletarios de levita que aspiran a vestirse la casaca de jenízaro en la guardia de cualquier Sultán.

Comprendí entonces que la sociedad chilena había descuidado el problema gravísimo de la educación de la juventud, sacrificando la enseñanza práctica, los conocimientos que sirven en la lucha por la vida, y los industriales, por dar educación a medias, con pretensiones de académica, y un cartón inútil que será la agonía y la carga del miserable proletario profesional; cartón tan frágil y que no puede romper, por los sacrificios que le cuesta; cartón tan ligero y que le cierra los caminos positivos; cartón tan liviano y que pesa sobre sus hombros angustiados como la más honda de las desdichas.

La sociedad se desarrolla, la juventud se multiplica, y continúa subiendo, en progresión geométrica el número de profesionales inútiles, sin guardar relación alguna con las necesidades, sin tomar en cuenta pro-

porciones económicas, con inmenso desgaste y derroche de fuerzas.

Como si esto no bastara, se da el espectáculo doloroso de algunos artesanos y personas modestas que, creyendo ascender en la escala de las vanidades sociales, hacen profesionales inútiles y peligrosos, de hijos, que hubieran podido vivir holgadamente en el camino de sus padres. Las leyes, en vez de restringir, favorecen un estado de cosas que, con destruir el equilibrio social, arroja a la superficie muchedumbre de aventureros dispuestos a todo, sin Dios y sin conciencia, atropellándose, arrebatándose mendrugos de la boca, entre gritos de agonía y sollozos de niños y mujeres que vienen a complicar, con matrimonios impremeditados, las angustias de un carnaval sangriento y lúgubre.

Cuando me ví mezclado al traqueteo de abogadillos de mínima cuantía, entre jureros falsos y tinterillos sin conciencia que todo lo defienden y encuentran argucias en la anticuada estructura de nuestra legislación gastada y rancia, entonces volví los ojos desesperadamente a otra parte. Necesitaba hacer fortuna, pero la buscaría por otro camino. No veía la hora de volver a mi oficina de la Tesorería, con sueldo fijo, puntualmente pagado, con lo cual, a lo menos, sostenía mis gastos. Así lo hice.

Con todo, a vuelta de muchas cavilaciones, tomé la resolución de romper para siempre con Julia, apartando de mí ese cariño imposible, acabando, de una vez por todas, aquella mi existencia de continuada angustia. No poco trabajo me costó resolverme. Una vez tomado el propósito, traté de llevarlo a cabo, desviándome de su camino. Varios días pasé sin salir a parte alguna, sumido en noche negra, llena de congoja el alma, con la misma tristeza que se siente cuando nos deja

un sér amado. En días de duelo miramos con atribulado sentimiento el sitio vacío, antes ocupado, de la mesa, el cubierto que falta, el callado sosiego de las habitaciones, la obscuridad peculiar de días de tristeza, con ventanas entornadas, y la sombra se dilata por el alma entre las ansiedades de lo irreparable que nos negamos a recibir como hecho consumado. Pasábame algo parecido, sentía inmenso duelo, dentro del alma, en esas horas en que quise romper para siempre con mi prima. Días antes había conversado largamente con Manuelita Cortés, refiriéndole junto con mis cuitas, el propósito de acabar, de una vez por todas, con un cariño que semejantes pesares me traía. No bien se lo dije, me arrepentí de lo hecho, temiendo lo contara a Julia, con lo cual bien pudiera abrirse abismo insalvable: contradicción que demuestra cuán poco seguro me sentía de perseverar en mis propósitos.

A cada instante me parecía verla, a cada instante recordaba sus frases, el sonido de su voz, sus gestos, sus vestido, el olor de su perfume favorito, como se recuerda un muerto idolatrado, y honda sensación de angustia se apoderaba de mi sér. ¡Ah! ¡nó! Bien comprendía que apartarla de mi cariño, arrancarla de mis ensueños, era como sentirme en los brazos helados de la muerte, o quizá mucho peor.

A los cuatro días, peseándome por la Alameda en compañía de Ito, ví pasar su victoria. En ella, junto con Manuelita Cortés, iba mi prima, reclinado el cuerpo sobre el paño plomo, apoyado su largo y fino pie sobre un cojincillo bordado. Al llegar junto a nosotros, se detuvo el coche, y me dijo Manuelita, haciéndome una seña con la punta de los dedos:

—No deje de ir esta noche a casa, Antonio.

—Gracias, iré...

Julia, entre tanto, sin decir palabra, sonreía, viendo

tan fácil su triunfo, deshecho el castillo de mis resoluciones con una mirada suya, con sólo presentarse, con la ráfaga de esencia desprendida de su traje al pasar.

Mi sacrificio de cuatro días había rematado en eso, en tanto que me sentía feliz de ser vencido, de faltar a mis juramentos y a mis resoluciones, cerrando los ojos, y dejándome arrastrar por la corriente de la vida, resuelto, en todo, a no luchar más en contra de lo que parecía inevitable.

Nos encontramos, y acabaron de fundirse mis resoluciones en la alegría infinita de sentirla cerca, en la vanidad de verla elegante y admirable—a ella que era mía. Luego, el apretón furtivo de manos, el beso dado, a hurtadillas, entre las obscuridades de la galería vidriada del jardín, aquel bajar de ojos para hacerme una pregunta en voz muy queda...

—¿Que ya no me quieres? ¿Por qué te habías escondido estos días?

Más tarde, nos volvíamos a pie a su casa, cogida ella de mi brazo, calladamente, en la infinita dulzura de sentirnos juntos bajo el cielo tachonado de estrellas, rimando con los pasos la unidad de sentimientos de las almas, en música silenciosa. Y nos separábamos.

Mas, de ahí a poco, brotaba furiosamente dentro de mi alma el propósito de hacerla mía. Despertaba en los antros obscuros de mi sér la nostalgia de sus besos, el recuerdo quemante de sus labios, el ansia de beber en ellos, de sentir, junto a mí, como se modelaba su cuerpo en ondulaciones nerviosas, para quedar más cerca, más unida, más mía. La esterilidad de mis esfuerzos se destacaba entonces con intenso relieve. Era menester que conquistara fortuna a toda costa sin pararme en barras, ni detenerme ante escrúpulos de ninguna especie, para que fuera mía.

Ensayemos algún otro camino, me dije. Bien valdría la pena de arriesgarse un poco en la Bolsa. Rafael Niervalssen, había formado una fortuna cuantiosa con acciones de salitre. Elías Oyanguren debía su dinero a la mina Mangacha. Ricardo Prieto Dawson se había enriquecido, así mismo, en juegos de bolsa. ¿Por qué no habría yo, a mi turno, de arriesgarme en ellos? Era verdad que no tenía capitales de ninguna especie, mas... Entonces, por primera vez, se diseñó en la imaginación excitada por la fiebre de oro, la idea de sacar dinero de mi caja. Palpitábame con furia el corazón; no, eso no era posible, era crimen, abuso de confianza, deshonra para mi nombre. Mas, luego, esa idea rechazada, volvía envuelta en sofismas, no tan cruda como al principio. Niervalssen me había explicado los juegos a la alza y la baja, comprando gran número de acciones para arriesgar diferencias. El toque estaba en que yo escogiese un negocio completamente seguro, de esos en que se arriesgue poco y se pueda ganar mucho.

Mis noches eran a menudo de insomnio. La persistencia de la idea fija me acosaba de tal manera que no me daba punto de reposo, dejándome, al día siguiente, gastado y sin fuerzas, como si me hubieran molido a palos. Quedaba tan nervioso, con esto, que no podía llevar un vaso de agua a mis labios; de tal manera me tiritaba el pulso. En otras ocasiones, mis insomnios eran reemplazados por horas de interminables y crueles pesadillas. Veíame apostado en un camino, como salteador, a la espera de viajeros ricos; soñé, también, que, de noche, asesinaba a mi vecino don Benito, para robarle inmensas riquezas que tenía ocultas, en alhajas. Nadie sabía el crimen, mas, a poco, me veían mis amigos con magníficos solitarios de brillantes en las corbatas, la cosa transcendía, co-

menzaban a sacarme el bulto, y, por último, era transladado a una cárcel y convencido de asesinato. No había podido, como Lady Macbeth, arrancarme la mancha de sangre pegada a mi mano, la mancha denunciadora del crimen. Otras veces veíame coronado por el éxito, después de haber substraído una inmensa suma de dinero; mis amigos me rodeaban alzando copas de champagne; mas yo me sentía triste, presa de una desolación inconsolable, sin que las sonrisas de mi prima consiguieran apartar de mí, el cáliz de agonía.

Luego, volvía a mis trabajos, preocupado y maltrecho, siempre fija en el espíritu la idea de tener fortuna de cualquier manera.

Soñaba despierto; así mismo, parecíame que había logrado por fin una fortuna, contaba innumerables paquetes de dinero, me casaba con Julia y era inmensamente feliz, gozaba de felicidad sin término, por los siglos de los siglos, respetado de todos, llamados a los más altos puestos del Estado en esas horas en que la ambición toca a nuestra puerta. Y todo no era más que sueño de donde caía en la realidad.

Cierto día, ella se presentó en casa de las Oyanguren más elegante que nunca, vestida con uno de esos admirables trajes de "Fred", regalo de su hermana, en que se combinaban el oro viejo con el violeta, el lila y el verde nilo, en tonos desmayados que se fundían los unos en los otros. Estaba singularmente hermosa, como nunca la había visto, despertándose, a su paso, rumores de admiración.

Los ojos negros se dilataban, agrandados, en rostro de blancura tal que se transparentaba el suavísimo azul de la sangre de sus venas. Los pliegues rectos del vestido caían modelando la morbidez de sus caderas, señalando el muslo, diseñando discretamente las líneas de la pierna. Era noche de gran recepción, las mesas es-

taban cubiertas de copihues que alargaban campanas de cera rojas, como gotas de sangre, sobre las hojas verdes. Julia se halla reclinada en un sillón de fantasía, junto a la mesa de mármol. Su palidez transparente, el negro aterciopelado de sus ojos, las raras combinaciones de su traje, los copihues esparcidos sobre la mesa o colgando, de manera extraña, que recordaba la orquídea, junto a ella, producían impresión de algo exquisito, delicadamente enfermizo y frágil. Comprendía las ansias de mi deseo, lo devorador de mi cariño, en tanto que yo leía en su mirada, más que en su mirada, en su actitud, en cierto no sé qué, un desmayo secreto, la voluptuosidad de abandonarse con el pensamiento a mi caricia. Ambos nos leíamos en el fondo de las almas.

—Antonio, Antonio... es necesario que trabajes... que hagas fortuna pronto...

En tanto que ella me decía unas palabras, yo entendía otras tan distintas, tan ardientes, a la vez que amorosas, en el fondo de su frase, que respondía al clamor de mis ensueños. Hay ocasiones en que la voz tiene un lenguaje, y el alma tiene otro muy diverso.

Aramburo debía cantar el "Spirto gentil" de Favorita. Los hombres se agrupaban en las puertas, las señoras se precipitaban al salón central. No bien resonaron los acordes, con sonido nítido, en el gran piano de cola de Chickering, en medio de un silencio de muerte, vibró la voz del gran tenor en oleadas de ternura, en notas cristalinas, en suave murmullo que se convertía en son claro y dulcísimo prolongado como el eco de un sollozo. "Spirto gentil", delicadeza ideal, infinito anhelo de un alma enamorada, ¿quién si no ella? Las notas morían desgranadas como perlas, entre aplausos, en tanto que yo, presa de emoción intensa, me sentía con deseos de llorar.

—¡Oh! Julia... Julia...

En la noche volvieron, revueltos con los sueños del amor, los sueños de fortuna, sin la cual no era dable llegar al término tan deseado de mi idilio, de este idilio nuevo, de la vida moderna, tan diverso del idilio antiguo, deslizado a la sombra de árboles en medio de rebaños y de pastores. Las necesidades, el lujo, la vida mundana, exigían dinero. De ahí mi perpetuo soñar con la riqueza, el sentir en mis sueños afiebrados, música de cascadas de oro, el contar sin término de escudos, ora pequeños, chiquititos, infinitesimales, ora grandes, enormes, desmedidos. Acosábame intensamente la fiebre del oro, infiltrándose, poco a poco, en mis venas, apartando las demás ideas, apagando escrúpulos hasta el punto de adueñarse de mi conciencia como fatalidad, como lo que no tiene remedio, como si estuviera escrito desde los siglos de los siglos. Entonce comenzó lo que pudiera llamarse la paz pasiva de mi conciencia, destruída, adormecida o quebrantada la voluntad. Dejábame ir, sin sujetar al análisis mis pensamientos ni mis apetitos, con la impasibilidad inerte de los indios que marchan al suplicio, unas veces, otras con la desesperada y silenciosa angustia del ahogado que no tiene fuerza para luchar con la corriente. Me sentía vencido, aniquilados los resortes del sentido moral, en el desgaste incesante de mis apetitos y de mis ensueños, luchando con el insomnio, con la tentación incesante, con las fascinaciones de la carne, con las visiones del sensualismo, en una sociedad en que todo parecía decirme, de voz en cuello, procúrate mucho dinero, porque ahora, entre nosotros, el dinero es dios todopoderoso. Estaba ya vencido.

Una circunstancia, al parecer insignificante, influyó de manera transcendental en mi historia. Hallábame leyendo los diarios en el salón del Club, cuando ví llegar a

Esteban Moreno, el sombrero echado atrás, todo cansado y cubierto de polvo. Manteníamos esas relaciones vagas de Club, acostumbrados a saludarnos, a conversar, sin grande apego.

—¡Hola! ¿Desde cuándo acá?

—Acabo de llegar, en el expreso, de vuelta del fundo.

—¿Cómo están las sementeras?

—Regulares, el año ha sido malo. Donde he sacado buena cuenta es en la engorda. Hombre, yo he cometido un error al comprar hacienda; tomándola en arriendo, habría sacado mucho más. Vaya una idea: ¿por qué no abandona su oficina y arrienda fundo? Su trabajo sería más productivo.

—Se necesita capitales, respondí.

—No tantos. Con sesenta o setenta mil pesos, queda usted del otro lado. Vea: cerca del mío hay otro que se arrienda en dieciocho mil pesos. Con cuarenta o cincuenta mil más, puede hacer usted gran negocio. Es muy pastoso, tiene bastante agua, cordillera para la invernada, bosque para leña. No le sería difícil organizar una lechería de doscientas vacas, para ayuda de costa. Anímese, hombre, no sea cobarde. No le sería difícil pagar el arriendo, quedándose con doce a catorce mil pesos. Son cuatrocientas cincuenta cuadras las del fundo de "Nirilihue", planas, regadas, Ciento cincuenta cuadras de siembra le dan, por lo menos, a treinta fanegas por cuadra, cuatro mil quinientas.

A cinco pesos la fanega, mínimum, veintidós mil quinientos pesos. Y las engordas... y la lechería... y los terneros de crianza... y la leña del bosque. Es brillante negocio, el canon muy bajo. ¡Psch!

De ahí a poco nos separamos, mas, yo quedé pensando en el negocio del fundo de "Nirilihue". De súbito me pareció que se abría el cielo, despejado ya el

horizonte. Aún cuando los cálculos de mi amigo fueran exagerados, siempre quedarían, a lo menos, unos doce o catorce mil pesos, lo necesario para afrontar el problema del matrimonio. Sentíame seguro de que Julia aceptaría sacrificios, durante algunos años, en el campo, a fin de volver más tarde a la ciudad en condición holgada.

¿Cómo no se me había ocurrido antes semejante cosa? Era verdaderamente increíble. Faltaban solamente los sesenta mil pesos necesarios para principiar. En cuanto a eso, no había cuidado. Me parecía tan poco, tan despreciable, y fácil de conseguir aquella suma, que ya lo daba todo por resuelto, el porvenir seguro, el horizonte sonrosado, la vida fácil y alegre. ¡Cómo rebosaba en mi pecho la alegría de vivir, en pos de tanta amargura!

Después de encender un cigarro de "Corona", me dirigí al paseo de las Delicias, donde me hallé con Ito, un tanto mustio, cabizbajo y alicaído. Le había ido muy mal en los últimos tiempos, andaba con la negra en el baccarat. Un diablo de italiano recién llegado, el conde Morfantini, barría con todo, con suerte increíble. Era hombre que había ganado tres "carriles" seguidos, de a dos mil pesos cada uno. El mundo andaba tan perdido que no veía, como remedio, sino la realización de una de las catástrofes universales predichas por el astrónomo Falb.

Tomé sus desdichas y contratiempos de juego con esa filosofía despreocupada que gastamos de ordinario con las desdichas ajenas, echándolo todo a broma.

El sol se ponía a lo lejos, en magnífica explosión de luz, entre los árboles de occidente; el cielo se cubría de largas nubes filamentosas, anaranjadas unas, opalinas otras, que cambiaban a cada instante de colores, hasta convertirse en mar de fuego, salpicado de

jaspes y de verde nilo. Como era Jueves, los carruajes de paseo, victorias, americanos, "dogcarts" y "wagonets", pasaban a todo trote por el costado de la Alameda, a tomar colocación. Otros carruajes formaban la doble fila interminable en que se exhiben trajes de verano, primores del lujo. Mi corazón rebosaba de alegría; sentíame penetrado de aquel lujo, como de cosa propia, al revés de lo que me pasaba en otras ocasiones, en que sentía la punzada aguda y violenta de lo que envidiamos y nunca será nuestro. ¡Qué bueno me parecía el mundo, y cuán hermoso el sol al hundirse en el ocaso!

Comí junto con Ito, después de lo cual, a eso de las nueve y media o diez, nos encaminamos a la sala de juego de un club central. Tallaba el italiano, el famoso conde Morfantini, quizá algún conde de pega, con cierta corrección que revelaba no escasa práctica. Sus ojos relucientes abarcaban la mesa con mirada fría y tranquila, sin que acertara a proferir palabra, apretado en la boca un cigarrillo "Vanity Fair".

Unos recogían ganancias, hacían luego apuntes, hasta que, tiradas las cartas, el "croupier" recogía la lluvia de dinero que iba a engrosar el montón; o pagaba. Al principio, asistí a la cena sin participar en el juego. más no pude resistir mucho rato. Jugué los doscientos pesos que llevaba, y, al poco rato, los perdía. Pedí prestado dinero a Goyo Sandiford, y también lo perdí todo, excepto un billete de a diez pesos, que reservé para el último. Serían las once de la noche, según cálculo, cuando la suerte contraria mudó mucho de aspecto. Doblaba mis puestas y acumulaba rápidamente. No recuerdo los detalles de esa noche de fiebre en que, al fin, no podía contar los billetes con los temblores del pulso.

De vuelta en casa, después de lavarme la cara en agua

fría, conté las ganancias, que pasaban de cuatro mil quinientos pesos.

Ahora parecía transformado el escenario de súbito. Al día siguiente, resistí las tentaciones que me inclinaban al juego, pensando en hacer especulaciones sistemáticas de bolsa, para lo cual me dirigí a un alemán amigo mío, inteligente y vivo, a Rafael Jefferson. Me aconsejó que tomara acciones de vapores, entonces en baja, guardando mi dinero para pagar diferencias. Quince días más tarde, recibí carta suya, aconsejándome que vendiera, en una alza. Ganaba dos mil pesos.

El camino parecía seguro, favorable la suerte de contraria que era. A menudo padecía de insomnio, pensando en mi porvenir, cuando hubiera ganado los sesenta mil pesos necesarios para el arriendo del fundo "Nirilihue", de que hablaba Esteban Moreno. Formaba, entre mí, la resolución de no jugar ni especular nunca más, una vez que hubiera conseguido esos míseros sesenta mil pesos. Sería honrado, circunspecto, modelo en todo; pero necesitaba llegar ahí. Eso sí, que juraba, para en seguida, no tocar nunca más, una carta de naipe ni meterme en especulaciones. Ahora solía abandonar mi oficina para lanzarme al "barrio de los iudíos", en busca de papeles, entre gente que bracea negocios, se da el "conforme", o envía telegramas a Valparaíso en busca de órdenes o de noticias. Los corredores de comercio andaban todos entusiasmados cor las famosas minas de "Cangalloso". Habíanse exhibido magníficas muestras, de plata casi pura, en la vidriera de Kirsinger. Casi no se hablaba de otra cosa. Rafael Jefferson me escribió un papelito: "He visto " el informe de los ingenieros, me decía; son personas " serias y de toda responsabilidad. Es una mina de pri- " mer orden, de ley extraordinaria, que recuerda las " de Potosí, de Oruro y de Huanchaca. Ven." Tuvi-

mos larga conferencia. Era necesario que nos embarcáramos en regla, para ser ricos o reventar, de una vez. Con veinte mil pesos cada uno, creía Jefferson que nos haríamos poderosos.

—¡Viva el "Cangalloso!" hombre, decía. En cuanto suban las acciones, un ochenta por ciento, nos vamos a Europa, llevando la orquesta del Municipal para que nos entretenga durante el camino.

Más, ¿de dónde sacar esos veinte mil pesos? Ya tenía seis mil, sólo me faltaban catorce. Quedé de contestarle, hondamente preocupado con el asunto.

¿Habré de confesarlo? Pero en este instante lo hago para ser sincero: mi cariño, mis ensueños, la poesía del amor, la familia, todo, había desaparecido, de súbito, en la vorágine de negocios, en la fiebre del oro, en aquel océano de dinero que se veía en los minerales del "Cangalloso". En Clubs, en paseos, en recepciones, casi no se hablaba de otra cosa, los unos con escepticismo y burla, con profunda convicción los otros, hasta el punto que algunos se negaran el saludo por discusiones emanadas de este negocio minero. Yo también rodaba, llevado por la corriente, sin poder resistirla.

La idea de la mina me acosaba, sin darme punto de alivio. Calculaba el tanto por ciento, multiplicaba, dividía, sin cesar, interminablemente. Dábanme las altas horas de la noche en mi cuarto, con la cabeza como bola de fuego, entregado enteramente a cálculos. Más, ¿de dónde sacar esos catorce mil pesos que eran indispensables? Los Bancos, de fijo, no me los prestarían. Entonces, lentamente, sin saber cómo, en horas de fiebre, me vino la idea de acudir a mi caja, de tomar dinero de los fondos que me habían sido confiados, solamente por espacio de unos pocos días, muy pocos, transcurridos los cuales pondría el di-

nero religiosamente en su lugar. El negocio, por otra parte, no podía ser más claro, ni más honorables las firmas de los ingenieros que examinaron la mina. Era asunto serio, en el cual no podía perder. En todo caso, si contra lo verosímil había baja, en cuanto perdiera la diferencia correspondiente a mi aporte personal de seis mil pesos, me retiraría. Si las acciones subían, seguiría de frente hasta dar con los sesenta mil pesos. Más, con todo, no podía apartar de mi alma una especie de terror involuntario que me causaba mi propósito, algo así a manera de salto mortal en el vacío, sin saber a dónde. Todas las componendas que sigilosamente hacía conmigo mismo, no bastaban a persuadirme: sentía confusamente los abismos del mal.

Y, sin embargo, lo hice.

Clandestinamente saqué dinero de la caja, después de lo cual me tomé dos copitas de cognac, y escribí a Jefferson dando la orden de compra. No me atrevía, no sé por qué, a verme cara a cara con él, a pesar de que ignoraba mi delito. Luego me puse a bostezar, en pleno día, tanto, que a mis amigos no dejó de llamarles la atención. Sentíame quebrantado y maltrecho; algo por el estilo experimenta el duelista en vísperas del combate, o el que anda en lo más alto de un muro. Sobresalto especial me perseguía de tal modo que no me sentía seguro en parte alguna. Mi digestión se hacía en extremo difícil, a la vez que mis nervios agitados me llevaban a formar asunto de cualquier bagatela.

Mi sueño fué intranquilo, despertándome a poco de dormido, para contar las horas en lenta, inacabable procesión. Por último, el sueño me vino como sudario de plomo. Al despertar, a eso de las siete de la mañana, el alba penetraba por una ventana entreabierta, reflejándose las luces en el espejo del lavatorio, en tanto que lo demás de la pieza quedaba en sombras.

No bien desperté, alcé la cabeza, reclinándola en el codo, más, quedé petrificado de asombro. Mi padre, con los brazos cruzados, me contemplaba, de pie a la entrada de la puerta del fondo, mirándome fijamente, sin decir palabra. En sus ojos serenos leía el reproche, mezclado con frío desdén. De súbito, sentí helarse la sangre de mis venas, de mi frente, en tanto que mi estómago era presa de ardor extraño. Temiendo ser víctima de pesadilla, me mordí los labios hasta sacarme sangre. No cabía duda de que estaba despierto, ni de que veía claramente la luz, vislumbrando, de igual modo, mi ropa tendida sobre un sofá, mi calzado, el bulto blanco de la camisa, y mi padre junto a la puerta. Entonces, instintivamente, escondí mi cabeza entre las sábanas. Le tenía tanto miedo; jamás una sonrisa de ternura, asomada a sus labios, había endulzado mi niñez, así como tampoco ningún cariño. Su semblante frío, su porte correcto, su paso mecánico, idéntico al paso de mi tío don Alvaro, imponían respeto a la vez que alejaban el afecto. Me inspiraba terror tan grande, que antes hubiera preferido morir que pedirle dinero, ese dinero que tanto necesitaba, y que, a fin de cuentas, quizá no hubiera podido darme. Cuando, pasados los primeros momentos de sorpresa, acerté a mirar, ví que mi padre había desaparecido sin hacer ruido alguno. Púseme de pie, me dirigí a las puertas que estaban cerradas con llave, por dentro. Sentí, entonces, inmenso terror, verdadero pánico, el miedo que nos domina al darnos cuenta de grave peligro ignorado que acabamos de salvar momentos antes. La angustia me sobrecogía, pero angustia inexplicable, sin asomo de remordimientos ni recuerdo alguno del crimen cometido. Quizá no guardaba concepto cabal de mi abuso de confianza, borradas, o momentáneamente paralizadas, mi conciencia y el sentido moral. Cogido de la campanilla,

la hice sonar hasta que llegaron los mozos, con lo cual me tranquilicé del todo.

Más, una vez que me hube vestido, me asaltó de repente un extraño temor, superstición de anuncios sobrenaturales. Había oido referir, muchas veces, que los muertos suelen aparecerse, a muchísima distancia, en el instante mismo del fallecimiento, a revelarlo a los suyos. Tal vez hubiera algo de sobrenatural en mi caso. Alguien de mi familia, mi padre, mi pobre madre, mi hermana, se hallaban en peligro. Con este sobresalto me vestí precipitadamente y salí en busca de Pascual Solís para que pusiera telegrama averiguando a mi familia por no alarmarla.

Pascual escuchó lo ocurrido.

—Es caso mui conocido de "alucinación", me dijo; digeres mal, andas enfermo de los nervios, no duermes, te sientes débil. Para eso no hay más remedio que ejercicio y tónicos.

Pasé el día lleno de presentimientos pavorosos, descontento y angustiado. En la tarde llegó un telegrama contestando que en casa no ocurría novedad, con lo cual me tranquilicé por completo.

Es lo más extraño del caso la inconsciencia absoluta, la falta de remordimientos del delito cometido, como si a mi alma le hubieran pasado, de súbito, la esponja. Diríase que en mi fuero interno me sentía el más inocente de los mortales. Con todo, me hallaba triste, muy triste, sin que me fuera posible desviar esa tristeza que me acompañaba a todas partes como sombra. Mi risa, cuando reía, tenía algo de artificial, disonaba como una moneda falsa, hasta el punto de sorprenderme a mí mismo.

Por lo demás, seguía mi existencia acostumbrada, sin modificar en nada mis relaciones habituales, ni mi manera de ser aparente, con lo cual experimentaba cier-

ta sorpresa al ver que, después de cometido aquello que sentía crimen, todo continuara enteramente igual en el orden acostumbrado de las cosas del mundo

Una de esas noches me hallé con Julia en casa de Manuelita. Conversamos largamente, la referí mi proyectado arriendo del fundo "Nirilihue", mis combinaciones mineras, mis ensueños, mis esperanzas. Me escuchaba encantada; la felicidad se difundía por su rostro, sin que intentara ocultarla, siquiera. Ya lo creo que estaba dispuesta, por su parte, a sacrificios. Pero esto era una sorpresa, parecíale que me había transformado, convirtiéndome en hombre trabajador y de provecho. A su turno, ella, tan fría y tranquila por naturaleza, forjaba proyectos y fantasías que yo escuchaba sonriendo, pero con el alma triste. ¿Por qué estaba triste mi alma? ¿De dónde aquel oculto, invencible pesar esparcido por ella, como lívida luz difusa? No sabía explicarlo, pero así era.

Pasados algunos días, Jefferson me comunicó la buena noticia de que las acciones de "Cangalloso" estaban en alza. Ahora sí que se acercaba de veras la tan codiciada fortuna. Más, mirando dentro de mí, noté sorprendido, que no me alegraba, que la felicidad no era tan intensa como yo creyera. Conseguido el éxito en medio de tamañas agonías y preocupaciones, ya no me daba placer. Apenas aparecía cuando se borraba.

Estábamos en proximidades de Pascua. Las tiendas, atestadas de juguetes, de dulces y de flores, se llenaban de gente, particularmente de mujeres que iban a las compras para el gran día de aguinaldos y de niños. Me dirigí a una de las joyerías del centro, en busca de una hoja de trébol esmaltado, para enviársela a Julia. Casualmente la divisé en circunstancias en que salía de una tienda. Mirábala, ya lejos, con extrañeza, presa de inexplicable angustia, de cruel zozobra. Diríase que no

era yo, sino otro; que mi personalidad había muerto, desaparecido muy lejos, para no contar nunca más en el mundo de los vivos.

A las once me hallaba en mi oficina, todo angustiado y lleno de temor, de que pudieran sorprenderme. Eso no era vivir. A la una, recibía recado urgentísimo de Jefferson, llamándome. Acudí rápidamente. El barrio de los judíos estaba transtornado; malos telegramas llegados de la mina "Cangalloso" habían hecho bajar las acciones un veinte por ciento, baja enorme, rápida, insostenible casi, Me puse pálido como muerto, helado la frente, con sudores. fríos:—Entonces realicemos.

—Imposible, hombre—replicó Jefferson, con la sangre fría del sajón.—En este momento hay pánico en la plaza. No hay más que aguantarse como se pueda ocho días. No es la primera vez que a mí me toca. Soy buque viejo, he recibido muchos oleajes.

Nos separamos con apretón de manos. En ese instante, quizá hubiera podido salvarme perdiendo mis seis mil pesos. Vacilé un momento, me fallaba el corazón. Mas, no, iría hasta el fin, jugaría mi partida como bueno; mas, esta vez si la perdía, me pegaría un balazo de veras, no en el pecho, donde pudiera fallarme la mano, sino en la boca. Una vez tomada la resolución con firmeza, me bebí una copa de cognac con soda y me lancé por las calles, atraído, fascinado por el "barrio de los judíos". Había numerosos grupos. Gregorio Sandiford, con el sombrero echado atrás, peroraba en favor de la mina Cangalloso, en medio de un numeroso grupo de corredores de comercio y de agentes de Bolsa. Lo que pasaba era infamia sin nombre; los bajistas no perdonaban medio, por vedado que fuere, para hundir las acciones. Pero ahí estaba la justicia. ¡Hem! les haría conocer la horma de su zapato. Yo le escuchaba con de-

cidida aprobación; hubiera deseado, en mi fuero interno, que el negocio se hubiera podido ventilar con los puños, para asirme con alguien.

Pasé mala noche, sin comer y sin dormir, todo apesadumbrado y maltrecho, llena la mente de cavilaciones pesimistas y de proyectos insanos.

Dos días más tarde, en vísperas del día de Pascua, en el momento en que llegaba cargado de aguinaldos para casa, recibí un papelito de Jefferson. Lo hallé tranquilo, fresco, floreciente, con el cigarro puro en los labios, contaba un paquete de bonos.

—Estamos "fregados", amigo. Como decía el otro. todo se ha perdido, menos el honor. Con la baja de esta mañana, se hace necesario realizar. Sólo salvaremos dos mil pesos. Consuélese, en otra la acertaremos. Lo que es ahora, como decía el muchacho, un costalazo no importa nada, que de la tierra no ha de pasar. ¿Un cigarro, hombre?

Sentíame petrificado, mudo, atónito, con zumbar de los oídos y sensación de peso en las piernas y de helado sudor en la frente. La catástrofe, que parecía imposible, se había realizado. Mi ruina era completa, mi honor estaba perdido, la substracción de fondo se convertía en desfalco, la tierra se hundía bajo mis plantas.

En la boca seca, experimentaba cierto sabor de hierro y de sangre. ¡Dios mío! ya todo se acabó. Con la desesperación muda que me sobrecogía al ver mi vida entera derrumbada, sentí renacer los sentimientos religiosos de la infancia, extraño fervor, soplo de misticismo, inundaba mi sér en el tumulto del dolor sin lágrimas. Entré en una iglesia, pedí perdón a Dios, solicité socorro divino, me golpeaba el pecho con furia, repitiendo luego, entre convulsiones, plegarias de la infancia, tan olvidadas de hombre.

Más, no por eso, lograba desviar de mi la desesperación, angustia horrible que me apretaba la garganta, un dolor rabioso que nada tenía del remordimiento. Entre tanto que, casi a gritos, solicitaba del cielo perdón de mi crimen, no me arrepentía, en el fondo, de haberlo cometido, sino del fracaso. Y sentía la angustia de ver que había perdido el sentido moral. Luego, las lágrimas corrieron a raudales por mis ojos, y noté que una señora, al parecer acomodada, de rodillas sobre una pequeña alfombra de piel de vicuña, me miraba con respeto, como a beato.

Al salir del templo, me deslumbró, de súbito, la claridad del día, y mis ideas tomaron nuevo curso. Era necesario morir, liquidar mis pesares de una vez por todas. Escribí larga carta a mi padre, refiriéndole, punto por punto, lo que había pasado, para que arreglara inmediatamente la cuestión del dinero substraído, salvando el honor de la familia, si aún era tiempo. Era esta carta el sacrificio para mí más cruel. Entré, después a una tienda, pedí un revólver Smith-Wesson, y probé el gatillo que estaba corriente. En vez de comprar una caja de balas, compré una docena de cápsulas. El dependiente, que me observaba de reojo, envolvió su paquete con tranquilidad. Al fin y al cabo, nada tenía que ver con el empleo que a las armas se diera.

Al dirigirme, en coche, a mi alojamiento, meditaba matarme inmediatamente, sin cartas, ni ruido, a puerta cerrada.

Eché la llave a mi pieza, cargué mi revólver... Y no pude... no pude matarme... sentía extraño afecto a la vida, imposibilidad absoluta de ponerle término. ¿Y por qué no decirlo en esta hora de confesión suprema? Tuve miedo, miedo invencible, instinto de conservación insalvable. De manera que yo, que había mi-

rado cara a cara la muerte, intentando el suicidio con menos motivos, en otra ocasión, ahora, sin más solución posible, perdidos el honor, la fortuna, posición social, su cariño, todo, no tenía el valor de concluir de una vez con tanta ruina.

En pos de la crisis nerviosa que desde tanto tiempo me aquejaba, agotados los instintos viriles, gastada la médula de mi sér, me hallaba como ente.

Dos días después, antes de ir a la oficina, recibí una carta del director, que me invitaba a su casa. No sé cómo llegué hasta su presencia, ni cómo tuve ánimo para tanto. El corazón quería como salírseme del pecho, comprendiendo que el desfalco había sido descubierto. Así era la verdad; ya estaba deshonrado. Mas, como fuese mi jefe amigo de mi padre, el asunto se había arreglado, pagando este la suma defraudada, a condición de que yo presentara mi renuncia. No tardé mucho en ver alusiones transparentes de la prensa que referia el hecho.

Con esto, pasé varios días en estado de suma postración, hasta que, haciendo un postrer esfuerzo, me vestí correctamente y fuí al paseo de la Alameda, donde me juntaba de ordinario con varios amigos. Allí me esperaba el último golpe; varios no me saludaron, haciéndose como que no me habían visto; otros. me hicieron saludo compasivo; otros, desdeñosos. Nadie se juntó conmigo. Los más duros fueron precisamente dos o tres que me debían favores o dinero.

No me quedaba más recurso que encerrarme, aislarme, huir donde nadie me viera, vivir como paria. Ni siquiera tuve el coraje de volver a casa de Manuelita La tristeza, el abandono, la sombra, se dilataban en torno mío, sin que tuviera, por eso, valor de morir, como debe morir un caballero.

¿Qué pensaría mi pobre madre? ¿qué mi hermana de

ese naufragio de mi vida? Antes era yo su orgullo, su ídolo, predestinado, según ellas, a un porvenir brillante. Ahora ya no me atrevía a volver a su presencia. Estaba cierto de que mi padre jamás perdonaría un delito de ese género. Vejetar como prófugo, vivir en tierra extraña, sin nombre, sin amor, despreciado tal vez por Julia, sin considerar que su cariño entraba, por mucho, en mi delito. Era necesario morir, resolverse al supremo sacrificio, acumular fuerzas para hacerlo.

En esas cavilaciones estaba cuando golpearon a mi puerta. Pascual, el primero, el único amigo, se presentaba a consolarme en las horas de infortunio, él, que había sido mirado en menos en mis horas de prosperidad y de auge, cuando me daba trazas de mozo elegante y de tono. Su carácter gruñón, su traza un tanto huraña, la afición que tenía a decir verdades ásperas y desagradables a todos, con ironía cruda, no eran apropiadas a conciliarle voluntades. Su cuerpo desmedido y fortísimo, en cambio, hacía que todos le respetaran.

Me extendió los brazos:

—¡Pobre Antonio ¡Buena cosa, Champañita! con lo que has hecho! Nadie lo hubiera creído. En fin, yo, que tengo experiencia de la vida, te disculpo, sin que por eso te declare inocente. Pero, más culpable que tú, infinitamente más culpables, son esos que han establecido el reinado exclusivo del dinero, los que todo lo sacrifican a la fortuna, los que desdeñan a nuestros grandes hombres, a nuestros literatos ilustres a nuestros soldados gloriosos y dejan a sus familias vivir en la miseria. Más culpables son los que compran asientos del Congreso, altos puestos del Estado, poniendo conciencias en almoneda. Infinitamente peores son los que se postran ante el peculado o el robo triunfante; ante el banquero que especula por su cuenta con fondos ajenos; o el contratista de Obras Públicas que arregla presu-

puestos de trabajo a solas, en compañías del Ministro. Y la sociedad que aplaude la falta de escrúpulos coronados por el éxito, y se humilla ante el millonario que ha levantado su fortuna con despojos de viudas y mendrugos de menores, esa sociedad de criterio envilecido es la única culpable. Tú eres un pobre niño, que ha tenido una gran flaqueza y nada más. Ahora, yo te repetiré la hermosa palabra de Cristo a Magdalena: "Mucho te será "perdonado, porque has amado mucho".

Y me abrazó, en tanto que yo sollozaba, hondamente conmovido.

Pasado un momento, no pude dejar de preguntarle con vivísimo interés:

—Dime, Pascual, ¿qué dice de mí la gente?

—Como es natural, te condenan a velas apagadas. La censura virtuosa, en la mayoría de los casos, no es sino manera de hacer olvidar las faltas propias con exageración de las ajenas. Pero no falta por ahí quien te defienda. El pobre Ito, recién levantado de la cama, consumido casi enteramente por la tísis, jura por todas partes que eres inocente, y que tu renuncia es obra del Ministro, que se desquita de la guerra que le hizo tu padre en las últimas elecciones. ¡Pobre Ito, parece cadáver que tuviera la piel adherida a los huesos. No le falta, por eso la energía, pues, donde Gage, arrojó la botella a la cabeza de un amigo tuyo que te trataba de mala manera.

Pascual Solís, sin más, encendió un cigarro y se puso a pasear por la pieza. Sólo entonces reparé que andaba de levita, pasada de moda, de paño de raso, llena de arrugas en la espalda.

—¿Tú de levita? le dije.

—Sí, Champañita, porque "nos" vamos a Bolivia. Hago visitas de despedida.

He sido nombrado médico del mineral de Oruro Nue-

vo, con ochenta pesos oro, de sueldo mensual, casa y comida, lo que en la actualidad representa una fortuna. Pienso llevarte conmigo; puede ser que halles en qué ocuparte de manera honrosa. El tiempo, el olvido, son dos poderosos aliados, y el trabajo, un incomparable redentor de almas. Mediante el trabajo, ahorro y paciencia, alcanzarás el pago de tus deudas, quizá rehabilitación a los ojos de tu padre, y probablemente el respeto del mundo, la satisfacción de esa vanidad mundana que es, en el fondo, el origen de tu caída. Trabaja, espera y confía en ese instinto de honradez y de justicia que reside en el fondo mismo del alma humana, por depravada que sea. "Sursum corda", arriba los corazones, y no confíes más en el azar y en lo arbitrario, sino en tu esfuerzo personal y en tí. Queda resuelto que nos vamos a Bolivia, yo me encargo de tu pasaje, que me devolverás cuando puedas, y de tu vida. Lo que es ahora, estoy hecho un Nabab.

—Pascual, no sé cómo pagarte...

—¡Chist! No me recuerdes que existe la ingratitud...

A los pocos momentos, quizá por aquello de hablando del Rey de Roma y él que asoma, se presentaba Ito a mi pieza. Venía con rostro descompuesto, mejillas demacradas, pómulos salientes, el color amarillo verdoso, como quien ha escapado, con trabajo, de las garras de la muerte.

—Acabo de estar con Goyo Sandiford, mi viejo amigo, nos dijo, a quien no veía desde mi última enfermedad. ¿Qué creen ustedes que me preguntó? ¿Por mi salud? ¿Si me sentía restablecido y "demás"? No, señor. Me preguntó qué opinaba del Mineral de Cangalloso... En fin, ¿qué le hemos de hacer? el mundo es así cosa incompleta, como hechas por Dios en seis días...

Luego, dirigiéndose a mí, con sonrisa triste, agregó:

—Acabo de estar con Julia, en casa de las Oyangu-

ren, que se han portado muy atentas conmigo en la última enfermedad. Se habló de todo. La señora Mercedes, tu tía, perdiendo los estribos por completo, quiso ponerte de oro y azul. Pero Julia, con gran dignidad, la hizo callar: "No quiero que se hable en contra de Antonio delante de mí". Con declaración tan explícita, se quedaron mudas, y tu querida tía, como la bestia del Apocalípsis. Me la gocé íntegra... a tu tía, no a la bestia. Hubo un momento en que tuve deseos de abrazar a esa chiquilla; bien merece que tú la quieras, y yo y todo el mundo.

.. ..

Acaba de partir el bote en que se alejan del "Arequipa" Ito García con Pepe Flores, los dos últimos amigos que nos despiden desde esa tierra en que tanto he sufrido y en que tanto he amado. Entre las palideces del crepúsculo, apenas divisamos el pañuelo de Ito, que me hace un saludo, ¡ay! el último, para toda la vida. Su albo cuello, muy alto, al estilo inglés, se destaca sobre el "over-coat", en tanto que su negra barba nazarena ahonda la demacración de sus mejillas. Aún llega a nosotros, apagada, la última frase de Pepe Flores:

—No se olviden, en Bolivia, de presentar nuestros respetos al difunto coronel Collarte...

Cae la sombra. Las ondas verdosas han tomado tinte de estaño sucio. Cerca, lejos, a los lados, se reflejan luces nocturnas de buques en la bahía de Valparaíso. Cascos y arboladuras perfilan sus manchas negras, en tanto que el puerto se desarrolla como inmenso anfiteatro lleno de luces. A la entrada de la rada aparecen las chimeneas amarillas y la masa imponente de nuestros acorazados y de los cruceros de la primera división naval. El son estridente de una sirena se pierde lejos, entre las masas blancas de los diques.

Entonces, mientras levan anclas, en las obscuridades

de la noche, en pos de tantísimas angustias, siento renacer mis fuerzas, brotar recuerdos de amor, abrirse los horizontes del trabajo para el alma renovada y levantada, expectativas de redimirse con mi propio esfuerzo. Y cuando el vapor, puesta la hélice en movimiento, comienza a virar con lentitud, mis pensamientos, mis recuerdos, mis emociones, mi vida toda, quieren volarse muy lejos, en un murmullo: "¡Oh! Julia... Julia mía...

Septiembre de 1898.—Marzo de 1900.

"Retiro del Romeral".

FIN